

MARCELO IZQUIERDO

TITA

100 años de

LA MADRE DE LA ACADEMIA



Prólogo de
Ezequiel
Fernández
Moore

ediciones
al arco

TITA

**100 años de la
madre de La Academia**

Marcelo Izquierdo

ediciones
al arco

Izquierdo, Marcelo

Tita : 100 años de la madre de la Academia / Marcelo Izquierdo. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2019.

200 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1367-81-8

1. Deporte. 2. Biografías. I. Título.

CDD 796.334092

Diagramación de interior y tapa: Ana Paoletti

Tapa: Pepe Franco y Marcelo Izquierdo

A ella, a Tita.

¡ Prólogo ¡

Por Ezequiel Fernández Moores

“¿Alguien le habrá explicado a esa cámara que Tita era el bien máspreciado del club?” Marcelo Izquierdo recuerda que en 1999 una cámara judicial había ordenado “la clausura y liquidación de los bienes” de Racing.

Que “Racing Club asociación civil”, como llegó a decir la síndico Liliana Ripoll, “ha dejado de existir”. Racing tenía (tiene) títulos, cracks, golazos, historia y glorias eternas. Pero Tita (Elena Margarita Mattiussi), nos dice Izquierdo, era “su bien máspreciado”. Es uno de los tramos más emotivos de “Tita”, un libro que es un canto de amor a lo más profundo que tiene el fútbol: a aquellos que le dieron todo y jamás pidieron nada a cambio. Solo lealtad.

Izquierdo nos cuenta que, en el momento de la quiebra, Tita ya estaba a un paso de los ochenta años, seguía lavando las camisetas de los jugadores y “se desvivía por los chicos de la pensión”. Los pibes a los que, en los duros ‘90, les preparaba fideos a la parrilla por falta de gas, que había sido cortado por impago. Tiempos de agua fría y comida escasa, pero con ella siempre ahí “para suplir las carencias”. Tiempos en los que jugadores consagrados le daban dinero porque no tenía jubilación ni sueldo y la salud comenzaba a avisar que la muerte estaba cerca. Si hasta le habían quitado el inolvidable teléfono 2017258 que comunicaba a los pibes de la pensión con sus familias. El límite, eso sí (nadie se animaba a tanto), era echarla de la casa en la que había nacido, a la que le dio todo. Por eso, entonces, Izquierdo, insisto, se pregun-

ta: “¿alguien le habrá explicado a esa cámara que Tita era el bien máspreciado del club?”

Compartí con Marcelo Izquierdo el mejor de los lugares para saber cuánto quiere uno a su equipo: la oficina. Convivimos largos años en la agencia de noticias italiana ANSA. Cientos y cientos de días lunes. De chicanas y cargadas mutuas después de cada fecha. Aprendí a envidiarle tanto amor por su territorio. Por el “Lama” de su Devoto eterno (lean “Carceleros”, su historia del club Lamadrid). Y por la Acadé. Pero el que quiere en serio al fútbol, como Izquierdo, quiere algo más que una buena victoria. Quiere a los pilares que sostienen por qué el fútbol, pese a todo, sigue siendo lo que es. Eso que representaba Tita. Eso que nos escribe Izquierdo.

“Tita” nos engancha ya desde el inicio. Desde su nacimiento después de dos primeros bebés fallecidos. Su nacimiento hace cien años allí mismo en la cancha, en Alsina y Colón, debajo de la tribuna de madera del viejo estadio, en una casilla donde vivían sus padres, inmigrantes italianos empleados del club. “Una mujer en una cancha de fulbo”, como dice la propia Tita en uno de los tantos documentos inolvidables que Izquierdo encontró después de tardes y tardes enteras en la Biblioteca Nacional o en el archivo de Racing y en sus decenas de entrevistas a ex jugadores, allegados, familiares y pibes de la pensión. “La cámara de TV -nos dice Izquierdo- la envuelve: ojos café, párpados caídos, pelo corto hasta la mitad de las orejas, voz aguda y una sonrisa que ya ha regalado algunos dientes. Habla y emociona. Sus manos están curtidas por el jabón blanco”.

Una “mamá de Racing” que jamás se casó ni tuvo hijos, pero sí amores fugaces y sufridos, que Izquierdo retrata con ternura y respeto, lejos de esa insistencia algo cargosa que metían en notas de El Gráfico (fue entrevistada por Borocotó) y hasta de la revista partidaria del club. Son notables las reconstrucciones de época de “Tita”. Como las publicidades de habanos Condal en El Gráfi-

co: “Cuide su entrenamiento, fume Condal”. Tiempos en los que el capitán Natalio Perinetti expulsaba de la cancha él mismo a un jugador propio, por trompearse con un compañero de equipo en pleno partido. Y en los que Tita, que jamás vestía con rojo, sí iba a bailar tango a Independiente, porque tocaba la orquesta de Osvaldo Pugliese.

Mucho antes que la gran generación de periodistas deportivos que investigó con rigor la historia de nuestros clubes, Tita misma se dedicó un tiempo a hacerlo con la de Racing. Lloró emocionada cuando los jugadores le dijeron que la invitaban a Escocia, para la final de ida contra el Celtic, por la Copa Intercontinental de 1967. Cómo no la iban a invitar si “la casa de los Mattiussi era la casa de todos, un club dentro de un club”, si “allí se gestó el Racing del 67”. Y si Tita, como escribió El Gráfico, era “la madre de todos”.

Aparte de la amistad, aprecio a Marcelo Izquierdo por su calidad como periodista. Fue corresponsal en diversas capitales y secretario de redacción de la central latinoamericana de ANSA en Buenos Aires. Vivo, intuyó rápido que tenía una historia especial cuando advirtió que Tita, que tenía un primo desaparecido, vivió de cerca los fusilamientos cometidos por la dictadura el 22 de febrero de 1977 en la cancha de Racing. Que los fusilados, nos cuenta Izquierdo a través de testigos, pueden haber sido muchos más de lo que sabemos hasta ahora. Es uno de los capítulos más estremecedores de “Tita”, la mujer que aún allí, en medio del terror, supo dar contención a los pibes y les pidió que fueran más cuidadosos que nunca. Una de las cosas que más me gustó siempre del formidable periodista estadounidense Gay Talese era su respeto y casi agradecimiento al deportista por su obra y por su aceptación de que, ya expuesto, podía sufrir derrota y abucheos. Izquierdo termina su libro agradeciéndole a Tita. Y nosotros agradeciéndole a él.

¡ Capítulo I ¡

TITINA

–“Según mi mamá, había comprado un nene. Al año y medio o dos falleció. Bueno, después encargaron a París otra vez, una hermanita. Y también falleció, de chiquita. Según todo lo que me contaron. Nosotros no queríamos encargar más nada .Y nació yo... Justamente una mujer en una cancha de fulbo”.

Elena Margarita Mattiussi, Tita, está sentada en un rincón del patio de su casa, ese patio grande como una cancha de fútbol. A lo setenta y tantos años le habla despacio a la cámara. Se moja los labios. En cada palabra, en cada mirada, busca la complicidad de su hogar. La cámara la envuelve: ojos café, párpados caídos, pelo corto hasta la mitad de las orejas, voz aguda y una sonrisa que ya ha regalado algunos dientes. Habla y emociona. Sus manos están curtidas por el jabón blanco. Y esconde una cintura generosa y una estatura justa para tocar la soga en puntas de pie.

Tita nació a las cuatro de la tarde del 19 de noviembre de 1919. En Alsina y Colón, partido de Avellaneda, según consta en su certificado de nacimiento. Justo debajo de la tribuna de madera del viejo estadio de Racing, en una casilla donde vivían sus padres, Ida y Cesare, inmigrantes italianos. Doña Ida, que con el tiempo se convertiría en Aída o la “nonna”, trabajaba en la lavandería del club. Don César, hábil en el manejo de la guadaña, era el encargado de la cancha.

Corrían tiempos de gloria para el club de Avellaneda.

Racing, fundado el 25 de marzo de 1903, ganaba siete campeonatos consecutivos y empezaba a ser conocido como la Academia.

Tita aprendió a gatear, a caminar y a pronunciar sus primeras palabras en la cancha. El estadio fue el castillo de su cuento de hadas. Y Racing su príncipe celeste y blanco.

En un mundo de hombres, los mismos que a veces desde la dirigencia la destrataron o abandonaron, Tita se construyó un lugar en el mundo. Y se convirtió en el alma del club. Por pura generosidad. Sin pedir nunca nada a cambio.

Racing, su querido Racing, tuvo muchos padres en su fundación. Pero nació huérfano de madre. Ella cubrió ese espacio de amor, de contención, de equilibrio. Aquella niña introvertida y alegre con el correr del siglo sería una “mamá” especial. La madre de los jugadores, de los chicos de inferiores, de los pibes de la pensión del club. De todos.

Tita fue la mamá de Racing. Y vivió en un mundo celeste y blanco. Encargada de los baños, lavandera, ayudante de su madre. Nunca se casó. Hermanos, maridos, hijos, amigos y vecinos fueron los miles de jugadores que pasaron por su casa entre 1919 y 1999, cuando Tita decidió que era tiempo de dejar para siempre la casa de sus padres.

¡ Tita - Es preferible ser bueno ¡

– “Mucha gente dice que soy una buena persona, pero yo pienso: si se pierde el mismo tiempo y la misma saliva en ser malo que en ser bueno... Entonces, es preferible ser bueno, ¿no? (...) Yo nací acá y mis padres me enseñaron una educación que todavía tengo. Esta es mi casa y yo quiero que a Racing le vaya bien. Si andamos bien, la hinchada está contenta: si está contenta, viene a la cancha y también hay

más socios. Es lo mejor, ¿no? Después de muchos años que se sufrió. Ay, la gente como estaba, yo también me ponía mal porque veía a los jugadores tristes y sin sonrisas (...) Yo por ahí no ando bien, pero nunca lo hago notar. ¿Para qué? Para que el que te quiera también se ponga triste? No (...) ¿Vio todos estos regalos que tengo en este armario? Me los traen los muchachos. Y tengo también dos cajas llenas, siempre se acuerdan. (Gabriel) Calderón me llamaba por teléfono desde España, o Barbitas (Juan Barbas), o Carlitos Squeo, o (Agustín Mario) Cejas... no sé, tantos". (1)

¡ Tita y sus padres ¡

Pavia di Udine tiene hoy 5.450 habitantes. Es una localidad pequeña del nordeste de Italia en la región de Friuli-Venezia-Giulia, cerca de la frontera con Austria. De casas bajas y techos a dos aguas que caen sobre tejas rojas, tiene ese encanto típico de los pequeños pueblos de Italia. Es tranquilo y algo conservador como todo el norte de la península.

De origen romano, rodeado de campo y cultivos, el poblado vive hoy un fuerte impulso industrial y cultural ante su cercanía con la ciudad de Udine. Una realidad muy distinta a aquella de fines del siglo XIX.

Allí, a las 4 de la mañana del 16 de febrero de 1891, nació Cesare Mattiuzzi, hijo de Ermenegildo Mattiuzzi y Lucía Dreossi, una pareja de campesinos que apenas sobrevivían a las penurias de la época.

Eran años muy duros y el pequeño Cesare pasó la niñez entre arados y animales de granja. Una tarde, ya cuando la adolescencia opacaba su rostro de niño, fue hasta el poblado ve-

(1) El Gráfico, suplemento especial, Supercopa 1988.

cino de Santa María La Longa a buscar trabajo. Y allí, en un campo pequeño, un hombre lo recibió con los brazos abiertos.

Maximiliano Dorigo necesitaba ayuda. Su esposa, Magdalena, se ocupaba de la casa, de las gallinas y de sus seis hijos. La más grande, Ida Ernesta, era apenas un año mayor. Y Cesare se enamoró de sus ojos claros.

Ida y Cesare no se despegaron jamás el uno del otro. Se casaron en una sencilla ceremonia en la casa comunal de Pavía di Udine y pronto ella quedó embarazada. La pobreza era una compañía más a la que estaban acostumbrados. Pero no importaba demasiado. No conocían otra cosa.

Vivían con los padres de ella en la granja familiar, junto a los pequeños hermanos y hermanas de Ida. Los días eran siempre iguales. La comida nunca faltaba a la mesa, pero los lujos se repartían con unas caricias. Los meses se fueron entre el trabajo en el campo, la huerta y las tareas domésticas.

Ida parió un varón en su cuarto (2). Cesare caminaba nervioso sin saber qué hacer. Y su suegra lo tranquilizaba mientras una comadrona ayudaba en el parto junto a Gioconda, la inseparable hermana de Ida que le seguía en edad.

A los pocos días, el niño tenía a varios de sus sobrinos, apenas unos años mayores que él, revoloteando a su alrededor. La vida les regalaba a todos una enorme felicidad.

El tiempo pasó despacio y la tragedia se posó para siempre en sus vidas. El niño enfermó y al poco tiempo mu-

(2) No hay constancia de cuándo nacieron los hermanos de Tita y cómo se llamaban. Ella los mencionó en algunos reportajes, pero sin mayores detalles. Algunos documentos hallados para esta investigación, así como declaraciones de la propia Tita, muestran contradicciones en las fechas de casamiento de Ida y Cesar, el nacimiento de su primer hijo y su llegada a la Argentina. El texto respeta entonces la historia que fue pasando en la familia de generación en generación.

rió sin saber por qué. Todavía no había cumplido los dos años de edad. Ida cayó en un profundo silencio.

Cesare entendió entonces que ya no tenían nada que hacer allí. La Primera Guerra Mundial se aproximaba con un reguero de pólvora que solo esperaba ser encendido para arrasar todo un continente. Pavía di Udine se convertiría pronto en un polvorín ante la proximidad del frente bélico italiano.

Cesare Mattiuzzi e Ida Dorigo se cansaron de llorar. El futuro que buscaban en aquél triste 1913 se escurría cada día entre los surcos de los campos y las grietas de un pueblo migrante. ¿A dónde ir entonces?

El destino eligió Buenos Aires, la misma “América” que persiguieron tantos otros millones de italianos que llegaron a la Argentina entre 1880 y 1950. Se despidieron un sábado, embarcaron un lunes. El tenía 23 años, ella 24. El “Duque de Aosta” zarpó desde el puerto de Génova. Fueron veintiséis días a través del océano en un camarote de tercera.

El viaje fue extenuante. Apenas llevaban lo necesario. Largas horas en cubierta. Charlas con compatriotas familiares de esperanza. Sueños. Finalmente llegaron a la Dársena Sur, en el puerto de La Boca. Con ellos, decenas de matrimonios jóvenes italianos esperaban iniciar una nueva vida.

Pero algo pasó el día en que la pareja desembarcó en el puerto. Un hecho que se repetía hasta el hartazgo en esa masa de migrantes que pisaban tierra porteña.

- ¿Nombre?
- Cesare Mattiuzzi.
- ¿Cesar qué?
- Mattiuzzi.

El acento friulano de Cesare era muy cerrado y el empleado del registro migratorio estampó un más simple Cesar Mattiussi. El apellido cambiaría con los años en los registros de Racing. En distintas épocas aparecería como Mattiussi,

Mattiusi, Matteussi, Matteucci y Mattiucci. Pero la copia de la partida de nacimiento italiana de César no miente: se llamaba Mattiuzzi.

Cesare había llegado a América con otro apellido. Una manera rápida de empezar de nuevo. Sin ataduras, sin pasado. El país era entonces gobernado por Roque Sáenz Peña y tenía comprados todos los boletos para un destino de grandeza. El mundo debatía si sería Estados Unidos o Argentina la próxima potencia del planeta. Miles de inmigrantes de toda Europa llegaban a diario a una nación próspera pero llena de injusticias.

Ida y Cesare estaban solos en el puerto. Y él entonces decidió salir a buscar trabajo, tan lejos de Santa María La Longa. Caminó sin rumbo fijo por las calles de La Boca, sintió hablar en dialectos cercanos y sonrió con esas paredes multicolores colmadas de conventillos y compatriotas. El aún no lo sabía pero apenas lo separaba un puente de Avellaneda. Ella recordaría sesenta años después:

– “No sabíamos que hacer. El viejo fue a caminar y yo me quedé sola esperándolo. Hasta que volvió con un señor muy bien vestido y muy atento. Buscaba inmigrantes que supiesen trabajar la tierra. Justo el oficio del viejo. Y nos fuimos con él. Cincuenta pesos de sueldo y la casa. Era en un pueblo que se llamaba Elortondo”, en la provincia de Santa Fe. “Una gran estancia de los Alvear, sí, esos del presidente (Marcelo T. De Alvear, 1922 y 1928). Así empezamos en Argentina” (3).

Y para allá se fueron en un interminable viaje en tren. Nunca habían visto tanta tierra para cultivar, plana, vacía, sin límites. Jamás habían sentido tantos idiomas juntos. Los Mattiussi no solo estrenaban nuevo apellido. Empezaban una vida de pocas palabras.

(3) Entrevista con el El Gráfico, 15 de mayo de 1973

La estación ferroviaria respiraba modernidad. Había sido levantada en 1900 y era la garantía de progreso de todo pueblo del interior. Enseguida notaron lo que habían ido a buscar: un paisaje familiar. Ida y Cesare no estaban solos. Cientos, miles de inmigrantes italianos vivían en la zona, campesinos como ellos llegados de toda la península.

Pero esos años también eran duros en Argentina. Los trabajadores carecían de derechos, horarios laborales, vacaciones, francos, buenos salarios y una interminable lista de beneficios. Y las luchas obreras, fomentadas por otros inmigrantes como ellos llegados de una empobrecida Europa, se libraban en las grandes ciudades.

Ellos solo querían olvidar y empezar de nuevo. Ese pueblo de campo podía ofrecerles un futuro que ya extrañaban de sus sueños. Y Cesare ya tenía lista su guadaña.

La casa era humilde, en medio del campo. El trabajo era arduo, de sol a sol. Había poco espacio para el descanso y las alegrías. No les faltaba nada, pero tampoco les sobraba. La vida era dura y circular como en Italia, un día igual al otro y al otro.

Y pronto Ida y Cesare empezaron a sonreír. El tiempo les regalaba tranquilidad. La rutina empezó a adormecer ese vacío lacerante. Y un día Ida volvió a acariciarse la panza.

Los miedos estaban simplemente dormidos. Y los Mattiussi se despertaron de ese viejo letargo de tristeza. Ida estaba embarazada de su segundo hijo.

Los meses pasaron en cámara lenta. Ida volvió a parir en su hogar, otra vez con la asistencia de una comadrona pero ya sin la compañía de su familia. Cesare volvía a caminar de un lado a otro. Ella extrañaba más que nunca a su mamá y a su hermana Gioconda. Y la comadrona solo atinó a gritar:

– ¡Chancleta!

Cesare se quedó mudo. La mujer tuvo que explicarle

que esa era una expresión común para anunciar el nacimiento de una niña (4). La vida recomenzaba en un nuevo hogar.

Las semanas pasaron rápido. La pequeña comenzó a crecer en la soledad del campo. Ida y Cesare volvían a ser felices. Todo el esfuerzo valía la pena. No importaba que el trabajo fuera tan duro como en Pavía di Udine o Santa María La Longa. Vivían en el medio de la nada, con jornadas de sol a sol, en compañía de un puñado de animales de granja. Iban cada quince días al pueblo a comprar lo necesario, y el dinero apenas alcanzaba para sobrevivir. El mundo estaba detenido, lejos de las bombas de la guerra.

Pero la tragedia se llevó otra vez la felicidad de los Mattiussi. A los pocos meses, la niña enfermó. El médico del pueblo no pudo salvarla. Los rezos de Ida tampoco. Los sueños de los Mattiussi se desvanecieron en la nada.

La niña fue enterrada en el cementerio de Elortondo. Ida y Cesare supieron que no tenían más nada que hacer allí y volvieron a emigrar. La estación de trenes los despidió con el silbato del guarda. Los Mattiussi dejaron atrás las calles de tierra. Buenos Aires, ese monstruo al que apenas le habían conocido la espalda, los esperaba.

La vida los llevó a Villa Ballester, a una casa-quinta austera que ambos cuidaban en la periferia de la capital. Era una zona casi rural entonces, poco desarrollada y con escasos habitantes. Había que empezar de nuevo.

La jardinería reemplazó entonces al trabajo rural. Pero faltaba algo, un golpe que los atravesara en dos y cortara las cadenas de la emigración para siempre. Y ese choque frontal llegó en marzo de 1915. El diario La Prensa los llamaba a través de un aviso clasificado: "Canchero para campo de deportes con buen manejo de la guadaña se necesita".

(4) Ver nota 2.

Cesare no lo dudó. Sabía manejar como nadie ese instrumento de labranza. Y partió rumbo a Avellaneda. Racing lo esperaba.

La capital argentina y sus alrededores comenzaban entonces a transpirar fútbol, ese deporte tan inglés que apasionaba a los sectores más populares del país. Racing era la gran sensación del momento con su buen juego y sus títulos en fila. Los triunfos cautivaban a las masas de trabajadores, inmigrantes y criollos, de esa incipiente zona industrial a orillas del Riachuelo, pujante y obrera.

Cesare no sabía nada de fútbol. Pero cautivó a los directivos por su buen manejo de la guadaña. Esa vieja herramienta era vital para mantener el pasto a raya. Ida ayudaría en la lavandería.

El histórico presidente del club, Luis Carbone, casi no pudo entender a Cesare. Se manejaba en un italiano muy cerrado, dialectal. Décadas después le contaría a su nieto, Luis María Carbone (hijo), que en la entrevista Cesare “apenas balbuceaba”.

Entonces decidió que debía verlo en acción. Le dio una guadaña y lo llevó a la cancha a cortar el césped. Se quedó impresionado:

– Vos seguí cortando el pasto que ya estás contratado.

Cesare entró a trabajar en Racing por 100 pesos mensuales, un buen sueldo para la época. Debía seguir los pasos de Emilio Firpo, un exjugador que cuidaba la cancha hasta que el club encontrara a alguien idóneo para el puesto de “intendente de campo”.

El trabajo incluía además un techo, una casilla construida en 1907 y que sirvió como primer vestuario de los jugadores. El 7 de marzo de 1915, Cesar Mattiussi, a quien ya se la había caído para siempre la última vocal de su nombre, empezó a trabajar como encargado del campo de deportes. Nació el histórico canchero del Racing Club.

¡ Tita y el arco móvil ¡

Juan Ramón “Lagarto” Fleita arrancó por la derecha y miró el arco. Lo tenía entre ceja y ceja. Cuando el lateral le salió a cortar, enganchó hacia adentro y encaró, se fue solo al gol, solito, nadie lo podía detener.

Tita, que lo esperaba para servirle un mate cocido bien caliente en ese invierno de principios de los 80, lo miraba de lejos. Levantó la cabeza y palpitó el desenlace.

– ¡Es un golazo!

Uno, dos, tres pasos cortos. Entonces se dispuso a patear de puntín pero de pronto el arco se le corrió hacia la izquierda. Entonces el veloz delantero de Las Toscas se tratabilló, tragó saliva y buscó un nuevo ángulo de tiro, más esquinado, pero el arco volvió a moverse aún más y el defensor desairado se le vino encima.

– ¡La concha de tu madre!

Entonces sintió que el gol se desvanecía. Volvió a encarar con más fuerza pero no había nada que hacer, el defensor ya estaba a la par y el arco se le iba.

Tita, a lo lejos, no paraba de reírse. Cecilio, su caballo, la más amada de sus mascotas convertida en arco móvil, había decidido moverse de lugar y pastar más hacia la izquierda. El “Lagarto”, que por entonces tenía 10 años y aún ni soñaba con debutar en primera, puteaba bajito. Y apuntaba a media altura entre el suelo y el lomo del animal, lejos de los palos... las patas. Y gritaba:

– ¡Pará de moverte Cecilio!

¡ Tita - el mito empieza a gestarse ¡

Los Mattiussi pronto se sintieron a gusto en el club. La casilla donde vivían era humilde, muy austera, pero suficiente. Allí instalaron sus viejos recuerdos y los días comenzaban a aplacar la tristeza. Incluso armaron un pequeño jardín con coloridas flores a la entrada de la casa y un gallinero. Querían tener, otra vez, un hogar.

La rutina diaria pronto empezó a cubrir la melancolía. Ida lavaba a mano, en un gran piletón al lado de la casilla, las camisetas de los jugadores. Eran de lana gruesa, pesadas, calurosas. Se usaban hasta en pleno verano y se secaban en una soga al sol. Y Cesar cuidaba el césped, ya considerado uno de los mejores del país. Todos los días, a las 4 de la mañana, se levantaba para regar el pasto.

La cancha era modesta y por entonces estaba ubicada al revés. Los arcos se situaban donde hoy se trazan los laterales. En tres de sus costados se levantaban populares al aire libre y en el restante convivía el gran orgullo del club: una amplia tribuna techada y de madera, de estilo británico. Este sector se dividía en tres secciones a lo largo del "field", como entonces se conocía al campo de juego: una oficial, a 50 centavos la entrada, otra reservada para damas y niñas y finalmente el área de socios, a solo 30 centavos. En total cabían unos quince mil hinchas.

Pero si la concurrencia era muy importante la directiva tenía aún un as en la manga: dejaba entrar a la gente al campo de juego, protegido por un cerco de apenas un metro y veinte de altura. Eso sí, los simpatizantes debían ubicarse a 10 centímetros de la línea de cal y evitar ser atropellados por los futbolistas.

Debajo de la tribuna de socios había un gran dormitorio para el descanso de los jugadores. Racing fue uno de los primeros clubes del país en imponer las concentraciones opativas antes de los partidos. Y muy cerca de allí estaban los vestuarios. El túnel aún no existía. Para llegar al “field”, los futbolistas debían caminar unos 70 metros en medio de los simpatizantes. Y al terminar el primer tiempo los jugadores iban en procesión al buffet, distante a 80 metros, para refrescarse. Otra vez debían mezclarse con los hinchas, que los esperaban ansiosos para darles algunas indicaciones.

Los alrededores de la cancha estaban muy cuidados por las manos de Cesar con jardines repletos de flores. Cuando el “tano” no los veía, los jugadores, en especial los más jóvenes como Juan Perinetti, cortaban algunas para coque-tear con una dama cerca del estadio. Y él protestaba...

– ¡Non tagliare i fiori!

Por entonces no había cánticos en las tribunas. Ni grandes insultos. Los simpatizantes aplaudían o vivaban a sus jugadores. Gritaban los goles y no mucho más. El partido siempre era amenizado por una banda de la municipalidad que se ubicaba detrás de una de las tribunas y entonaba melodías de fiesta. Y hasta se escuchaba un estridente clarín de una vieja publicidad en vivo de un conocido aperitivo de la época cuando el árbitro marcaba el inicio del partido. El clarín volvía a sonar ante cada gol.

En la semana la vida era apacible. Ida y César se codeaban con los jugadores en una era dorada del fútbol amateur. Allí estaban Syla Arduino; Salvador Presta, Armando Reyes; Ángel Floro Betular, Francisco Olazar, Juan Viazzi, Ricardo Pepe; Zoilo Canavery, Nicolás Vivaldo, Alberto Ohaco, Pedro Ochoa, Alberto Andrés Marcovecchio, Juan Hospital y Juan Perinetti, entre otros. El equipo entonces se encaminaba a su tercer campeonato consecutivo que luego, en los

años siguientes, se extenderían a siete, un récord hasta hoy vigente en el fútbol argentino.

Los Mattiussi se enamoraron de Racing. Dos años después de salir de Italia, Ida y César encontraron lo que habían venido a buscar: su lugar en el mundo. Europa quedaba atrás, muy atrás, aunque su indisimulable acento los delataría toda la vida.

Las bombas de la Primera Guerra Mundial retumbaban a lo lejos. Allá habían quedado sus padres y numerosos hermanos y hermanas. Las cartas demoraban meses en ir y volver.

Ida y César empezaron de a poco a sonreír. No olvidaban a sus hijos ni la guerra, pero el tiempo les regalaba algo de paz. La vida volvió a acomodarse entre goleadas, festejos y títulos. La casilla estaba vacía de futuro, pero no de presente.

Ella se había jurado no volver a intentar tener hijos. No soportaría otro golpe. Caminaba en una cornisa endeble para una joven que apenas sobrepasaba los 25 años y que arrastraba unos ojos cada vez más claros por el goteo de sus lágrimas. Pero el milagro golpeó la puerta de su casa. Ni ella ni Cesar sabían entonces cómo evitar nuevas caricias en una panza que volvía a crecer sin importarle el pasado. Ida estaba otra vez embarazada, por tercera vez en menos de siete años.

No fueron meses fáciles. La vieja cancha de Racing fue testigo de los temores de una pareja con miedo al futuro. Los futbolistas fueron una gran ayuda con sus sonrisas, sus palmas en la espalda a César y su contención a una mujer que le rezaba día y noche a sus santos más queridos. A Dios y a la santa "madonna". A cualquier estampita que caía en sus manos. A Ida ya no le quedaban plegarias ni lágrimas para derrochar. Y su cuerpo frágil se aferró a esa barriga que volvía a latir.

Pero el 19 de noviembre de 1919, a las cuatro de la tarde en punto, todo cambió. Racing se estremeció. El recién

inaugurado Hospital Fiorito quedaba a escasas cuerdas de la cancha, pero aún no tenía sala de maternidad. Ida entonces volvió a elegir la protección de su hogar para parir otra vez.

– ¡Chanqueta! –gritó la comadrona. Esa vez no hubo que explicarle nada a César.

Recostada en su cama, ante la inquieta cercanía de su esposo, Ida dio a luz a una niña en su cuarto, en su casa, en Racing. Y la llamaron Elena Margarita Mattiussi.

La pequeña Elena lloró por primera vez en ese cuarto, en esa casilla de madera rodeada de un jardín donde su padre daba la bienvenida a todo el mundo con la leyenda “Racing Club” hecha con flores multicolores. La primavera templaba sus miedos.

La niña pasó sus primeros días en una cunita en el cuarto de sus padres y revolucionó al club. Manuel Vázquez, el nuevo presidente, sintió que el nacimiento era un buen augurio para alcanzar el heptacampeonato. Algunos jugadores hasta se animaron a cargarla en sus brazos. La colmaron de cariño. Elena, o Margarita como la llamaban sus padres al principio, nació rodeada de campeones.

Ida le daba el pecho sentada en la platea de mujeres, en los primeros asientos, bajo el sol suave de noviembre. Y la protegía, la sobreprotegía. No le quitaba la vista un segundo. Sentía que no debía dejarla sola un momento. Tenía terror de que la muerte le arrebatará otra vez a sus sueños. Le rezaba a Dios, a la Virgen, a los Santos. Siempre, todos los días. Se pasaba horas en vilo solo para estar cerca de ella. Y por las noches se levantaba de su cama para acercarse a esa cunita de madera y sentir su respiración. Cada vez que el aire húmedo de la nariz de Margarita chocaba contra sus dedos firmes sentía un profundo alivio, un bálsamo que solo una madre herida puede sentir. Ese aire húmedo era presente y sobre todo... futuro.

Esta vez no iba a permitir que se la quitaran de los brazos. No de nuevo. A sus ojos, esos ojos claros de la Italia gringa, su hija debía ser resguardada en un castillo grande como una cancha de fútbol. Nunca la dejaría sola, jamás la abandonaría. Ida, aún golpeada por el desgarrador silencio de sus dos primeros hijos, se prometió que protegería a Margarita siempre. Hasta el último suspiro. César, desde el “field”, las custodiaba con su guadaña. Eran días llenos de contrastes, de contenida alegría, de constante miedo.

La niña enseguida se convirtió en Titina, diminutivo de Tita, apodo que aludía a las tres últimas letras de Margarita.

César tardó más de un mes en anotarla en el registro civil de Avellaneda. Recién se acercó el 25 de enero de 1920, en pleno verano. Tenía veintiocho años, Ida veintinueve. Con mano cuidadosa estampó su firma: Cesar Mattiussi. Nada de garabatos inentendibles, como el del juez. Simple, de trazos gruesos, solo una raya que retrocedía hacia abajo en el final para marcar que ese era él, el mismo campesino de Pavía di Udine, pero con otro apellido y una nueva esperanza llamada Elena Margarita.

Había nacido una leyenda. Tita Mattiussi.

¡ Tita y un beso inesperado ¡

El partido terminaba. Miguel Angel Wirtz había atajado muy bien. Racing le ganaba 1 a 0 a Estudiantes en Avellaneda y la hinchada pedía la hora. En esos difíciles años 80 los triunfos venían en cuentagotas.

Pero Wirtz escuchaba un solo grito en la cancha.

– ¡Güirs, Güirs, Güirs!

“El Turco” sabía de donde venía ese grito. Miraba ha-

cia el costado y allá estaba ella, Tita, acomodada cerca del banderín del córner. Y arengaba:

– ¡Güirs, Güirs, Güirs!

Wirtz sonreía y esperaba el pitazo final. De pronto vino un centro y la pelota se perdió hacia el lugar donde estaba Tita. Un alcanzapelotas le quiso devolver el balón rápido, pero él le susurró por lo bajo.

– ¡Perá, perá! ¡No me la des...!

Y el arquero se fue solito hacia el banderín del córner. Había que hacer tiempo. Pero Wirtz no pudo contenerse.

– ¡Güirs, Güirs, Güirs!

A Tita la emocionaba ver a uno de sus “pollitos” en primera. Y lo arengaba con su voz aguda apenas perceptible en medio del griterío de la hinchada.

Wirtz entonces tomó la pelota con sus manos y no aguantó más. Se acercó a Tita en el córner, la abrazó y le dio un beso en la mejilla. Los dos se emocionaron. Wirtz tenía los ojos llenos de lágrimas. Racing ganó 1 a 0. Y Tita seguía:

– ¡Güirs, Güirs, Güirs!

¡ Tita y los años 20 ¡

Titina nació campeona. En 1919 Racing ya era conocido como la “Academia” por su buen juego y su impresionante seguidilla de títulos: siete consecutivos entre 1913 y 1919, cuatro de ellos invicto. Con apenas semanas de vida, festejaba el heptacampeonato en su humilde cunita, debajo de la vieja tribuna de madera.

Avellaneda hacía siglos que había dejado de ser “Crucecita”. Al escasear las postas, a alguien se le ocurrió señalar la zona con una cruz de madera a la vera de una zanja y ese símbolo religioso, humilde y tosco, fue un mojón de

frontera durante mucho tiempo. Hoy es un barrio no reconocido como tal en la zona.

“Crucecita” era una tierra agreste, surcada de arroyuelos que Juan de Garay vadeó en 1580 y que otorgó al último adelantado de América, el español Juan Torres de Vera y Aragón. Dos siglos después, aquel zanjón pasó a llamarse “Arroyo de la Crucecita” y allí derivó el nombre con el que la conocían los lugareños. También se la llamó, un tiempo después, el “Pago de la Magdalena”.

Pero en 1852 ya se había convertido en una ciudad bajo una nueva denominación: Barracas al Sud. Ese fue el nombre de uno de los dos clubes que, fusionados, dieron pie al nacimiento de Racing el 25 de marzo de 1903. El otro era Colorados Unidos.

Un año después, en 1904, la ciudad fue rebautizada como Avellaneda, en honor al expresidente argentino Nicolás Avellaneda. Titina nació en Avellaneda, la vieja Barracas al Sud, el antiguo “Pago de la Magdalena”, Crucecita.

El radical don Hipólito Yrigoyen cabalgaba su primer mandato a nivel nacional, pero Avellaneda era entonces un reconocido feudo conservador dominado por el caudillo Alberto Barceló. La ciudad vivía un crecimiento constante con la llegada de inmigrantes de toda Europa, en especial españoles e italianos, la mano de obra barata que necesitaban los industriales de la zona sur. La ciudad comenzaba a rodearse de fábricas y frigoríficos. Y los obreros vivían hacinados y sin derechos.

Barceló, que gobernó Avellaneda entre 1909 y 1917 y luego entre 1924 y 1932, tenía a su propio lugarteniente, Juan Ruggiero, un temido “camorrero” que actuaba como fuerza de choque contra radicales, socialistas y anarquistas. “Ruggierito”, como era conocido por todos, terminó asesinado a balazos en una emboscada.

Pero más que otra cosa, por sobre todo, Barceló era hinchado de Racing. Su sobrino, Hugo Martín Barceló, llegó a ser un gran goleador de esos años con la camiseta de la Academia.

Así, Racing, en su zona de influencia, era el equipo del “poder”, el club de Barceló. En cambio, Independiente se identificaba más con la Unión Cívica Radical y los socialistas.

Racing se beneficiaba con ese coqueteo: tenía mucho apoyo de comerciantes, de las clases pudientes y de la intendencia. Pero paradójicamente los sectores populares, los criollos y los hijos de la inmigración, se apasionaban con esa camiseta celeste y blanca que no paraba de cosechar títulos. Los extremos se tocaban en la cancha.

Titina nació en una era dorada. Racing tenía al mejor equipo del fútbol argentino, imbatible, popular y cobijado bajo el ala del poder conservador. Era una época de amateurismo solapado –o “marrón” como se lo denominaba entonces– y en eso Racing era todo un especialista.

Faltaban más de diez años para que se iniciara el profesionalismo en la Argentina. Pero los futbolistas de los grandes equipos se las ingeniaban, con la ayuda de sus clubes, para tener un buen pasar económico y así dedicar sus mayores energías a la pelota. Esa era la gran diferencia con otros clubes más humildes cuyos jugadores apenas tenían tiempo de entrenar y dar dos pases seguidos entre semana.

El poder, como sucedería también en otras épocas, ayudó entonces a la flamante Academia. Buenos empleos, buen fútbol. Así el histórico zaguero Armando Reyes trabajaba como inspector de ferias municipales. Pero no era el único. Juan Perinetti, Alberto Marcovecchio, Juan Ohaco y Zoilo Canavery, las indiscutibles figuras del heptacampeón, eran también empleados de la intendencia local. Trabajo bien remunerado, horarios flexibles, tiempo para entrenar y jugar.

El fútbol ya era masivo y rentable. No solo por las jugosas recaudaciones de los fines de semana. La publicidad se había instalado en las canchas y las tabacaleras tenían el dominio casi exclusivo. Los estadios se llenaban de enormes cartelones de los viejos cigarrillos 43 o Dólar, que incluían las primeras “figuritas” de los grandes ídolos. Eran otros tiempos, sin reglas ni buen gusto: la publicidad de Goal mostraba a dos purretes jugando con una pelota y un cigarrillo en la boca. El fútbol era cosa de hombres.

En algún momento de los años 20, Titina sonrió por primera vez en algún lugar del estadio, en algún pasillo, en el césped que su padre cuidaba con esmero o en la casilla de madera.

Titina empezó a gatear, a caminar, a hablar en la cancha. Los futbolistas de Racing le enseñaron su primera palabra. No fue mamá. Tampoco papá. Ellos sabían muy bien cuáles eran las dos sílabas que debían salir de su boca.

– Ra-cing. Ra-cing.

Y la pequeña Titina no los decepcionó. Racing estaba primero. Delante de todo y de todos. Incluso de sus padres que debieron resignarse con una mueca de desilusión.

– Ra-cing.

Apenas la divisaban por ahí, los jugadores colmaban a Titina de atenciones. Ellos, los supercampeones, los ídolos de la clase trabajadora, estaban locos por esa criatura. Incluso le regalaron, con complicidad de sus esposas, su primer vestido. No fue rosa, no. Fue celeste y blanco. El mismo color de su primera muñeca, también regalo de los jugadores.

Así, en poco tiempo, se convirtió en la niña mimada de todos, en especial de Marcovecchio, el gran goleador de la época, que la colmaba de sonrisas y cada vez que la veía le regalaba un chocolatín. Siempre.

Titina comenzó pronto a jugar, a correr y a subir por

los escalones de madera de la vieja tribuna de estilo inglés, por entonces la más alta de Sudamérica. Ida nunca se despegaba de su lado y creía morir ante cada resfrío, cada tos, cada pico de fiebre de su hija.

En 1921 Ida recibió una enorme alegría. Su hermana Gioconda había venido a la Argentina junto a su hijo Hermes, de cuatro años. Era madre soltera. El padre del niño no se había hecho cargo y marchó a la guerra. Nunca más supieron de él.

Pero el viaje en el "Vapore di bandiera italiana Indiana", que había partido de Génova con escalas en Barcelona, el puerto de Santos y Montevideo, había sido muy accidentado. Gioconda, a sus 26 años, se había caído de una escalera a bordo del barco y sufrido un durísimo golpe que le provocó una profunda herida en una pierna. El dolor era lacerante. Y nunca se recuperó.

Gioconda y Hermes se instalaron entonces frente a la cancha, en el viejo pasaje Cuyo, a pocos pasos de la casilla de los Mattiussi. Volvían a ser una gran familia.

La hermana menor de Ida pronto conoció a un criollo, Francisco Piñeyro, con quien al tiempo tuvo a una niña, Carmen, la adorada prima hermana de Titina. Cada vez que se veían, a pesar de la diferencia de edad, eran las niñas más felices de Avellaneda. Hermes, el mayor de los tres, se llevaba muy mal con su padrastro y pronto se fue a vivir con los Mattiussi. Los tres primos solían perderse por ese interminable laberinto que para ellos era la cancha de Racing.

Pero las desgracias no se habían detenido. El golpe mal curado en la pierna que había sufrido Gioconda en el barco derivó en una gangrena. Los médicos debieron amputarle el miembro inferior a la altura de la rodilla. La querida tía de Titina falleció algunos años después en medio de un profundo dolor.

Carmen tenía solo cuatro años cuando su madre murió

y siguió a Hermes al hogar de los Mattiussi. La niña se iba los fines de semana a visitar a su padre, pero la casa de sus tíos se convirtió en su verdadero hogar.

Titina no era como las otras niñas de Avellaneda. No le llamaban tanto la atención las muñecas, aunque jugara con ellas, ni el color rosa. Le gustaba más ensuciarse, darle de comer a las gallinas, correr por la cancha o esconderse en algún recoveco ante la desesperación de su madre. Se divertía más como lo hacían los muchachos de su edad. Los tres –Titina, Carmen y Hermes– eran la envidia de todos los chicos de la zona. Vivir en la cancha de Racing era monopolio de una sola familia ensamblada, los Mattiussi.

Titina hacía enojar a sus maestras en la escuela primaria número 46 “Bernardino Rivadavia” de Avellaneda, sobre la calle Lavalle y Belgrano. No porque fuese una alumna descarriada o tuviera mala conducta. Al contrario. Pero no podía evitar dibujar y colorear la camiseta de Racing en sus cuadernos.

– ¡Otra vez Mattiussi!

Es fácil hacer volar la imaginación: Titina menudita, de sonrisa leve, guardapolvo y zapatos negros, algún moño en la cabeza, medias altas y pollerita bajo las rodillas, corriendo por el patio de la escuela por las mismas baldosas que sus primos Carmen y Hermes. Los tres iban y volvían juntos a la escuela y se apresuraban para llegar a la casa, almorzar, cambiarse y salir a la cancha.

Eran niños felices, inseparables. Titina se cansó de repetirlo toda su vida. ¿Qué niño o niña no sería feliz en una cancha de fútbol, con una pelota en los pies, escondida entre los cientos de recodos del estadio? Titina era tímida, introvertida, pero alegre y llena de vida, siempre bajo la protección de sus padres que no se le despegaban ni un momento.

Ya en esos primeros años, junto a Carmen, ayudaba a su madre en la lavandería del club. Aprendió el oficio de muy

chica. A lavar las camisetas, las medias y los pantalones cortos, a lustrar zapatos con grasa, a remendar la celeste y blanca con paciencia. Cada prenda era un objeto preciado en una época en que todo se hacía a pulmón y la ropa debía durar... lo más posible. Había que dejar impecables las camisetas de los campeones, que se desteñían a las pocas refregadas. Se lavaban a mano, con agua y jabón blanco, en una tabla de madera fuera de la casilla. Y ella se subía a un banquito para colgarlas, una a una, en una soga al sol, en la misma cancha donde su padre llevaba su guadaña ayudado por Hermes.

Pero lo que más amaba Titina era patear la pelota, pararse en el punto del penal e intentar batir al arquero multiampeón, Marcos Croce. Claro que el punto del penal debía correrse varios metros hacia el arco para que el balón llegara a la red, despacio, muy despacio.

Croce fue su primer gran arquero. "Bigotito", como lo conocían todos, era uno de los mayores ídolos de la Academia por aquellos años. Atajaba sin guantes y tenía unas manos enormes. Tiene el récord de valla invicta del fútbol argentino, con 1077 minutos sin recibir goles durante 11 partidos y 67 minutos entre 1920 y 1921, aunque el modernismo le regala esa marca a Carlos Barisio, con dos minutos menos con el buzo de Ferro en 1981. ¿Por qué a Barisio? Porque cobraba un sueldo y Croce no. Era el mismo deporte, se atajaba con las dos manos, regían las mismas reglas, el arco medía igual que ahora, las canchas estaban repletas de fanáticos y nadie, como ahora, podía explicar tanta pasión. Pero "Bigotito" era "amateur"...

La pequeña Titina idolatraba a "Bigotito". La hinchada también. En un amistoso con el invicto San Lorenzo, en el Gasómetro, la vieja cancha de los "cuervos", Croce atajó un dudósimo penal faltando ocho minutos y con el marcador 1 a 0 para Racing. Los simpatizantes no aguantaron más, saltaron el

cercos, que por entonces no tenía más de un metro y veinte de altura, e invadieron la cancha solo para llevárselo en andas. El partido se suspendió, pero a nadie le importaba.

Titina creció entre hombres. Hombres rudos, recios, machos, de gomina, de los de antes. Eran tiempos en que las cuestiones se dirimían a las piñas y dentro de la cancha. Esa niña que fue se acostumbró pronto a ver cómo sus “tíos” futbolistas resolvían sus problemas a los golpes.

Armando Reyes era uno de esos futbolistas de pocas pulgas. Columna vital del heptacampeonato y primer técnico del profesionalismo, era corpulento y macizo, un armario de grande, un placard, un vestidor entero. Pero con los años empezó a mostrar una figura desordenada y debía usar una faja para acomodar lo que sobraba.

En un partido con Barracas Central, en 1921, los hinchas rivales lo tomaron de punto. Se reían de esos kilos de más. Tras el triunfo racinguista por 2 a 0, Reyes no aguantó más y corrió a la tribuna donde estaba esa yunta camorrera. Saltó el muro de separación y empezó a repartir trompadas. A todos. Algunos jugadores de Racing intentaron calmarlo, pero fue peor. Volaban las piñas. Reyes noqueó a cinco hinchas y a dos de sus propios compañeros sin darse cuenta. Alberto Ohaco y Juan Riccietti quedaron con moretones durante varios días.

Ohaco también tenía lo suyo. El insider derecho, una gloria del club, fue el primer gran ídolo criollo. Había ascendido con Racing en 1911 y estuvo en los ocho campeonatos ganados hasta su retiro en 1923.

Los periodistas decían que era el jugador más correcto del fútbol argentino. Pero también tenía su carácter. Una vez, en la cancha de Barracas Central, un fotógrafo se le acercó con un ademán sobrador: debía retratarlo para las figuritas que se regalaban en los paquetes de cigarrillos Dólar. Ohaco usaba una

gorra de Gath & Chaves para disimular su calvicie y odiaba las fotos. Cuando posaba junto al equipo miraba para abajo.

El fotógrafo le pidió, de malos modos, que se quitara la gorra y el ídolo estalló. La muestra de su carácter, a juicio de un cronista del diario Crítica, incluyó “gestos arrabaleros y palabrotas de carreteros”. No hubo foto esa vez.

En esos años Juan “Pichín” Hospital, un delantero hábil y encarador, fue sacado de la cancha con doble fractura de tibia y peroné por un tremendo patadón de Heriberto Simons, defensa de River. Terminó... en el hospital.

Y había más. En la semifinal de la Copa Competencia 1924 con Independiente, el ídolo de la afición, Pedro Ochoa Baigorri, “Ochoíta” para todos, entró al área y cayó al piso tras una entrada del capitán rojo, Antonio Ferro.

– ¡Penal!

“Ochoíta” fue el primero en reclamar desde el piso, pero el árbitro Samuel Grispan hizo un ademán de que no había pasado nada. Pero fue tan enfático el reclamo del ídolo racinguista y de los demás jugadores de la Academia que el réferi tuvo una idea que por entonces podía parecer buena.

– Dígame Ferro, ¿fue o no fue penal?

Ferro y “Ochoíta” quedaron cara a cara y el férreo defensor de Independiente, sin dejar de mirar a su rival ni por un instante, fue lapidario:

– ¿No te da vergüenza reclamar penal?

Las piñas volaron durante varios minutos.

“Ochoíta” había nacido el 22 de febrero de 1900. Con su gran amigo Natalio Perinetti formó un dúo inolvidable en la delantera racinguista. Titina aprendió a entonar el grito de guerra de la hinchada: “Perinetti-Ochoíta, la pareja más bonita”. Otros tiempos...

Ochoa estuvo 15 años en Racing. Titina llegó a conocerlo bien. Era jodón, muy jodón, extremadamente jodón.

Una vez, al terminar el entrenamiento, se puso un antifaz y siguió a su compañero Eduardo Spraggon a la salida del estadio. Lo arrinconó en un zaguán y le puso un revolver en la cabeza. En medio de la desesperación de su víctima, “Ochoíta” se quitó el antifaz y lanzó una carcajada entre los insultos del asustadísimo delantero.

“Ochoíta” era uno de los tantos tíos postizos que tuvo Titina en su infancia. “El Mago” o “El Brujo”, como lo llamaban los hinchas, se metió en la historia de Racing no solo por su juego. También fue retratado en dos tangos de la época que cantaba Carlos Gardel, el más famoso hincha de la Acadé: “Ochoíta” de Osvaldo Fresedo y “Patadura”, de José López Ares y Enrique Carrera Sotelo, una crítica a un futbolista aficionado que le hubiera gustado “burlar a la defensa con pases y gambetas y ser como Ochoíta, el crack de la afición”.

Titina se acostumbró a ver a “Ochoíta” con un faso en la mano. Fumaba casi 40 cigarrillos al día y era asmático. Llegó a jugar solo cinco partidos en el profesionalismo y abandonó el fútbol. Se mudó a Tandil por un tiempo pero pronto su economía lo cercó. Racing organizó entonces una colecta antes de un partido contra San Lorenzo con barriles en la entrada de la cancha como si fueran alcancías. “Ochoíta” volvió a Avellaneda para trabajar en la sede del club y hasta su muerte el 5 de septiembre de 1947, no dejó de ver a Titina.

Por entonces la violencia en las canchas era una postal común. Pero el 6 de octubre de 1927 el estadio se conmocionó. Titina estaba a punto de cumplir 8 años. Ese día Racing recibía a Ferro. Juan Tubio adelantó al local a los 30 minutos del primer tiempo y enseguida todo se desmadró. El delantero visitante Enrique Gaizarain le pegó un codazo alevoso al mediocampista Vicente Elicegui. Tan certero fue el golpe que el volante racinguista sólo pudo volver a entrar en el segundo tiempo. En esa época no estaban permitidos los cambios y

Racing jugó con 10 un cuarto de hora. El árbitro Luis Celleri aplicó el siga siga. Los futbolistas se lo querían comer.

El partido entonces cambió. Los recios defensores de Racing Carmelo Palacios y Fernando Paternoster planearon la venganza. Golpe va, golpe viene, el pibe de Ferro fue esquivando el destino. Y a un minuto del final, el habilidoso Pedro José “Tres Pulmones” Chalú lo dejó solo en el área y el delantero de Ferro, que debió ser expulsado, marcó el empate.

La bronca estalló en el estadio. Los hinchas insultaban y lanzaron una rechifla generalizada. Los jugadores de Racing cargaron contra el árbitro, que no tuvo mejor idea que correr hacia los vestuarios. Pero el apuro es muy mal consejero y Celleri se refugió en el lugar equivocado: el vestidor de Racing. ¡Para qué! El temible goleador Alberto Marcovecchio lo arrinconó a puñetazos. En el desorden nadie se percató de que un fanático había entrado. Fuera de sí, sacó un revólver y le disparó al referí. La bala quedó incrustada en el casillero de Carmelo Palacios. El árbitro, ileso, con taquicardia y algunos moretones, estaba blanco. El atacante huyó sin decir palabra.

En esos días en el club no se hablaba de otra cosa...

Por esos años Racing tenía a su propia “mascota”. Tina lo veía siempre en la cancha. José De Ninno, alias “El rey del patín”. Se colocaba detrás del arco defendido por Croce. No tenía piernas. Un tranvía se las había amputado en un accidente. De Ninno era una celebridad en el mundo Racing.

Llegaba a la cancha y no pasaba nunca inadvertido. Se trasladaba en un enorme patín, una especie de moderna patineta con la que se movía de un lado a otro. Los hinchas lo amaban, y antes de cada partido esperaban el ritual: “Ocho-íta” se acercaba y le acariciaba la cabeza. El pibe sonreía y la afición deliraba. De Ninno se ganaba la vida en la semana abriendo las puertas de los autos que llegaban al cementerio de La Recoleta.

Fueron años de felicidad. Titina vivió el título de 1925. En el anterior, de 1921, era apenas un bebé. Pero con seis años, ya le gustaba ver los partidos. Racing hizo una gran campaña que incluyó un debut algo problemático con Sportivo Almagro. Salvador Carreras paró un centro de Spraggon con la mano y convirtió el 1 a 0. El árbitro marcó el centro de la cancha, pero el arquero Humberto Recanati no se quedó callado. Todos los jugadores del visitante resolvieron sentarse en el área en señal de protesta y el partido se suspendió. Titina se volvió a su casa sin entender.

Racing se coronó campeón el 25 de octubre con un empate en cero con Excursionistas. Esa noche hubo alegría en Avellaneda, en la casa de los Mattiussi, una fiesta que demoraría 24 años en volver.

Titina participó de esos festejos. Regaló sonrisas para todos. Corrió por los pasillos, guardó varias figuritas de sus ídolos. Sus tíos postizos estaban felices. Ella también. Como en toda su infancia.

¡ Tita y la maldita plata ¡

“Me levanto a las seis... Compró las cosas para el desayuno de los muchachos... Después lavo. Preparo algunas cosas para cuando termina el entrenamiento. A la tarde salgo otra vez a comprar. Pero me acompañan los chicos nuevos porque los paquetes pesan.

Ellos siempre vienen por aquí. El Tito (Juan José Pizzutti) pasa dos o tres veces por semana para saludarme o si no me llama por teléfono. Igual los quiero a todos... A algunos más, a otros menos, pero a todos... ¿Ah! ¿Sabe quién me escribió el otro día? (Oscar) Escalante. ¿Se acuerda de ese chico? ¡Pobre! Anda solo allá por Guatemala... Se van, ¿vivo? Esa es la pena que

más me da... Y todo por la maldita plata a veces... Pero no es culpa de los muchachos. Usted también los conoce. Uno es joven y quiere ganar. Quiere triunfar... A mí nunca me interesó la plata... ¿por qué será? Como mi papá... Soy igual que él. Siempre trabajando. Pero estoy contenta. Solo me enojo y me pongo triste cuando algunos no me escriben ni me hablan o no me vienen a visitar. ¿Le dije quien pasa siempre por aquí? (Raúl) Belén. ¡Pobre! Nunca se olvida. ¿Vio que recién le pregunté a (Rubén) Sosa por Pedro (Dellacha)? ¿Por (Pedro) Mansilla? Son muy amigos con Sosa. Y con Pizzuti. Algunos siguen siendo amigos, ¿vio? Otros se alejan.

Ahí tiene. Muchos decían que (Daniel) Onega era un muchacho hosco... ¿vio? Y no es cierto. Me habla todas las semanas. ¿Y cuánto estuvo aquí? Ni un año... Y no me falla nunca. Pero el más atorrante que pasó por aquí fue el Pato (José Omar Pastoriza)... ¡Qué tipo ese! Tendría que haber subido al gobierno... Todo lo arreglaba riendo. Como en el sesenta y cuatro, cuando los muchachos no cobraban ¿se acuerda? ¡Las reuniones que había aquí! ¡Humm! Yo estaba siempre con ellos. Me contaba todo. ¡Bah! Todos me contaban todo. Pero él tenía esa alegría ¿vio? ¿Le escribió a usted? A mí me mandó una postal para fin de año... ¡Qué loco lindo! Cuando estaba él en la rueda siempre había alegría. Cosas de muchachos ¿vio? En cambio Federico (Sacchi) siempre serio”

Oigan, no se pierdan ¡eh!” (5)

¡ Tita y la revista El Gráfico ¡

Titina se asoció al club el 19 de febrero de 1931. Nú-

(5) Extracto de la entrevista con Osvaldo Ardizzone, publicada en la revista El Gráfico el 15 de mayo de 1973.

mero de socia 1274. Tenía entonces 11 años y le encantaba la natación. Era chiquita, flaquita y con el pelo color castaño claro, muy claro. Nunca pegó un estirón. Y entró en la adolescencia casi sin darse cuenta mientras le pateaba penales a Juan Botasso.

El arquero surgido en Argentino de Quilmes había llegado a Racing el mismo año en que Titina se asoció al club, ya en el profesionalismo, y defendió el arco del equipo hasta 1938 cuando decidió volver a la barranca quilmeña. “Cortina Metálica”, como se lo conocía, era tan popular que Miguel Padula le dedicó un tango que decía “La tribuna te saluda/Botasito/Porque sos el mago de la hinchada/Los domingos sos cortina de negocio”. Fue una muralla en el Mundial de Uruguay 1930. ¿Habrá escuchado Titina por radio la derrota contra Uruguay 4 a 2 en Montevideo? La capital uruguayaya ya le daría revancha.

La escuela primaria había quedado atrás. Y entonces, como muchas niñas o adolescentes de su edad, empezó a estudiar corte y confección. Titina cursaba en la Academia Central Durac de Buenos Aires, bajo la atenta mirada de su directora, la señora Rosa Durac de Oblitas. Llegó a ser muy buena modista, una verdadera experta “en corte y confección y lencería del sistema Durac”, como rezaba la portada de uno de sus cuadernos de la época que conserva prolijos dibujos de sus modelos más preciados.

Por entonces varios de sus antiguos tíos de la infancia ya no estaban en el equipo. Y los que se habían hecho profesionales siempre repetían la misma frase:

– ¡Pensar que yo te cargué en brazos de chiquita!

Pero ella no se acordaba. Su prima Carmen, cinco años menor, la perseguía por todos lados. Y ella entonces se escabullía por los rincones de la cancha con su inseparable amiga Coca Gatti, la hija de un empleado del club que se crió

como ella en Racing. Eran carne y uña. Donde iba una, allá iba la otra. Las dos compinches. Las dos fanáticas de la Academia. Las dos muy petisitas.

José María “Ruso” González, un destacado back de la época, se reía de su altura y con ironía las llamaba “el ala izquierda”, en alusión a la dupla integrada por Vicente “Pichin” Del Giudice y Eduardo Leoncio, que cuando jugaron juntos por ese sector de la cancha fueron los puntos más “altos” del equipo.

“Llamarada”, como también le decían por el tono rojizo de su cabellera, se reía cuando las veía pasar en yunta.

– Ahí va el ala izquierda...

Titina, siempre bajo la custodia infranqueable de doña Ida y don César, cosía y bordaba para aprender un oficio y ayudaba a su madre en la lavandería. Meta agua y jabón, broche y camiseta.

Amaba el fútbol. No se perdía un solo partido de local ni de visitante. Con Coca, de niñas, jugaban poco a las muñecas. Las dos coleccionaban estampas de jugadores que colgaban de las paredes de sus cuartos junto con algunas siluetas y muñecos de plástico de sus futbolistas preferidos. Todos de Racing. Solo de Racing. Veían juntas los entrenamientos, cuchicheaban entre sí sobre los futbolistas más buenos mozos y hasta leían El Gráfico. Gritaban cada gol, disfrutaban las victorias, se conformaban en los empates y sufrían con las derrotas. Como cualquier hincha fanático. Y hablaban del próximo partido durante toda la semana.

Pero Titina también amaba la natación. Iba a nadar a la pileta del club. Era una sirena. Llegó a competir en algunos torneos y hasta fue campeona de la categoría menores. Sus compañeros le decían que nadaba mejor que un pez. Y ella se reía con la publicidad del dentífrico Pebeco:

– ¡Nada como un pez! ¡Es un delfín! ¡Un surubí! Y

tiene los dientes como un tiburón, de fuertes y sanos. Gracias a Pebeco.

El país entraba de lleno en la década infame. El primer golpe de Estado, que derrocó a Hipólito Yrigoyen en 1930, daba paso a una era de “fraudes patrióticos”, represión y supresión de derechos para la masa obrera. Barceló había dejado Avellaneda para sumarse al Senado de la Nación y Racing empezaba años de sinsabores.

Titina y Coca eran una rareza en el mundo del fútbol, que seguía siendo un tema exclusivo de hombres. Violento, cosa de machos, dentro y fuera de la cancha. Y en el medio, ellas. Más atrás, Carmen.

El 31 de mayo de 1931 comenzó el profesionalismo, pero todo seguía igual. Un calco de la década pasada. Hombres duros, con códigos bien definidos. Todos peinados con la clásica gomina Brancato, un sombrero Tow o Tiraboschi, la barba bien rasurada con la crema Vinolia y las hojas de afeitar Probak, salvo los que elegían llevar bigote.

Los jugadores se reunían siempre en la casilla de los Mattiussi. Cesar incluso se animaba a amasar unos tallarines para todos y tocaba su acordeón. Amaba la música. Y cantaba canciones italianas ante los aplausos de los futbolistas y las sonrisas de Ida, Titina, Carmen y Hermes.

Los jugadores traían su yerba Liebig y mateaban un rato, aunque algunos se atrincheraban con un Fernet Branca en la mano. Otros pitaban habanos Condal, que en las publicaciones de El Gráfico recomendaba: “Cuide su entrenamiento, fume Condal”. O con un mensaje más osado aún: “Fume Condal y tenga salud y suerte”.

Coca y Titina preferían que fumaran cigarrillos “Pour la noblesse” porque traían fotografías en colores y siluetas de jugadores en todos los paquetes. Y ellas se quedaban con las estampas.

La violencia seguía reinando en los campos de juego. En la segunda fecha del campeonato, Racing goleó 5 a 1 a Platense en Avellaneda y el capitán del local, el histórico Natalio Perinetti, aquel de la dupla de oro con "Ochoíta", expulsó de la cancha a su propio compañero Pedro Pompey a los 68 minutos. Sí, lo expulsó.

¿Qué había pasado? El defensor racinguista agredió con un par de trompadas a otro jugador de la zaga académica, Fernando Paternoster. El árbitro se quedó mudo. Solo atinó a ver como Perinetti le ordenaba a Pompey que se fuera de la cancha expulsado. Y volvió a jugar recién dos semanas después.

Los hinchas no se quedaban atrás. No había aún "barras bravas" organizadas, pero no eran ningunos santos. El 2 de agosto de ese mismo año invadieron la cancha en protesta por los fallos del árbitro en un partido contra Estudiantes. Iban 1 a 1 y faltaban 15 minutos para el final. La liga le dio por perdido el partido a Racing.

Los años pasaron pronto. Titina seguía siendo una niña mimada por todos. Siempre en su casa, con los padres y sus primos, en una casilla modesta, sin lujos, con lo justo y sin vestidos de fiesta. Acostumbraba a hacer las compras con su madre y su prima, siempre cerca del estadio. Salía poco, lo necesario. Racing era su refugio. De la sede a la cancha y de la cancha a la sede.

Coca y ella eran inseparables. No podían evitar encoger los hombros y lanzar una tímida sonrisa cada vez que veían a Demetrio Conidares, en el bar de la sede del club, comerse un sándwich de salame y queso antes de cada entrenamiento.

El tucumano Conidares había llegado a Racing en 1933 lejos de su peso ideal: 107 kilos. Sí, todo un récord. "Barri-lito", como le decía la hinchada, era gordo pero letal en el área. Y las dos festejaban sus goles.

Titina tuvo un enamoramiento especial con uno de los

jugadores de la época. Solo Coca, su amiga del alma, conocía el secreto. Pero muchos sospechaban. No hubo romance. Solo tenía 15 años. El futbolista nunca se enteró, pero a ella le latía el corazón más fuerte cada vez que planchaba su camiseta.

Ese amor juvenil quedó al descubierto cuando Ricardo Lorenzo Rodríguez, alias Borocotó, un reconocidísimo periodista, escritor y guionista de la época, llegó a Racing para escribir una nota para El Gráfico. Quería reunir a las hinchas “número uno” de los equipos grandes.

– ¡Titina!

Nadie dudó en señalarle a Tita Mattiussi como la hincha más fanática de Racing. Borocotó escuchó la explicación y la eligió enseguida.

– Tiene 15 años, nació y vive en la cancha. No se pierde un partido.

– ¡¿Nació en la cancha?!

Borocotó entrevistó a Titina en el estadio y un fotógrafo la inmortalizó en varias imágenes en blanco y negro en su casa y en el estadio.

Titina estaba seria y muy nerviosa. Coca no lo podía creer. Doña Ida y don César tampoco. Carmen y Hermes mucho menos.

– ¡Me van a entrevistar para El Gráfico!

Borocotó le hizo la nota antes de que cumpliera los 16 años. Hablaron de todo, de ella, de su amor por la natación, de su pasión por Racing, de su amiga Coca, de los jugadores. Y hasta alguien le “sopló” al periodista por debajo de la mesa que suspiraba por uno de los futbolistas más jóvenes del equipo. Titina estaba eufórica. Semanas después, a la hora señalada por los canillitas del barrio, fue corriendo al kiosco de diarios para comprar la revista. Hacía calor.

El número 809 del 12 de enero de 1935 tenía en la tapa al boxeador Jacinto Invierno, “challenger del campeón ar-

gentino de los medio mediano". Y ya en la página cuatro, aparecía la foto de Titina junto a una nota titulada "Las Hinchas".

Borocotó había reunido a cinco simpatizantes de los cuatro equipos más grandes: Tita Mattiussi, por Racing; la calabresa Doña Catalina Calamita, por River; Doña Anita P. de Ragni, por Boca, y la socia femenina número 1 de Independiente, Francisquita Pérez, junto a su amiga Cleo Roche. Borocotó quería conocer cómo pensaban ellas, las fanáticas del fútbol argentino.

A Titina le temblaban las manos. Su foto había salido en la revista de mayor circulación en Sudamérica, como aseguraba el eslogan de la misma publicación. Y se devoró el artículo junto a Coca, que le regaló una sonrisa más grande que la publicidad de Pebeco cuando vio que su nombre también aparecía en la nota.

Lo primero que leyó fue el epígrafe de su foto: Tita Mattiussi, hija de don César, el canchero de Racing. Esta chica ha nacido en la propia cancha del club citado y desde que se conoce es hincha de "La Academia".

Titina sonrió. La foto la favorecía, aunque había salido algo seria. Parecía mayor. Eso le gustaba. Llevaba un vestido blanco abotonado hasta el cuello y estaba sentada sobre un montón de camisetas. Detrás, en las paredes de su cuarto, se veían colgadas muchísimas estampas de jugadores y hasta algunos muñecos-futbolistas. Y tenía dos cuadros enormes de sus máximos ídolos colgando de sus manos. A su izquierda, Vicente Zito, "La bordadora", un delantero dueño de una gambeta de ensueño que jugó en Racing entre 1933 y 1944; y a su derecha, Vicente "Pichin" Del Giudice, un entrealear izquierdo de enorme talento que vistió la celeste y blanca entre 1928 y 1937 y volvió al club en 1939.

Y entonces empezó a leer en voz alta:

"No; no empiecen a decir: "¿Y esta es la hincha más calificada?". No protesten. He querido hacer, simplemente, una

referencia a las más grandes simpatizantes de los primeros equipos, y cuando fui a averiguar quiénes eran, encontré que muchas merecían igual consideración. Para quedar bien, para abarcar la mayoría, tendría que escribir un grueso volumen... y siempre quedaría una chillando. “¿Y a mí?” “A mí que he ido hasta La Plata más de una vez y que me quedé bajo la lluvia firme en mi puesto? A este le han pagado... ¡Ah! A mal pensadas no les gana nadie. Es remotamente probable hacerle entender a un hincha algo contrario al criterio que se ha formado, pero tratándose de una mujer no cabe ni la posibilidad de ese remoto. Es definitivo. Figúrense ustedes que en la recorrida para hacer la nota, cuando ya estaba entrando en confianza, todas se despacharon en contra mía. Y no vayan a creer que dando rodeos. No; derecho viejo, con punta, filo y contrafilo. Por lo menos cuando se cae en una barra de reos y se piden unas cañitas a manera de encendedor para la cháchara, hay siempre aquel que dice: “Che, muchacho; vos estuviste mal... Fajaste demasiado... No es pa tanto; no es pa tanto...” Pero las damas no adornan las biabas. Las pegan sin consideración. “Usted nos tiene rabia”. Tal es la manera, la frase usual. Y no caben explicaciones ni preguntándoles por el novio o haciéndole el elogio al marido. Con razón saben agarrar a los pibes, mirarles los zapatos y, al descubrir huellas del potrero, sacudirles bien fuerte pasada la columna vertebral”.

Titina se detuvo un instante y siguió. El corazón le latía más fuerte:

“Y todo sin palabras; con esa seriedad de quien tiene conciencia de sus actos; con la autoridad de quien se cree que está reformando al mundo. Y ocurre después que el pibe se rasca un poco y torna para el baldío. Yo sé que se van a enojar muchas. Lo siento. Hasta se me creará un problema con la elección de la primera. Por eso, coloco cinco bolillas en un sombrero. Che, Frascarita (por el periodista Felix Da-

niel Frascara, que firmaba sus columnas como Contragolpe) sacá una. Ya está: le tocó a la de Racing. ¿Qué? ... ¿Usted protesta?... ¿Quería haber salido primero... El azar, el azar, mi amiga. En este sorteo no hubo mula y les puedo asegurar que si existen algunas simpatizantes comparables en méritos con las que aquí aparecen, no me negarán que éstas son de primera agua”.

Titina había salido primera en el sorteo de hinchas. Le tocaba a ella inaugurar la nota. Racing iba adelante. Era un enorme privilegio. Su historia no sería cortada con ese frío “sigue en la página...” Y la sonrisa se le dibujó de oreja a oreja. Allí estaba el subtítulo del artículo que le daba la bienvenida a El Gráfico y nada más ni nada menos que en negritas: **Tita Mattiussi, de Racing.**

Y siguió leyendo, nerviosa, con toda la frescura de su adolescencia:

“Es hija de don César, el viejo canchero de Racing que desde hace veinte años anda enredado entre los colores de la bandera. No sabía nada de fútbol; su oficio era el de quintero y lo comprueba esa inscripción de “Racing Club” hecha con plantitas en el jardincito que rodea su casa. Por los tiempos del presidente don Luis Carbone ingresó a “La Academia” y desde aquel entonces toda su vida está encerrada en ese predio en el que su casilla ha cambiado ya tres veces de lugar (6). En la casilla abrió los ojos y emitió su primer llanto la piba Elena, llamada Tita y que está por llegar a los 16 años”.

– Ya llegué –pensó Titina. Y prosiguió:

(6) No hay registros que testimonien el cambio de lugar de la casilla donde nació Tita y que fue derrumbada recién en diciembre de 1954. En un reportaje publicado en un suplemento especial de la revista Racing, con motivo de la inauguración de la nueva cancha de cemento en 1950, Ida se mostró triste por dejar la vieja casilla de madera porque “allí nació la Tita”)

“Nació en Racing y ese es su mérito, el que acompaña con su condición de socia y de hinchita que sigue al equipo a través de todos los fields y bajo las distintas temperaturas. Se le suele ver con su inseparable amiguita Coca Gatti. Son las dos pequeñitas, risueñas, simpáticas y, en “home-naje” a la estaturas, el Ruso González les llama “El Ala izquierda” haciendo una referencia a Leoncio y del Giudice que en algunas oportunidades jugaron juntos y fueron los puntos más “altos” del team”.

Tita y Coca estaban en las nubes. Se codeaban, se reían. Y Titina continuó leyendo:

“Tita fue campeona de natación en la categoría menores. Es otra performance que se agrega a las ya mencionadas. Pero tiene más. Me contaron que cuando ayuda a su mamá y plancha las camisas de los jugadores, canta con más alegría llegando a una, la que plancha con más afecto”.

Titina se nubló. No lo podía creer. El Gráfico, la revista que leía todo Racing, todo el país, toda Sudamérica, anunciaba que ella, Elena Margarita Mattiussi, estaba enamorada de un jugador de la Academia.

– ¡Desgraciado! –pensó. Pero Coca le quitó el malhumor. Al fin y al cabo no decía quién era el futbolista. Tita entonces se tranquilizó, aunque la bronca le duró toda la semana. Entonces siguió con la lectura:

“Lo que no saben quiénes me informaron, es si el afecto es un reconocimiento al jugador de sus preferencias o que hay allí una simpatía no expresada. Vaya a saber... Yo no quiero hablar más para que no me consideren tan chismoso como quienes me contaron esto”.

Pero Titina ya le había declarado la guerra a Borocotó. Por suerte para ella el periodista olvidó el tema y comenzó a hablar de su vida en Racing.

“Tita no recuerda al Racing de antes. Ella nació por

aquellos años y cuando pudo apreciar el fútbol ya había dejado de ser la pebeta que fue llevada en brazos por los viejos cracks del team siempre evocado.

- A veces me decían algunos jugadores: "Yo te cargué de chica" Y eran de los más famosos, pero a quienes no pude ver jugar en pleno apogeo - me dice Tita. Y en cuanto le pregunto por el jugador que ahora más aprecia futbolísticamente, me responde: Mi padre es canchero... y yo no puedo hablar mejor de uno que de otro.

Allí, en la casilla en que nació; entre pantalones, camisas y botines de fútbol, está su vida. Tiene siluetas de cracks, dibujos, estatuillas. Están sus ídolos, sus amigos, los muchachos que ella sigue domingo a domingo en compañía de Coca Gatti. La semana transcurre siempre igual. Hasta el jueves los comentarios relativos al domingo último; a partir de aquel día, los ojos puestos en la fecha próxima. Y cuando se ha perdido le protesta al padre:

- ¡Viste?... ¿Viste como erramos aquel gol en la puerta del arco?

El viejo se encoje de hombros. El quiere a Racing, pero no ha llegado a hincha fanático. Vino de grande al club, y de grande no se arraigan tanto los afectos. Pero la Tita fue amamantada con ese cariño que (Roberto) Bugueyro le reconoció en una foto que le dedicó así: "A Tita, que quiere a Racing de corazón".

Ella se sonrojó al leer el nombre de Bugueyro, el veloz wing izquierdo del equipo y uno de los más jóvenes y apuestos del plantel con 24 años recién cumplidos.

Titina había salido en la página 4 de El Gráfico. Las sensaciones se cruzaban. Por un lado estaba feliz por ser reconocida, ya a los 15 años cuando le hicieron la nota, como la hincha número 1 de Racing. Pero el chisme de su "enamoramiento" con un jugador académico le hacía querer ente-

rrarse debajo de su cama. Todos la felicitaron. Titina se puso colorada cada vez que alguien le dijo algo. Pero nadie se animó a preguntarle por el enigmático galán. Ni siquiera su madre y muchos menos su padre, el “viejo” a sus 45 años, como lo llamó Borocotó. Desde ese día Titina Mattiussi se convirtió en la mujer más conocida del mundo Racing.

¡ Tita a lo John Travolta ¡

Eugenio “Cucurucho” Escobar ya jugaba en primera. Vivía en un pequeño departamento al lado de la casa de Tita, a pasos de la pensión. Y como había cobrado sus primeros pesitos pensó en cumplir su sueño.

“Cucurucho” había venido a Racing en 1973 desde Gobernador Virasoro, cuna del mate Taragüi, en la provincia de Corrientes. Había pasado varios años en la pensión del club y como todo pibe de pueblo le gustaba pasear por el centro en sus días libres. Y ahí lo vio, espectacular, precioso, moderno... Era todo lo que buscaba. En un comercio de 9 de Julio y Avenida de Mayo, con el Obelisco a sus pies de testigo, compró un nuevísimo tocadiscos “Ken Brown”.

Con una enorme sonrisa llegó al club con su aparato y varios discos. Y enseguida lo puso a todo lo que da. La música se escuchaba hasta en la cancha de Independiente. La pensión se revolucionó. “Cucurucho” era ya el más “grande” de todos, el que empezaba a manejar unos pesitos y llegaba a comprar cinco, seis y siete discos por semana. El “Ken Brown” ardía. Era el aparato mimado por todos.

Disco va, disco viene, la música era un regalo del cielo para las noches de ese submundo que vivía debajo de las tribunas de la cancha.

A fines de esos años 70, Bee Gees arrasaba con todo. Y

“Manteniéndose vivo” estaba al tope del ránking. Bailar como John Travolta en “Fiebre de Sábado por la Noche” era el número puesto que mantenía caliente la pensión de Racing.

La música se ponía a todo lo que da. “Cucurucho” batía las palmas y los pibes de inferiores se sumaban con sus pasos de época.

– “¡Dale El Haiek, que vos sabés!”

“Cucurucho” arengaba a Miguel El Haiek, el volante central de la cuarta, que se dejaba llevar e improvisaba pasitos a lo Travolta.

– ¡Ah, ha, ha, ha, stayin’ alive, stayin’ alive, ah, ha, ha, ha, stayin’ alive!

Y ahí iba El Haiek al ritmo de la música disco, primero con su pie izquierdo extendido, luego sus manos en un giro interminable una sobre la otra sobre un eje imaginario a la altura del pecho, enseguida sus brazos, uno a uno, subían en diagonal y caían en cámara lenta hacia el centro hasta señalar un punto a lo lejos con el dedo índice y los labios bien apretados. A lo John Travolta.

Allí estaban todos. Todos. En la ronda no faltaba nadie. Y cuando la música sonaba, Tita aparecía y empezaba a moverse... como podía.

– ¡Esoooo Tita, esoooo! Vaaamooooos!

Ver bailar a Tita era todo un espectáculo. Petisa, rellenita, con una enorme sonrisa, pasito para aquí, pasito para allá, diversión asegurada. Todos aplaudían, todos miraban a Tita. Hasta Cecilio, el caballo mascota de los Mattiussi, infaltable espectador de un show bizarro. Los perros ladraban, los gatos miraban. Todo en una misma escenografía de un surrealismo italiano “Made in Pavía di Udine”. Avellaneda vivía su “Fiebre de sábado por la noche”.

¡ Tita – Control baños ¡

Titina tuvo su primer empleo remunerado en el club a pocos días de cumplir 17 años. Por insistencia de don Cesar la comisión directiva la sumó al personal de maestranza el 30 de octubre de 1936. Su cargo: “Control de baños”. Como ayudante de sexta categoría, Tita Matteussi, como fue inscripta en el registro oficial, recibía un sueldo mensual de 50 pesos moneda nacional, que pronto se convirtieron en 70, unos 20 dólares de la época. Muy lejos de los 260 pesos que ganaba su padre como auxiliar de tercera, un salario incluso superior al del contador del club, Joaquín Alvarez, que debía contentarse con 250.

Era un trabajo duro. Insalubre. Los días de partido eran un suplicio para esa adolescente que con un trapeador debía mantener aseados unos baños precarios y nauseabundos después de ser arrasados por una hinchada que colmaba el viejo estadio sin ningún tipo de decoro a la hora de evacuar sus vicios en el entretiempo. De a poco Titina se acostumbró a esos olores. Era la chica de los baños. Los hinchas pasaban de largo. Ya no sonreía como antes. La adolescencia le había robado un poco de su frescura infantil. Hacía lo suyo. Y lo hacía bien.

Pero el trabajo era más tranquilo en la semana y ayudaba a su madre en las tareas de la lavandería como cuando era una niña. Y no había perdido la costumbre de entrar a la cancha, pisar el césped que cuidaba su padre y patear unos tiritos.

Los jugadores la conocían. Para todos era Titina, la hija de doña Ida y don Cesar. Pero a algunos se les iba la mirada. Los nuevos ídolos de la Academia tenían apenas unos años más que ella. Pero Cesar imponía respeto. Era de poco hablar. El “tano” era un muro infranqueable en la defensa de su hija.

Racing era entonces un club superpoderoso que se repartía el manejo de la asociación con los otros cuatro “grandes”, Boca, River, Independiente y San Lorenzo. Incluso la dirigencia racinguista lideró esos años un plan para dividir a los equipos sobre bases económicas para que en primera división jueguen menos clubes, solo 12, un espacio reservado para una élite del fútbol local. Querían aumentar las recaudaciones. Pero el proyecto no prosperó.

Poco después una comisión especial de la liga, creada y dominada por esos mismos “cinco grandes”, decretó el descenso de Quilmes y Tigre de la primera división por ser los que menos recaudaban. Una depuración porque sí. Pero no fue todo: también dispuso la fusión obligatoria de Lanús con Talleres de Remedios de Escalada y de Atlanta con Argentinos Juniors. El disparate duró un año.

La Academia disfrutaba de su poder, aunque ya no de los grandes éxitos deportivos. Tenía un enorme peso en la liga. Racing y los otros “grandes” eran intocables. Titina maduró en ese contexto de poder bestial. El club era ganador, rentable, popular y exitoso y como tal formaba parte de un grupo selecto que miraba de reojo a los demás.

Pero quedaba una muestra más de ese poder inconmensurable de los “cinco grandes”. En medio de una década que arreglaba elecciones a nivel nacional, los clubes impusieron el “voto calificado”. Crearon una increíble categorización de clubes con una fórmula que incluía número de socios, títulos ganados, recaudación y antigüedad. En resumen: tres votos para cada uno de los intocables. Se las arreglaron incluso para que ni Huracán, otro gran triunfador en el amateurismo, pudiera hacer valer por dos su voto, una posibilidad reservada para clubes de segunda línea. A todos los que no formaran parte de ese selecto grupo de clubes dueños del fútbol se les contabilizaría solo un sufragio. En la li-

ga entonces los poderosos se aseguraban 15 votos en cada decisión, mucho más que el resto en su conjunto.

¡ “Santa Tita” ¡

– “No sabe qué alegría me dio (Albano) Bizarri el otro día, llamándome desde Francia. Que buen chico que es. Lo mismo Alexis García, (Javier) Lux, son buenísimos, Yo hablo mucho con los chicos, les digo que no bajen los brazos, que sin sacrificio no hay nada”.

Tita estaba acostumbrada a salir en la revista Racing. Desde que era Titina. A fines de los 90, cuando comenzaba a despedirse de su casa, respondía las preguntas de un periodista que, ya en el copete, le declaraba toda su devoción: es “una santa”.

– ¿Qué siente cuando un chico se va de la concentración?

– En el caso de que esté jugando en Primera, me pone contenta porque es señal de que progresó. Y después vienen a visitarme, así que... Los extrañé cuando los llevaron a otra concentración. Yo no tuve hijos pero todos ellos son como si lo fueran. Los recuerdo a todos, al Pampa Jorge, al Chino Benítez, el Pelado Batocletti, que me vino a visitar los otros días. Al Bocha Maschio lo tengo de nuevo acá... Y me apena, siempre, escuchar que van a llegar jugadores nuevos, cuando los que surgieron de las Inferiores están en Primera y se los posterga después de tanto sacrificio. Es como si se perdiera la esencia del club... Y eso a los chicos los deprime.

– ¿Qué es lo más lindo que le dio Racing, Tita?

– Esto es mi vida, así que para mí todo es lindo. Si yo volviera a nacer me gustaría vivir lo mismo, con las cosas malas y las buenas.

- Si le dieran a elegir, ¿no preferiría casarse y tener hijos?

- Como no lo probé, no lo sé. A mí me gustaría repetir mi vida con Racing. Yo me casé con Racing.

- ¿Nunca tuvo un noviazgo largo?

- No, le juro. Yo me dediqué a esto, a Racing, y a los jugadores, que eran todos novios míos (risas). Yo con los chicos tengo todo el cariño que se puede pedir. Racing es todo para mí. Yo me siento en esta silla y me acuerdo de mi mamá, cuando se sentaba. Mi papá era un fenómeno: sin aparatos modernos cortaba el césped de la cancha con una máquina, y cómo la dejaba. Esto es todo para mí. Mi papá hacía todo con amor, y si acá usted no siente amor por las cosas... Mi mamá atendía a los jugadores, les daba el desayuno, lavaba la ropa.

- Lo que usted hizo siempre. ¿Ya no lava más la ropa?

- Desde que estuve enferma, el médico me prohibió estar en la humedad. Pero coso todas las camisetas, los pantaloncitos, las medias de todos...

- ¿Cuál es su mejor recuerdo?

- Y, cuando los jugadores me llevaron a Escocia, y después a Montevideo, en la final del mundo. Cómo gritamos ese gol... Yo los grito todos por igual, pero ese fue especial. La caravana de regreso, qué hermoso, la cancha repleta. Lo bien que se jugaba antes, qué diferencia de épocas. ¿Volveremos a tener ese juego lindo de antes?

- Todo cambia. Antes, sin ir más lejos, los jugadores vivían acá, en su casa, prácticamente... Era una tradición...

- Los últimos fueron Rubén Paz, un ser maravilloso, Borelli... A Rubén sí que lo extraño mucho. De ahora, Teté Quiroz viene a visitarme. Todo cambió... (Néstor) Fabbri estaba en Lanús, y los viernes venía a la picada. El Coco (Alfio Basile) y el Panadero (Rubén Díaz) ni hablar. El Mencho

(Ramón Ismael Medina Bello) venía todas las semanas jugando en River, eh, pero el pobre ahora está en Talleres.

– ¿Cuál fue el mejor partido que vio?

– Contra el Santos, en cancha de Huracán. Perdimos cuatro a dos, pero qué partido...

– Tita, ¿dónde está Cecilio?

– Ah, el caballo era famoso... Lo enterramos acá enfrente, con permiso de (Santiago) Saccol, el presidente de aquella época. Ahora tengo dos perros, la madre y el hijo. Antes aparecían todos, un montón de perros, detrás del caballo. Y vivían todos acá.

– Cuéntenos alguna anécdota graciosa.

– Uf, tengo tantas... en Escocia. A mí me gustaban los distintivos, los guardaba, y en la confitería había una mesa repleta de muchachos que tenían un montón. Me arrimé para pedirles alguno, y aunque no sabía inglés mezclé palabras de inglés y castellano, hice un zafarrancho, hacía gestos y todos se empezaron a reír. Yo me estaba enojando y uno me dice: "Tita somos argentinos". Eran de un equipo de rugby de acá, qué vergüenza.

– Tita, qué siente cuando un hincha, al que usted no conoce, se acerca a saludarla, o le presenta a su hijito?

– Lo saludo. Yo tengo lapiceras, banderines y camisetitas, que compro para regalarle a los chicos que vienen a visitarme con sus padres. Así se hacen más de Racing ¿vio?

– Es imposible relacionarla con ellas porque usted es única, pero ¿qué pensaba de la Gorda Matosas y La Raulito?

– Fueron símbolos de sus clubes. Cuando jugaban acá, La Gorda me venía a saludar, pero a La Raulito no la conocí.

– ¿Tiene camisetas guardadas de recuerdo?

– No, pocas. Tengo la de Pelé.

– ¡¡Bueno, casi nada!!

– Tengo las de (Juan Carlos) Rulli, de Rubén Paz, de

Fabbri, una de la selección de (Julio) Olarticoechea, qué chico bueno el Vasquito, y una muy antigua que se la habían regalado a mi papá, tipo camisa. Los muchachos me regalan recuerdos, adornos, platos de distintos países (...)

- ¿Se iría de Racing?

- No, de acá no me voy. Nací acá, bah, en la cancha vieja, en la casilla, con una partera y me gustaría morir acá. Yo tuve dos hermanos, una nena y un varón, que se murieron de chicos, y aparecí yo, sin que me esperaran porque mamá no quería tener más hijos. Y mi vida es Racing, de acá no me iría nunca”.

- Uno se la imagina siempre acá, en la cancha, pero ¿sale a pasear, va al centro?

- Ahora no, antes sí, iba a todos los partidos, a Santa Fe, a Rosario.

- ¿Tiene amigas?

- Tengo una amiga acá enfrente, Gina. Toda su familia es de Racing. Y tengo una prima, que viene todos los sábados, Carmen, que se casó con Félix Díaz, que jugó acá.

- ¿Hubo algún partido que no vio, acá, Tita?

- No, solo cuando estuve enferma me perdí un par, sino jamás me perdí ninguno.

- ¿Sigue sufriendo cuando Racing pierde?

- No duermo en toda la noche, no pego un ojo, ay, usted ni sabe que mal me pongo.

- ¿Qué le dice la palabra Racing?

- La vida.

- ¿Qué día cumple años Tita?

- El 17 de noviembre (7)

- ¿De qué año? No, no importa. Ese día nació, simplemente, Santa Tita.

(7) En realidad su partida de nacimiento dice 19 de noviembre

¡ Tita y su amor más grande ¡

Titina aún no había cumplido los 18 años cuando su mundo celeste y blanco cambió para siempre. En 1937 el lateral izquierdo Alfredo Díaz llegó a Racing procedente de Newells. Y ya nada sería como antes. Este recio marcador de punta rosarino, unos años mayor que ella, marcaría su destino para siempre.

Alfredo era un verdadero galán, pero por sobre todas las cosas era un tipo muy simpático, entrador y alegre. Todos, absolutamente todos, querían estar cerca de ese joven santafesino que era pura diversión. Y las chicas del club morían por él.

Titina no pudo evitar morderse los labios por ese joven rosarino que se comía las eses. Primero con suspiros a lo lejos, codo a codo con su amiga del alma, Coca Gatti. Y luego con una leve sonrisa, un juego completo de mejillas coloradas y sueños de mujer.

Entonces empezó a odiar su sobrenombre. Tita, decía. Me llamo Tita. No Titina. Y quería que todos así lo recordaran. Le pidió primero a sus padres que dejaran el diminutivo atrás y con la ayuda de Coca, poco a poco, logró su objetivo. Necesitaba enterrar a la niña que era para todo el mundo Racing, esa pequeña adorada por los empleados y directivos y que era parte y esencia del club.

Sin ser hermosa, tenía una sonrisa franca y fotográfica. Era muy delgada y le gustaba bailar tango. Ya no nadaba, pero se movía en el estadio como en una enorme pileta de natación.

Alfredo estaba acostumbrado a romances esporádicos con mujeres más grandes, amores de una noche, de salidas nocturnas. Era considerado un “veleta”, un hombre que se

movía en dirección del viento en búsqueda de mujeres con las cuales divertirse. Tenía muchas. En Avellaneda, en Rosario, en Arroyo Seco, a dónde se le ocurriese parar.

Su fama de conquistador era conocida. Y nadie podía ante sus encantos. Tita no era la excepción. Estaba muy enamorada, pero temía que él nunca se diera cuenta.

Alfredo iba por el mundo regalando sonrisas y flores. Al principio veía a Tita como a Titina, la hija del canchero. Pero pronto notó que ella se ponía colorada cada vez que se cruzaban por la cancha. Y entonces desplegó todo su juego de seducción.

Primero le regaló una mueca, una palabra dulce, una flor, coqueteó con ella, la enamoró. Y el primer beso, en el rincón más aislado de la cancha, arrasó con todo. Con la niñez de Tita, con su adolescencia, con sus miedos, con sus complejos, con sus 17 años, y la arrastró hacia su juventud.

Después del primer beso, Tita se dedicó a soñar y a esperar. Toda la vida si fuera necesario. Alfredo no cambió. Siguió siendo Alfredo Díaz, el mismo de siempre, el mismo recio marcador de punta por el que suspiraban tantas mujeres. Pero Tita tenía algo especial, un imán que lo fue cautivando de a poco.

Se veían todos los días, antes y después del entrenamiento. En los días de partido o durante una larga concentración. Al principio eran simples saludos, mejillas coloradas, algún beso a escondidas y una palabra que le atravesaba el corazón. Ida y Cesar, preocupados, los miraban de reojo. Desconfiaban de ese muchacho mayor y de mundo, de mucho mundo, demasiado mundo. Para ellos, Tita era Titina, una niña, su niña. Y él, quién sabe...

Tita empezó a mirar los partidos de otra manera. No sólo sufría por Racing. El corazón le salía por la boca cuando veía avanzar a Alfredo por ese lateral izquierdo lleno de

vida. No se imaginaba sin lavar esa sucia y transpirada camiseta número 3.

Y otra vez volvió a cantar y reír mientras planchaba esa casaca celeste y blanca. Sonreía, la acariciaba con sus dedos, la colgaba con broches de madera a una nube aferrada de una soga que ella alcanzaba apenas en puntas de pie.

Tita se convirtió en la novia oficial de Alfredo Díaz. Estaba profundamente enamorada por primera vez en la vida. Se sentía la muchacha más feliz de todas. Nadie en el club lo podía creer. Titina había logrado conquistar nada menos que a Alfredo, aunque sus padres y varios jugadores fruncieran el ceño.

El romance fue serio. Pero él era un “loco lindo” y mujeriego. Y Tita no pudo domar a ese joven veleta que se dejaba llevar por el viento. Iba y venía, de Buenos Aires a Rosario, de Rosario a Arroyo Seco, de aquí para allá.

Al principio Tita no sospechaba nada. O no quería creer. Tenía un novio rosarino que viajaba a su ciudad natal para ver a su familia, a sus amigos. Pero Alfredo aprovechaba cualquier excusa para desaparecer. Era un caballo desbocado, el típico novio que ningún padre desearía para su hija. Su vida era una fiesta constante. Entraba a los bares de Rosario y saludaba a todo el mundo. No necesitaba pagar la consumición y siempre salía por la puerta del brazo de una mujer.

Esa era su vida, la de un joven con códigos de la época. Pero siempre volvía a Avellaneda, a los brazos de Tita. Ella lo esperaba, lo soñaba, lo amaba. Y también empezaba a sufrir.

De a poco, esa niña convertida de golpe en mujer presintió que el amor se le escurría en cada viaje, en cada despedida, en cada beso. Pero Alfredo sabía cómo tranquilizarla, le acariciaba la mejilla, su pelo enrulado, y le hablaba de amor. Incluso hicieron planes de casamiento. Tita vivía en una nu-

be cada vez más oscura que pronto se convertiría en un charrón. La felicidad le duró un torneo, una sola temporada.

En uno de esos viajes interminables a Rosario o a Arroyo Seco, Alfredo conoció a otra mujer que quedó embarazada. El mundo mutó para siempre en una mueca absurda. A la adorada Titina, a la que todos querían ver feliz, le robaron la sonrisa y le pegaron en la cabeza con un tango.

Lo más duro para ella fue que Alfredo siguió un tiempo más en Racing, suficiente como para agrandar la herida. El joven y recio lateral izquierdo rosarino se fue del club recién en 1939.

Tita quedó devastada y se hundió en una profunda depresión. El amor le había dejado una tristeza inesperada y una marca indeleble. Jamás quiso volverlo a ver. Incluso hasta décadas después que su prima Carmen -por esas crueles ironías del destino- se casara con el hermano de Alfredo, Félix Díaz, un futbolista que a mediados de los años 40 recaló también en Racing. La historia se repitió con ellos, pero esta vez Carmen y Félix tuvieron un final feliz.

Tita nunca quiso participar en una gran cena familiar, en una reunión de Navidad o fin de año con todos reunidos alrededor de una mesa en la que existiera la mínima posibilidad de cruzarse con Alfredo, convertido en padre de familia y en el cuñado de Carmen. El tiempo fue su único aliado. Incluso se juró no volver a hablar del tema. Y jamás admitió haber estado enamorada de un jugador de fútbol.

La década del 30 apagó una llama que jamás volvería a encenderse. Tita ya no sería la misma. Y Racing entró a los años 40 sin ningún título profesional bajo el brazo.

¡ Capítulo II ¡

LA NOVIA SIN NOVIO

Los años 40 le dieron a Tita una bienvenida triste tras su enorme desilusión amorosa. El número tres de la revista Racing, del 2 de julio de 1943, la retrató en “El sector de los Hinchas” en un año en el que el descenso se asomaba como una amenaza por primera vez en la historia del club. La portada había elegido al arquero chileno Sergio Livingstone. Don César se apresuró a comprar un ejemplar a 20 centavos.

Todos estaban preocupados. No se hablaba de otra cosa que la posibilidad latente de perder la categoría Y la revista fue a preguntarle a ella, nada menos que a ella, cómo veía el presente del equipo. La foto, todo un retrato, la muestra con una sonrisa angelical, el cabello prolijo y claro y una belleza juvenil. La hija de los Mattiussi, con 23 años, era famosa en Avellaneda. Y la revista se preguntaba:

“¿Quién es el socio de Racing que no conoce a Titina? Titina nació en la cancha de Racing. Es hija de César Matteussi (sic), el hombre que, desde hace veintisiete años, tiene su hogar en el club de nuestras predilecciones.

Elena se llama. Nombre homérico. Con sabor a la gloria epopéyica. Linda por naturaleza. Y buena también por naturaleza. Tiene la palabra:

– Yo quiero a todos los jugadores de Racing por igual. Por eso me es imposible formar el equipo, que podría darnos

victoria tras victoria. Yo quiero, simplemente, que se rehabilite el equipo y que tenga un poco más de suerte. Para mí todos son jugadores de calidad y tienen que actuar bien para dejar bien alto los prestigios de nuestro glorioso Racing. Soy optimista y pienso que al finalizar la temporada el team se encontrará entre los primeros”.

Estaba muy preocupada Tita. No sabía lo que era pensar en el descenso. Jugadas nueve fechas del torneo, Racing marchaba último por primera vez en su historia con apenas cinco puntos tras una victoria, tres empates y cinco derrotas. Por entonces cada triunfo otorgaba solo dos unidades.

Pero no fue la primera Mattiussi en salir en la revista. Un periodista de la publicación ya había ido a preguntarle su opinión a don César en el primer e histórico número de mayo de ese mismo año.

– ¿Quiénes son, a su juicio, caro Matteusi (sic), los once pollos que deben jugar en primera para cortar la racha que nos persigue implacablemente?

Y don César, serio de saco y corbata desde una pequeña foto, responde:

– “Tenemos grandes muchachos. Pero yo creo que formando un equipo y haciéndolo ´trabajar´ intensamente, manteniéndolo durante varios partidos, saldremos del paso... si la suerte no se empeña en seguir haciendo de las suyas. Todos los muchachos son cracks individualmente, pero no sé por qué no rinde en conjunto de acuerdo a su valor”.

Los Mattiussi, cuyo apellido variaba de manera constante en los archivos del personal del club, eran personajes reconocidos. Y Tita aún no podía dejar atrás, para siempre, su odiado diminutivo, pero muy pronto lo lograría.

Ese mismo año se ganó otra vez una fotografía en la revista partidaria. En el número 24 del 26 de noviembre de 1943, ya con 24 años recién cumplidos, apareció retratada

junto al insider izquierdo Isidoro Martín Orleans.

Con un rostro más familiar a la Tita que todos conocieron en su madurez, luce sonriente, muy delgada, con el pelo corto, una camisa blanca y una pollera oscura. La publicación la toma como una musa y deja de tratarla como una niña.

“Una flor para Tita, la simpática racinguista que nació en nuestra cancha. Orleans es, ante todo, un caballero. Además estamos en primavera y la galantería se impone...!”

Tita era popular, la chica que había nacido en el club, la hija del canchero y la lavandera. Simpática y atractiva. Pero no se había olvidado de Alfredo.

Por esos años la juventud del mundo Racing se encontraba en los famosos “Bailes del Copetín” en la sede de la Avenida Mitre, donde los chicos y las chicas se reunían para tomar algo y bailar ante la atenta compañía de las “chaperonas”. Pero Tita, que jamás llevó encima de joven algo rojo, los colores del clásico rival de Avellaneda, rompía las reglas y prefería ir a bailar a la sede de Independiente con sus primos Carmen y Hermes, la querida Coca Gatti o su vecina y entrañable amiga de toda la vida, Gina Nardi.

Había una muy buena razón. Independiente, el “rojo” de Avellaneda, llevaba a la orquesta de Osvaldo Pugliese y Tita amaba bailar el tango y en especial al ritmo del “maestro”.

En esa época sus padres estaban muy preocupados. En un tiempo en que las mujeres se casaban muy jóvenes, Tita empezó a sentir con los años la presión por su soltería. Pero ella ya no quería saber más nada de novios. Nunca más. Quería dedicarse a Racing. Solo a Racing. Porque Racing jamás podría defraudarla. De ahora en más solo tendría ojos y oídos para el club.

Pero no le iba a ser tan fácil. Porque no la dejarían tranquila. A mediados de los años 40 todo el club hablaba de la nueva cancha de cemento que se planeaba construir en

breve y de Tita... Era como un deseo general que “la hija del canchero” se casara, como hacían las chicas de su edad. A los ojos del mundo Racing, los 30 se le venían encima como una locomotora desbocada. Pero ella ya no mostraba interés. Pronto dejó ir a los bailes, a las famosas “soirees danzantes” que se organizaban en la sede de la Avenida Mitre con orquestas en vivo. Prefería quedarse en casa con sus padres. El amor solo era pasión por la celeste y blanca.

El tiempo pasaba y el reloj empujaba cada vez más con su tic tac irreverente. ¿Qué pasa que Tita no se casa? La presión se hizo tan insostenible que hasta la revista Racing le hizo un planteo público. Le habló de amores en otra entrevista que le hizo para su número del 15 de junio de 1945. El precio: 20 centavos, igual que un año atrás, en una época sin inflación. Allí tuvo que hablar de su soltería y del riesgo de quedarse sola “para vestir santos”, una expresión muy utilizada en ese entonces para definir a las mujeres de avanzada edad que, a falta de maridos, debían dedicarse a tareas religiosas. Y Tita tuvo que fingir interés en el matrimonio cuando todavía no se olvidaba de Alfredo.

El reportaje se publicó en la sección “La nota de la semana” bajo un título que ya por entonces la definía de cuerpo entero: Tita, la Novia sin Novio, no Quiere Quedarse para “Vestir Santos...”

Una fotografía en blanco y negro acompañaba la nota: Tita, sentada en un banco de madera, con una hermosa sonrisa y un ejemplar de la revista Racing. Llevaba un pullover oscuro y una pollera clara que dejaba ver sus rodillas.

El epígrafe era toda una declaración de principios: “Mi revista preferida es RACING. Pero ustedes no tienen que hablar mal de nuestros jugadores. Si a veces no ganan tengan la seguridad que no es por falta de voluntad”. Así dice Tita, mientras hojea la revista cien por cien “académica”.

La revista se preocupó entonces mucho más por la situación amorosa de la “hija del canchero” que por otra cosa. Parecía que, sí o sí, había que buscarle un novio a Tita. Ya. Y la trata de “demasiado ingenua” por defender a los jugadores, sus “novios espirituales” que no tuvieron éxito en el club.

La nota fue tajante:

“Ahora que parece un hecho la transformación de los tablonos de la vieja cancha de Racing en sólidas gradas de cemento y que todo lo histórico del viejo field de Alsina y Colón va a pasar por el bisturí del progreso, deberíamos pensar un poco en el destino de las cosas animadas e inanimadas que forman la vida misma del estadio con perfume a gloria, cuya existencia está salpicada de motivos tradicionales.

Hablábamos en nuestro número anterior de la vieja casilla que fue tribuna oficial en los tiempos de la galerita y las victorias ¡qué doble sentido se le puede dar a esta palabra que identifica a los viejos mateos de grandes ruedas y los triunfos en serie de Racing campeón! Y hoy vamos a contarles algo de Tita, la novia espiritual de los futbolistas de la “academia”.

Tita es la pequeña “racinguista” que hemos visto crecer en la cancha, como algo inseparable de su historia. Cuando Marcovecchio, ya resuelto a colgar los botines, llegaba a la cancha no se olvidaba de llevar los chocolates para la piba del canchero, mascota del éxito y mimada de privilegio por los jugadores de años mejores para Racing.

Cuentan los que saben que Tita le dio un disgusto a los padres cuando, llevándose del consejo de los que les colmaban de atenciones, le enseñaron a decir algo, antes que “papá” y “mamá”. ¿Y saben lo que era? Pues sencillamente esta palabra:

– Ra... cing...

Sí, amigos. Tita no sabía decir ni papá ni mamá cuan-

do sus labios empezaron a balbucear:

– Racing... Racing...

Su primer vestidito fue celeste y blanco. Su primera muñeca tenía un hermoso resplandor a cielo. Sus primeros lápices de colores estampaban sobre el papel la divisa del club en cuya cancha nació un día hace de esto... varios años ¿Cuántos? No interesa. Sigue siendo una chiquilla que algún día, cuando el destino le ordene juntar su corazón con el hombre que la llevará al altar, exigirá ante todo, como una condición fundamental:

– ¿Y... usted también es de Racing?

Nosotros tratamos de sorprenderla:

– ¿Tenés novio, Tita?

– No. ¿Y para qué quiero novio ahora? Bastante tengo con querer a Racing. Después que gane un campeonato, hablaremos de esas cosas. Y yo sé que Racing no me va a dejar para vestir santos...

Tita es laboriosa. A toda hora se la ve diligente y entusiasta, colaborar con sus padres en las diversas tareas que demanda la atención del estadio. Tiene alma de “racinguista” cuando, refiriéndose a jugadores que, por no adaptarse a la nueva modalidad del equipo, han sido transferidos a otras instituciones, nos dice:

– ¿Por qué no se le dio oportunidad para que se rehabilitaran?

Nosotros le contestamos para que comprenda:

– Mirá, Tita... Racing anda así porque es Racing. En otros clubes no toleran nada. Aunque sean estrellas recién importadas. Hay mucho sentimentalismo en el corazón de los dirigentes de la “academia”. Y por eso se han perdido tantos partidos. Hay que ponerse a tono con la época y buscar nuevos rumbos. Hasta dar con los jugadores que entiendan el profesionalismo prácticamente...

Ella escucha pero nos damos cuenta que ese cambio no le agrada. Para ella Racing es el mismo siempre. Allí nació y le cuesta creer que hay que adaptarse a otras normas y a otras exigencias. Por demasiado ingenua, posiblemente. Pero también por demasiado buena.

– ¿Te gusta mudarte a un estadio nuevo, que será orgullo de Avellaneda?

– Me agrada porque así podrán venir todos los “racinguistas”. Y a mayor cantidad de aplausos y de voces que enronquecerán gritando ¡Racing! ¡Racing! mayores serán las posibilidades de ganar partidos.

Hay en Tita una “hincha” de primer orden que ha hecho la promesa de casarse después de que Racing gane su campeonato profesional número uno. Usted amigo lector no tolerará, como nosotros, que se quede “para vestir santos”. Hay que ser humanos y comprensibles. Entonces, ¡a estimular al equipo para que sus integrantes también piensen un poco en la Tita y otro poco en... Racing!”

Tita leyó la nota y tuvo el impulso de mandar bien a la mierda al periodista partidario. No solo por su marcado machismo tan común en esa época, sino por tratarla de “demasiado ingenua” y poner énfasis, en la revista de todos los “racinguistas”, en su soltería. Cómo si eso fuera un problema. Ya había sufrido demasiado por amor. Y estaba a un pequeño paso de convertirse, a los 25 años, en una “solterona”.

– ¡Encima tengo que agradecerle a este coso que me explique sobre fútbol para que yo ´comprenda`!

El enojo le duró unos días, pero pronto se olvidó. Tenía cosas más importantes en que pensar, como comprar un simbólico metro cuadrado de la nueva cancha de cemento. El precio era bastante elevado y no podía darse el lujo de adquirir uno ella sola. Entonces los empleados de la cancha pu-

sieron 32 pesos cada uno, algo así como un 40% del sueldo de Tita y compraron entre todos un metro.

La revista Racing se hizo eco de esa adquisición en su número del 27 de diciembre de 1945. Cesar también estaba entre los compradores. No tenía problemas económicos e incluso había comprado una casita frente a la cancha en la esquina de los pasajes Cuyo (hoy Corbatta) y Deseado.

La publicación partidaria entonces resaltó ese “gesto digno de destacar” de los trabajadores del estadio y eligió una foto de Tita –de quién si no- para graficar la noticia. Era la misma fotografía-retrato donde se la veía juvenil y sonriente publicada hacía dos años. El artículo enumeró los nombres de los donantes y dejó el de ella para el final... “la simpática y entusiasta admiradora de Racing Tita Matteussi (sic)”.

En esos años Racing la recibió en sus nuevas funciones: “Control Cancha”. Las tareas extras eran siempre las mismas: ayudar a su madre en la lavandería y en los tiempos libres patear unos tiritos. Hacer las compras siempre por Avellaneda y pasear por la avenida Belgrano o la avenida Mitre. Su mundo giraba alrededor de Racing.

Pero algo cambió en ella que la hizo interesarse más en la historia del club. En los años 30 la dirigencia se había trezado en un debate sobre los orígenes de la institución, de esa fusión entre Barracas al Sud y Colorados Unidos, y en especial en torno a quiénes fueron los socios fundadores. Racing quería depurar ese padrón que al parecer había sido inflado para colgarse una medalla inmerecida. Fue un ida y vuelta constante de cartas entre viejos socios y dirigentes que quedaron archivadas en la sede de la avenida Mitre.

Tita entendió que algo debía hacerse. Racing estaba huérfano de títulos, pero había que resguardar su historia. Aún no había libros que atestiguaran la riqueza del club y los

datos se contradecían según quien los contara. Alguien tenía que ponerse a escribir.

Entonces tuvo una efímera veta de historiadora. Conservaba una letra legible y prolija desde sus tiempos en la escuela primaria y empezó a hurgar en los orígenes de su casa, en la vida del club. En un viejo cuaderno de tapa dura y gris que tenía escrita la frase “Dirección General de Escuelas Provincia de Buenos Aires”, comenzó su obra monumental: “Apuntes sobre los orígenes y desarrollo del Racing Club”.

Escrito a mano, su cuaderno incluyó un artículo textual del diario El Pueblo del 5 de enero de 1913 sobre el reglamento interino de Racing y resúmenes de varios partidos del torneo de ese mismo año. Allí anotó formaciones, fechas, rivales, goles y todo lo que le pareció prudente rescatar para el futuro.

Incluso se permitió realizar algunas acotaciones. Sobre la final de una Copa de Honor ganada por Racing, Tita escribió con su particular estilo: “En este hermoso trofeo solamente habían ganado (... ilegible) Belgrano y Alumni, haciendo 4 años que estaba en manos de los uruguayos”.

Ese proyecto le duró poco, apenas unas hojas. Pero a mediados de esa década se lanzó a un plan mucho más ambicioso: resguardar la historia completa del club. Así, en una vieja resma de papel contable numerado, anotó: “Año 1945 - Apuntes de los orígenes del Racing Club”.

Tita no se sentía capaz de contar, con sus propias palabras, la historia de la fundación. No se animaba a tanto. Entonces se limitó a transcribir cartas entre dirigentes y socios, debates sobre quienes fueron los fundadores, pedidos de “justicia” para viejos racinguistas que fueron dejados de lado a la hora de las medallas y hasta una aclaración histórica del primer presidente del club, Arturo Artola. En esa misiva el viejo dirigente relataba los pormenores de la fundación. Una joya histórica.

Eran cartas de altísimo valor para el club. Tita tenía miedo de que se perdieran y pasaba largas horas transcribiéndolas en esa resma de papel contable. Letra prolija, legible y dedicada. Fueron más de una veintena de hojas transcriptas (8). Incluso copió artículos como uno de Caras y Carretas sobre el origen del club. Tita se convirtió en la fotocopidora oficial de Racing.

¡ Tita y el viaje a Brasil ¡

El chico brasileño jugaba en tercera, pero no era Pelé. Llegó a disputar unos partidos en primera a fines de los 60, y extrañaba mucho. Había dejado a su mujer embarazada en Porto Alegre.

– Don Humberto, meu filho nasceu. Não me dá permissão para viajar para conhecê-lo

– Sí, pibe, andá tranquilo, pero volvé antes del fin de semana.

Don Humberto no era otro que el Bocha Maschio, el campeón del mundo que hacía sus primeras armas como técnico en la reserva tras su retiro del fútbol. ¿Cómo no autorizar a un chico a viajar a su país para conocer a su primer hijo?

Pero el Bocha se sorprendió al verlo al otro día en el entrenamiento.

– ¿Qué pasa, pibe? ¿No viajaba usted?

– Não tenho dinheiro para a passagem

El chico se quedó triste. Juntó todas las moneditas que tenía pero no era suficiente. El viaje debía postergarse y el sueño de abrazar a su bebé quedó trunco.

(8) Esos documentos descansan hoy en dos cajas resguardadas por socios dedicados y que trabajan ad honorem en el Archivo Histórico del club.

Pero al otro día Claudio, el delantero brasileño de la tercera de Racing, llegó al entrenamiento con una sonrisa de oreja a oreja. El Bocha no entendía nada.

– ¡Don Humberto, estou indo para Brasil!

– ¡Qué bueno, pibe! ¿Conseguiste la plata?

– Sí, sí. A Tita me deu o dinheiro para a passagem.

El Bocha sonrió. Tita le había dado al pibe lo poco que tenía.

¡ Tita existe ¡

El suplemento mensual Sport, de la revista El Gráfico, quería hacerle un homenaje a los campeones del mundo de 1967, a un año de la conquista de la Copa Intercontinental ante el Celtic de Escocia. Entonces reunió los testimonios de figuras claves de aquel gran equipo para que recordaran la hazaña. Pero lo más importante no eran los jugadores. De ninguna manera. Lo realmente destacado era el recuadro que engalanaba la nota bajo el título: “No es una leyenda: “Tita existe”.

Y claro... en ese noviembre de 1968 Tita Mattiussi era ya un personaje de novela. Su vida se asemejaba cada vez más a un guión de Hollywood. La realidad, como suele suceder, superaba a la ficción . Había muchos no racinguistas que dudaban de su existencia. No era para menos. Parecía más un mito enquistado dentro de la cancha. Tita se encaminaba a ser una leyenda. Y Sport salió a aclarar que ella, esa figura que empezaba a ser mítica, no era un personaje.

La nota la pintaba de cuerpo entero.

“¿Cómo no voy a extrañarlos? ¿Vio cómo queda esto cuando ellos se van?” Eran las 12 y todos los jugadores después de comer al término de la práctica, ser atendidos con cariño y dejar todo tipo de encargos, le dieron un beso, una

palmada en la cara y se despidieron hasta el día siguiente. Quedábamos nosotros y el colega Ricardo Avellaneda, de la audición "Racing, el campeón".

"Tita" es una hija de los udineses Cesar Matteucci y de doña Aída de Mateucci, los dos de 77 años. El padre es el canchero de Racing. "Tita" quiere reducirse mediante esa fórmula cada vez menos vigente que es la modestia. "¿Por qué vienen a hablar conmigo? ¿Con los jugadores tienen que hablar...!" Y lo dice como si ella le debiera a Racing mucho más de lo que Racing le debe a ella. Con una sonrisa que apenas se asoma, casi de vergüenza.

"Yo nací aquí, entre jugadores. Por eso los extraño mucho cuando se van... El lunes es el día más triste, cuando nos sentimos más solos. Yo no salgo casi nada y, generalmente, ese día lo aprovecho para comprar el café".

Hay dos lavarropas que no se detienen. Hay que dejar limpias 100 o más camisetas por día: "Acá nunca se para, siempre hay trabajo. También se lavan las toallas y los pantalones de los amateurs y los profesionales..." Y no hay horarios, ni descansos, ni reloj. Porque si no son las camisetas son los muchachos que, después de la práctica, van a picar algo: "Yo ya les conozco los gustos, por eso ya sé lo que les debo comprar: a (Juan Carlos) Rulli le gusta mucho el lomito, a (Agustín Mario) Cejas el jamón crudo (es el más goso), a Juan Carlos Díaz queso y dulce, todos toman jugos... Desayunan a medida que van llegando. ¿Delicados? ¿No! Y "sueltan todo" porque aquí no hay multa, no hay nada de todo eso. Y (Juan José) Pizzuti deja de ser severo. Acá todos conversan... ¿Hasta (Jaime) Martinolli! Acá nunca están tristes. Hablan de sus problemas, pero todo alegremente. ¿Vio? ¿Vio cómo todo quedó vacío? Y uno los ve todos los días, menos los lunes".

"Tita" tiene todos los "informes", por eso nos dice que

Pizzuti llega todos los días entre las 8.15 y las 8.30. Que es el primero en venir y el último en irse. Que (Mario) Chaldú “es divino porque no deja a nadie tranquilo. Le pusimos “El Trueno”. Que los muchachos le hacen muchísimos regalos (el año pasado le obsequiaron el viaje a Escocia). Que también le compraron el televisor y que le gusta ver: el Topo Gigio, Galanterías, Domingos 68... Me gustan las cosas alegres... porque para tristeza...” Además le gusta el folklore: Los Quilla Huasi, Falú, Ariel Ramírez.

Pero todo el cariño que los jugadores sienten por “Tita” no se manifiesta solo cuando pertenecen a Racing. Una vez que se han ido lo siguen expresando con más fuerza. Y “Tita” no lo quiere decir. Y después lo dice, pero, para que después no se publique, nos advierte. Suelta un orgullo mojado en lágrimas, sin detonancia, calmo: “Muchos jugadores yo sé que han dicho que lamentan irse de Racing porque no pueden venir acá... El “Bocha” (Maschio) estando en Italia, cuando venía me traía siempre perfumes, pañuelos, mantillas, muñequitas, medias...”.

También van los dirigentes (“Saccol vino siempre aquí...”). Todos encuentran bondad, afecto. Allí nada pierde calor. Hay tibieza en cada rincón. Confianza.

“Tita” nació entre jugadores y ella es feliz en medio del grupo. Y esos momentos que pasa todos los días los paga de dos maneras: trabajando, atendiéndolos... y con una cábala dominguera.: “Los días de partido no almuerzo, solamente un sándwich de jamón. Siempre los veo desde al lado del letrero Alumni”.

Sí, por si todavía no se ha dado cuenta, o no hemos podido ser suficientemente claros, imagínese una casa debajo de una tribuna con dos viejitos guapos y una hija grande. Donde solo se “ventilan” las buenas, donde se canta (“Cejas lo hace muy bien”), donde todo es motivo de un brindis. Donde se cui-

dan papeles personales y documentos de los jugadores. Donde se “pica” en medio de las bromas con todo el apetito que da el trabajo. Sí, así es la casa de “Tita”. Existe.

¡ Tita y el peronismo ¡

A Tita nunca le había interesado la política. Jamás se enfrascó en una pelea entre viejos conservadores y radicales. Pero a mediados de la década del 40 el país cambió de una manera dramática y para siempre con la llegada al poder de Juan Domingo Perón. Como una coincidencia del destino, el mismo año de su ascensión moría Alberto Barceló, aquel viejo caudillo conservador de Avellaneda que impulsó, desde el poder, el crecimiento del club. Ahora la posta la tomaba el peronismo.

Sus padres nunca hablaron en su casa sobre los sucesos de aquellos años. Pero Cesar era seguidor de Barceló. Su vida era trabajo, trabajo y más trabajo. Como en Elortondo, como en Pavia di Udine. Pero el peronismo conmovió la realidad argentina.

Tita era peronista. Muy peronista. En su casa guardaba varias fotos de Evita y de Perón. Y las conservó hasta su muerte. Eva Duarte había nacido, como ella, en 1919. Y con el tiempo llegó a sentir una genuina admiración por la “abanderada de los humildes”.

Pero en Racing no hablaba de política. Esa era una palabra que no estaba en su vocabulario cotidiano, lo de ella era trabajar por el club, atender a los muchachos, hacerlos sentir. cómodos, quererlos, mimarlos y brindarles compañía y fuerza

Y el peronismo vino en ayuda de Racing. Sin títulos a la vista, el club se enfrascó en la construcción de un nuevo estadio, enorme, de cemento, acorde a la gloria de la institución.

Y el poder le volvió a dar a Racing otra mano. Antonio

Cereijo, el ministro de Hacienda de Perón, era fanático de la Acadé y tomó la posta dejada por Barceló. Incluso se dice que Perón simpatizaba con el club, aunque el histórico dirigente peronista Antonio Cafiero aseguraba que era hincha de Boca.

Cereijo le dio un enorme apoyo a Racing, financió de sus bolsillos la compra de jugadores y otorgó créditos especiales, bajo su ala de ministro, con tasas de interés muy bajas. El club pudo así construir su nueva cancha: el “Estadio Presidente Juan Domingo Perón”. En principio fueron tres millones de pesos, una fortuna para la época. Más tarde el ministro subió la apuesta y otorgó otro préstamo de ocho millones pagaderos a 65 años. Había que terminar las obras.

El club, en agradecimiento, designó a Perón presidente honorario y a Evita y Cereijo socios de esa misma condición. César incluso llegó a conocer a Perón un día en que el presidente y su ministro visitaron al club. Y se llevó a su casa una foto con el general, que le posa su mano derecha sobre su hombro con una enorme sonrisa.

Los hinchas rivales, en forma despectiva, empezaron a llamar a Racing “Sportivo Cereijo”. Los jugadores de equipos contrarios se lo susurraban por lo bajo a los futbolistas del club en pleno campo de juego.

Racing entraba al futuro. Perón sugirió que el nuevo estadio se erigiera en Retiro, donde hoy se levanta el hotel Sheraton, pero la comisión directiva, guiada por el presidente Carlos Pailot, decidió quedarse en Avellaneda para defender sus orígenes. “Racing nació en Avellaneda, Racing morirá en Avellaneda”, era el eslogan. La votación fue ganada apenas por los partidarios de conservar las raíces del club, entre ellos Luis María Carbone, hijo del expresidente Luis Carbone, el mismo que había contratado a don Cesar en 1915. Tita respiró aliviada. La cancha no se mudaba a Retiro, se quedaba en Avellaneda.

Entonces el club creó una comisión especial encargada de comprar unos terrenos linderos de 30.000 metros cuadrados propiedad de los ferrocarriles. La obra comenzó a mediados de 1946, pero al mismo tiempo se siguieron jugando algunos partidos. El último fue una caída 4 a 6 ante Rosario Central el 1 de diciembre.

– Tita, el presidente nos va a dar un departamento aquí cerquita.

– ¡Yo de acá no me muevo!

Los padres de Tita intentaron convencer a su hija de que estarían mucho mejor en un nuevo hogar, cerca de la cancha, en el centro de Avellaneda. Pailot habló con Ida y César, pero Tita no quería saber nada. Incluso le mencionaron la posibilidad de mudarse a la casa que los Mattiussi habían comprado en Cuyo y Deseado, a 10 metros de la casilla pero fuera del estadio.

– ¡Yo de acá no me muevo!

Tita no pensaba mudarse. Había nacido en esa vieja casilla de madera. Se sentía segura en su casa. Muy cerca de cumplir 27 años, la rebeldía aparecía un poco más tarde de lo normal. Estaba decidida a resistir.

Sus padres no lograron convencerla y Pailot, finalmente, decidió sonreír. Había que hacer otra casa debajo de la nueva tribuna de cemento.

Pero el exilio académico por otras canchas también trajo alegrías mientras el viejo estadio de madera era demolido. Racing volvió a lograr un campeonato tras 24 años de sequía.

En 1948 el título parecía servido para el club, que lideraba el campeonato con un equipo exquisito. Pero una huelga de jugadores que reclamaban mejores salarios y condiciones laborales truncó el título. Fue la primera gran huelga durante el gobierno de Perón. Los últimos partidos se ju-

garon con los chicos de inferiores. Independiente tuvo un mejor “sprint” juvenil en el final. Racing terminó retirando al equipo del campeonato e incluso le descontaron cuatro puntos. Tita no lo podía creer.

Pero en 1949 todo cambió. Y no sólo porque ese año se agregaron los números en las camisetas: un trabajo extra para las manos de Ida y Tita que debían coserlos en cada una de ellas. No solo las del plantel de primera. También las de reserva y de las inferiores del club. Todavía no se había inventado el estampado.

Racing tenía un equipo demoledor. La billetera de Ce-reijo permitía mantener un gran plantel y evitar que las grandes figuras emigraran a Colombia, como lo habían hecho las estrellas del fútbol argentino durante la huelga.

Bajo la batuta de Guillermo Stabile desde el banco, cinco talentosos jugadores se destacaban del resto: Juan Carlos Salvini, Norberto “Tucho” Méndez, Rubén Bravo, Llamil Simes y Ezra Sued. Detrás se encolumnaban Antonio Rodríguez, Higinio García, José García Pérez, Juan Carlos Fonda, Alberto Rastelli y Ernesto Gutiérrez. También estaban Nicolás Palma, Julio Gagliardo, Donato Hernández, Saúl Ongaro, Rafael Arcos, Manuel Graneros, Juan Oroz, Mauricio Fuchs, Francisco Arbios, Alberto Favalli, Miguel Puertas, Manuel Ameal, Juan Sobrero, Miguel Ángel Dodero y Manuel Blanco.

El 19 de noviembre de ese año Tita cumplió 30 años. Era ya una “solterona”. Sus primos Carmen y Hermes se habían casado e ido de la casilla. Cuando apagó las velitas de su torta hecha por Ida pidió un deseo: ganarle a Boca tres días después y salir campeón.

Y los deseos de Tita se hicieron realidad. Racing derrotó al xeneize el 22 de noviembre por 2 a 1 en cancha de Boca y volvió a dar una vuelta olímpica. El partido en realidad había empezado el 30 de octubre y se había suspendido tras

el segundo gol de Racing convertido por Rubén Bravo en posición dudosa.

Hubo protestas, invasión de cancha y partido suspendido. En la reanudación Racing aguantó las estocadas xeneizes y dio la vuelta olímpica en la Bombonera. En total 49 puntos, tras 21 victorias, 7 empates y 6 derrotas con seis unidades de ventaja sobre River y Platense. El equipo era muy ofensivo, 87 goles a favor y 47 en contra en 34 partidos. El goleador fue Llamil Simes con 26 conquistas.

Tita volvió a festejar. Racing recuperaba la gloria dormida mientras se preparaba para dar el gran batacazo: la inauguración de su cancha y el primer tricampeonato de la historia del profesionalismo.

Los jugadores se desvivían por Tita y entonces entre todos hicieron un juramento: la famosa casa “Bravo” había prometido darle un reloj a quien marcara el último gol de la temporada. Y quien ganara ese privilegio se lo regalaría a la hija del canchero. El “Tucho” Méndez finalmente obtuvo ese derecho y la Revista Racing inmortalizó en sus páginas la entrega bajo un título en negritas: **“Muy merecido, Tita...”**

La crónica explicaba el plan: “Decíamos en el número anterior, que el reloj que le regaló la casa “Bravo” a “Tucho Méndez, iba a tener una destinataria: TITA. Pues así ha sido. El gran “insider” que en Paraná (en un partido amistoso) se ganara los mejores aplausos –hizo un gol extraordinario, ¿raro, no?– le regaló a la hija del viejo canchero de Racing, ese reloj que él se adjudicara por haber sido el autor del último gol racinguista en el campeonato 1949. Así habían quedado los muchachos: el que lo ganara, para Tita. Y Tita Mateucci se lo merece...”

El rostro de Tita aparecía en un círculo dentro de la foto del “Tucho” Méndez cuando recibía el reloj.

¡ Tita y sus recuerdos más queridos ¡

– Por aquí pasaron un montón de pibes pintones, pero el más lindo de todos fue el Mariscal Roberto Perfumo. Las chicas se desvivían por él. Usted no sabe la cantidad de pibas que lo llamaban por teléfono.

Tita siempre repetía lo lindo que había sido Perfumo de jovencito cuando hablaba con Olimpio Vera, que vivió siete años en la pensión de Racing a fines de los 70 y principios de los 80, todo un récord. Olimpio, uno de los que llegó a conocer mejor a Tita, jugó cuatro inolvidables partidos en primera.

Tita tenía debilidad por los campeones del mundo. Por Perfumo, por el Coco Basile, por Pizzuti. Eran sus “hermanos”. Incluso, entrados los años 80, tenía fotos del Coco y Perfumo en el aparador de la entrada de su casa, junto a algunas estampitas y una Virgencita. Y el Mariscal nunca la olvidó.

Cuando jugó el Mundial de Alemania en 1974 hacía tres años que se había ido de Racing para el Cruzeiro. Sin embargo, el histórico defensor de la Copa Intercontinental le envió una postal desde la concentración alemana.

– “Querida Tita: reciba este recuerdo de la copa y un cariño de siempre. Un beso. Roberto Perfumo”.

A Tita le brillaban los ojos cuando un exjugador se acordaba de ella, la pasaba a visitar, le enviaba una carta, saludos. Y guardaba todo, absolutamente todo, en algún cajón de su casa. Desde figuritas con jugadores de Racing de los años 50, fotos autografiadas de viejas glorias, tapas de El Gráfico o Goles con algún futbolista de la Academia, todas firmadas y dedicadas, y cualquier recuerdo que la transportara al pasado.

– “Para mi viejita más simpática del mundo. Con mucho cariño”, le dedicó una foto Jorge Reinoso que jugó en Racing entre 1989 y 1995 y más tarde en 1998-99.

Agustín Mario Cejas, el arquero campeón del mundo, prefirió dedicarle una hermosa tapa de la revista Goles con su estampa cuando se fue de Racing: "A Tita que estará en mi pensamiento en la distancia, Mario".

Pizzuti también le regaló una portada, pero la de El Gráfico, con su foto: "A Tita Matiucci con gran afecto y cariño". El DT campeón la llamaba Matiucci.

Ella guardaba todo (9). No tiraba nada. Como esa tapa de El Gráfico del 26 de julio de 1961 con la foto de Anacleto Peano, pieza clave del título de 1961. "Tita con el invariable afecto de siempre. 28/7/1961".

Rubén Sosa, bicampeón con la Academia en 1958 y 1961, también le ofrendó una tapa de El Gráfico, la del 5 de julio de 1963: "Para Tita con el mayor aprecio y admiración que se pueda sentir por una mujer y amiga".

También tenía muchas fotos de Federico Sacchi, figura de excepción de Racing entre 1961 y 1964, otro "pintón" que le provocaba a Tita una sonrisa. Y guardaba una fotografía de Juan Carlos "Cacho" Giménez, clave en el tricampeonato de 1951, fechada en marzo del año siguiente: "A la simpática Tita con todo cariño quien la aprecia mucho".

Tita guardaba en su cajón de recuerdos hasta una postal navideña que le envió Julio Ricardo Villa desde Londres, firmada junto a su esposa Cristina. Villa había jugado entre 1977 y 1978 en la Academia, pero no la olvidaba. También otra de Quique Wolff desde Madrid.

Fotos, más fotos, cuadernos, anotaciones, postales, recortes de revistas. Tita tenía su propia colección en su ca-

(9) Decenas de fotografías, cuadernos, documentos, carnés del club, postales y recuerdos están guardados en cajas preservadas en el Archivo Histórico de Racing Club y por el ahijado de Tita, Miguel Angel Díaz, hijo de su prima Carmen.

sa. También camisetas, muchas camisetas, innumerables camisetas. De Racing en su mayoría, pero también una del Santos de Pelé firmada por el mismo "O Rey", a quien se la había pedido Juan Carlos Rulli, campeón del 67, tras un amistoso en cancha de Huracán en 1961.

¡ Tita y el Tri ¡

El exilio fue breve. El equipo deambuló por las canchas de Independiente, San Lorenzo y Boca. El 3 de septiembre de 1950 el modernísimo "Estadio Presidente Perón", de cemento y en forma de Cilindro, fue inaugurado en un partido en el que Racing venció 1 a 0 a Vélez Sársfield con gol de Llamil Simes. Allí estaba Tita, ya cerca del banderín del córner.

La familia Mattiussi se mudó a su nueva casa. La vieja casilla había quedado en pie durante los trabajos de la nueva cancha protegida en ese rincón lejano muy cerca del portón de la esquina de los pasajes Cuyo (hoy Corbatta) y Deseado. Desde allí habían visto cómo se levantaba esa enorme mole de cemento.

El número extraordinario de la Revista Racing, para festejar la inauguración del estadio, le dedicó varias páginas a la familia.

Tita e Ida fueron fotografiadas en su nuevo departamento, debajo de una de las tribunas. En una vieja foto en blanco y negro, Tita mira a la cámara mientras revisa un pequeño armario de su nuevo hogar junto con su madre. Luce seria, con el pelo más enrulado y peinado hacia atrás, delgada, con un saquito y una pollera oscura que le llega muy por debajo de las rodillas. Tenía ya 30 años.

La revista describe la situación en un breve epígrafe: "La señora de Matteucci y la Tita, nos enseñan su "nueva ca-

sa". La casa del canchero. Todo de primera. Confort. Ahora ellos dicen que prefieren lo de antes, porque allí nació la Tita. Pero el progreso manda".

El hogar de los Mattiussi ya no era una vieja casilla de madera. Era más moderna y tenía dos puertas de entrada, una que daba al playón externo y por entonces de tierra de la calle Colón y otra al estadio. Era un tres ambientes muy bien ubicado, con un comedor austero, cocina bien equipada, un baño y dos cuartos. Modesto, pero familiar. Tita volvía a tener un hogar.

– ¡Ma qué Sportivo Cereijo!

El número extraordinario de la Revista Racing le dedicó notas especiales a exglorias, figuras legendarias, directivos e ídolos de entonces. Pero no podía faltar un reportaje a don César bajo el título "Hace 35 años que cuida la cancha".

El artículo, acompañado por varias fotos de Cesar, homenajeaba al padre de una familia respetada y querida por todos. Decía así:

"Son las primeras horas de la mañana cuando llegamos frente a la mole de cemento; vamos en busca de un hombre; sabemos que él desbordará estas páginas contándonos todo lo mucho que sabe de Racing.

Allí está, sí, es él, don César Matteucci, trabajando, como de costumbre:

– Buenos días, don César, vamos a interrumpir por momentos su labor, queremos hablar de Racing con usted.

– Para hablar de Racing, hasta dejaría de comer –nos responde-: A sus órdenes.

– Don César, no queremos tornar este reportaje en un examen de preguntas y respuestas, queremos que usted nos hable, que haga memoria y que nos cuenta su vida junto a Racing, nosotros no le vamos a interrumpir.

Se sucede una breve pausa, don César hace visera con su mano, mira hacia arriba, en búsqueda del límite que se-

para a la cancha del cielo, y dice quedamente:

Parece mentira, ¡cómo ha ido creciendo! ¡Si hasta parece que tocara el cielo! En el año 1913 llegué a la Argentina, entonces no conocía a Racing; por aquél tiempo Racing era un niño de pantalón corto, de diez años de edad. Fuimos a vivir con mi señora a Villa Ballester, para cuidar una quinta-jardín.

Un día, leímos en un aviso en el diario, que en Avellaneda precisaban un matrimonio para cuidar un campo de deportes. Trayendo muchos certificados, hicimos el entonces largo viaje desde Villa Ballester hasta esta ciudad. Como nosotros, eran varios los matrimonios que se habían presentado. Pero tuvimos la suerte de que don Luis Carbone, uno de los más grandes presidentes que tuvo Racing, nos eligiera. Era el 17 de marzo de 1915 (10), dos años después de haber llegado de Italia. En 1913 había encontrado una Patria nueva y hermosa; en 1915, un hogar para toda la vida. Por entonces, Firpo, aquél formidable centrodelantero del Racing de ayer, era quien desempeñaba provisoriamente los oficios de canchero hasta que se consiguiese uno: yo lo reemplacé.

En aquella época, un alambre de un metro veinte rodeaba el field. Las instalaciones no eran muy amplias, la tribuna techada y a ambos lados de ella se alineaban otras dos descubiertas, una oficial y otra para socios; con capacidad para unas dos mil personas.

Para dar comodidad a las socias se ponían bancos dentro del field. La casilla que íbamos a habitar estaba junto a la cancha.

Racing contaba por entonces con 900 socios más o menos, no recuerdo el número que me tocó. En la actualidad tengo el 702 y ya soy vitalicio.

En el año 1916 se jugaba en la Argentina el campeo-

(10) En los registros del club figura su ingreso el 7 de marzo de 1915

nato sudamericano de fútbol. Un domingo debían enfrentarse en la cancha de Gimnasia y Esgrima, en Palermo, argentinos y uruguayos. Yo estaba encargado de llevar la ropa de los jugadores. Pero el gran partido no pudo jugarse esa tarde. Todos vivimos la triste impresión de ver como parte de las instalaciones de la vieja cancha de Gimnasia y Esgrima desaparecían devoradas por las llamas de un gran incendio. Ape-sadumbrado me volví a Avellaneda, y, para olvidar el espectáculo, al atardecer de ese día salí de casa y fui a pasar unas horas en el cine.

En las horas posteriores al incendio de la cancha, se decidió que el partido debería jugarse al día siguiente, en Racing. Nuestro field tendría el honor de ser escenario de un encuentro internacional.

Don Luis Carbone trasladóse hasta la cancha para darme instrucciones, puesto que había que cortar el pasto, marcar el field, colocar los arcos y las redes y realizar todos los preparativos previos al gran partido. Yo no estaba en casa, y para colmo de males mi señora no sabía dónde había ido. Me buscaron por todos lados, llamaron por teléfono a los lugares donde suponían que podía estar. Fue en vano, no dieron conmigo.

Llegué a casa muy de noche, mi señora me contó lo que pasaba. Sin perder un segundo más me puse a trabajar: coloqué los arcos, puse las redes, marqué el field, y así llegó a la mañana...Y todavía faltaba cortar el césped. Cayéndome de sueño, durante las horas de la mañana, con dos máquinas, cortamos el pasto de la cancha. Por la tarde todo estaba en condiciones; era un día lunes, seguía en pie sin dormir y presencié después aquél dramático partido entre argentinos y uruguayos, que terminó empatado 1 a 1.

– ¿Y ahora?

– ¡Eh! ¡Dio mío! –exclama don César-, ahora tengo un

palacio, son demasiadas comodidades para mí...”

La Revista Racing había colocado a los Mattiussi, ya en 1950, en un lugar destacado en la historia del club. Tita volvió a sus labores habituales, ahora como personal de estancia. Ida seguía en la lavandería. Y César cuidaba el césped.

La nueva cancha de Racing era un billar. Cesar no se había apartado ni un instante de la futura cancha mientras estaba en construcción. Observaba todo de muy cerca. Quería que el campo fuera el mejor del país. Y hasta llegó a pelearse a gritos con los ingenieros alemanes que levantaban el nuevo estadio para que la inclinación del campo tuviera la medida que él quería. Y lo logró. La cancha de Racing era la única que no se inundaba.

El padre de Tita la regaba todos los días a las cuatro de la mañana y, con un esmero increíble, le pasaba la cortadora de césped y luego, ante las risas de Ezra Sued y los demás jugadores, traía a sus seis corderitos. Era su fórmula mágica. Cesar sonreía y repetía siempre la misma frase:

– Lo aprendí en Italia.

Cesar llevaba a sus corderitos a la cancha después de los entrenamientos y de cada partido. Así se comían el pasto que sobresalía. Mejor que una cortadora profesional. Y al que entrara con zapatos de taco a la cancha los corría a patadas. Le arruinaban el césped. Además don Cesar cultivaba flores amarillas y le regalaba varios bulbos a Sued para que creara su propio jardín.

Sued era un habitué de la nueva casa de los Mattiussi. Después de cada entrenamiento, el goleador y otros compañeros del equipo campeón iban a desayunar ahí. Tita y su mamá les preparaban café o té y les servían galletitas, mandarinas, naranjas y jugos. El café de Ida era famoso. Tenía su propia receta. Mezclaba varios tipos y tenía un aroma insuperable. Y además cocinaba como los dioses. Ezra no faltó un

solo día en la casa de Tita durante los 15 años que pasó en el club. Tita miraba, escuchaba y metía algún bocado. Seguía siendo una mujer tímida, pero amorosa y amable. La nueva casa de los Mattiussi se convertía en la casa del pueblo Racing.

Tita colgaba las camisetas recién lavadas de los jugadores cerca del córner derecho de la cancha, detrás del arco donde hoy se asienta la Guardia Imperial. Pero debía estar atenta. La barrita de pibes integrada por varios hijos de dirigentes, liderados por Luis María Carbone hijo, se metía en la cancha a jugar a la pelota, justo en ese sector. Y allí iba corriendo Tita a pegar unos gritos y dar retos a esos chiquilines que manchaban con pelotazos las camisetas de los jugadores.

– ¡A ver si dejan de jugar acá que están las camisetas de primera, che!

Y los pibes salían corriendo. Eran tiempos en que la Academia volvía a ser la Academia. Cancha nueva, equipo campeón. Y en aquel 1950 incorporó a Mario “El Atómico Boyé”.

En el arco la seguridad de Antonio Rodríguez, abajo Higinio García, el petiso Ernesto Gutiérrez, y el liderazgo de Tucho Méndez y Rubén Bravo. Arriba los goles de Ezra Sued y Llamil Simes. Era esa la columna vertebral.

El 12 de noviembre de 1950, poco antes de que Tita cumpliera 31 años, Racing se coronó bicampeón. Perdió 3 a 0 en su visita a Bánfield, pero Boca, su seguidor, no pasó de un empate con Ferro. Con la camiseta del Taladro se destacaba un jovencísimo Juan José Pizzuti que esa tarde marcó dos goles.

Tita volvió a festejar un año después el primer tricampeonato del fútbol profesional. Y ese mismo año, 1951, votó por primera vez. Todos sabían que lo hizo por Perón, pero el voto es secreto.

Racing llegó ese año a un desempate histórico con Bán-

field, el equipo de todos, el primer chico en llegar hasta la última fecha con posibilidad de campeón desde que Gimnasia y Esgrima de La Plata le hiciera fuerza a Boca en 1931 y fuera sacado de la pelea por fallos escandalosos de los árbitros.

El Taladro tuvo todo para salir campeón, pero cayó en su visita ante Chacarita 2 a 1 en un partido repleto de suspicacias. No solo le anularon un gol que pareció legítimo a falta de 10 minutos, sino que además no le cobraron un claro penal para el empate cuando el reloj se acercaba a los 90.

Racing quedó entonces un punto debajo de Bánfield, a dos fechas del final pero con un partido menos. El equipo albiverde tenía fecha libre y la Academia debía derrotar a Atlanta, que se jugaba el descenso, para pasar al frente con una sola fecha por disputarse. Pero fue empate 1 a 1, el Bohemio zafó de la B y Racing y Bánfield quedaron igualados en puntos.

En la última fecha los dos ganaron. Ambos se enfrentaron al rival del otro: el Taladro vapuléó 5 a 0 a Independiente y la Academia venció a Lanús 5 a 3. Los dos terminaron con 44 puntos. Bánfield tenía mejor diferencia de gol (más 30 contra más 23), pero el reglamento de ese año decía que solo contabilizaría tras un hipotético tercer partido de desempate.

Cereijo organizó entonces una cena para los jugadores y fue claro: Evita quería que ganara Bánfield. No fue una orden, pero casi. El deseo de la “abanderada de los humildes” nacía desde su lecho de enferma: había sido operada de cáncer el 5 de noviembre y estaba aún convaleciente. Sería el triunfo del más débil sobre el poderoso, una metáfora de la realidad nacional que impulsaba el peronismo. Evita moriría el 26 de julio de 1952.

La final se jugó el 5 de diciembre en el Gasómetro, la vieja cancha de San Lorenzo, pero terminó en empate en ce-

ro. Todo muy parejo. Cuatro días después, en ese mismo estadio, Racing inclinó el juego con un bombazo de Boyé al minuto del segundo tiempo: 1 a 0 y el tricampeonato se iba para la casa de los Mattiussi.

Tita se apresuró a comprar la revista El Grafico. A paso apurado fue hasta la avenida Mitre el martes por la noche a buscar un ejemplar. En las siete cuerdas que la separaban del kiosco de diarios fue imaginando quién estaría en la portada. Se jugaba todas las fichas a Boyé... ¿quién si no? Si "El Atómico" había marcado el gol del campeonato. Tita recordaba cada instancia de la jugada. Todo empezó por la izquierda cuando Rubén Bravo se la pasó a Manuel Ameal y el volante se la tocó luego a Boyé. Lo que vino después fue la gloria: el violento "taponazo" del ídolo durmió en la red.

– Es Boyé – pensó. La tapa es Boyé.

Tita se desvivía por todos los jugadores, pero tenía a sus favoritos.

– Si no es es Boyé, que sea el equipo. O Sued. O Simes.

Y sonrió con ganas cuando se acordó de la publicidad de pinturas Colorín.

– "Dice Llamil Simes, yo defiendo los mejores colores, los de Racing y los de Colorín".

Tita se reía con esa publicidad y le jugaba alguna que otra gastada al delantero.

– ¿Qué haces Colorín?

Simes se reía y abrazaba a "la Tita".

Al llegar a la avenida Mitre el corazón le latía más fuerte. Pero cuando se paró frente al kiosco de diarios, El Gráfico le dio una cachetada. No estaba Boyé en la tapa, ni el equipo entero, ni Sued y mucho menos Simes. En la tapa estaba ... Miguel Angel Converti, delantero y figura de Bánfield.

– ¡Converti! ¡Dejate de macanas! – le gritó al canillita.

– Yo no hago la revista, Tita. Las vendo nomás.

– ¡¡¡Converti!!! ¡Racing salió campeón! ¿O yo que partido ví? ¡Dejate de macanas! ¡Converti!

Tita volvió refunfuñando y despotricando contra El Gráfico todo el camino de vuelta hasta su casa. Estaba furiosa. Ella solía guardar las tapas de la revista donde aparecían los futbolistas de Racing y muchas veces se las hacía firmar con una dedicatoria. Y se ilusionó con una portada firmada por “El Atómico”.

– ¡Converti!

Estaba tan enojada que juró no volver a comprar El Gráfico en su vida. Nunca. Pero a la semana siguiente no pudo evitar ver de reojo la nueva tapa.

– ¿“Ezequiel Bustamante”? ¿Me querés decir quién es Ezequiel Bustamante?

– Un fulano, que se yo -se encogió de hombros el canillita de la avenida Mitre.

Y por pura curiosidad se acercó a leer quién era el deportista desconocido que merecía la portada de El Gráfico y leyó en voz alta.

– “Ganador de la maratón de los barrios... ¡¡¡¡Dejate de macanas!!!!

Tita odió El Gráfico por una semana más. El martes siguiente, a tres días de fin de año de aquel 1951, el canillita le gritó apenas la vio llegar.

– ¡Mirá a quién pusieron!

Y ahí, finalmente, dos números después, la histórica revista le regalaba a Tita una portada con la foto esperada: Mario Boyé.

– ¡Dos semanas después! ¡Dejate de macanas!

Tita no pudo evitar amigarse con El Gráfico y compró un ejemplar a un peso. Llegó a su casa y puso la revista debajo de su tesoro máspreciado: una medalla personalizada

que le regaló el club por el tricampeonato.

¡ Tita y la cámara de circuito cerrado de TV ¡

- Che, Chacabuco, vení y tomate una taza de mate cocido que hace frío y vos venís de lejos. ¿O querés un te?

Angel Flores es el histórico jefe de los alcanzapelotas de Racing al que siempre se lo ve detrás de uno de los arcos durante los partidos con su inconfundible pelo largo. A veces salta a la cancha con una bomba de aire para quitar del césped los miles de papelitos que tira la hinchada. Y ahí se lo ve, alto, flaco, cabello negro. Fanático de Racing.

Es de Chacabuco, la ciudad bonaerense ubicada a 200 kilómetros de Avellaneda, unas dos horas y media de viaje de ida y otras dos horas y media de vuelta. Más o menos. Y Tita lo llamaba por el nombre de su ciudad, como hacía con varios chicos de la pensión. Rubén Bernardis, por ejemplo, era simplemente Landeta, por su pueblo perdido en medio de la provincia de Santa Fe. Aún hoy a Bernardis todos lo conocen como Landeta.

Flores nunca llegó a entablar una relación de amistad con Tita, pero ella reconocía ese esfuerzo que solo alguien que ama al club puede hacer para trabajar en la cancha. Era un duelo desigual entre ambos para desembocar en el mismo lugar: dos horas y media de ida, dos horas y media de vuelta para él; unos pasitos pequeños en ambas direcciones para ella. Y allí se encontraban los dos, en la cancha.

Nunca fueron amigos. Flores apenas pisó la casa de Tita. Pero siempre que hacía frío ella le convidaba esa taza caliente con mate cocido o te para hacer entrar en calor a Chacabuco antes de salir a la cancha. Era el respeto al esfuerzo de las distancias.

Tita estaba atenta a todo. Y a todos. Sabía cuándo Chacabuco llegaba y cuándo se iba. No era una fijación que tenía con él. Tampoco estaba empeñada en controlarle el horario. Lo hacía con todos y cada uno de los empleados del club. Y no solo. También con los jugadores y hasta con los directivos. Si un visitante venía a la cancha ella ya lo sabía.

Si alguien necesitaba encontrar a alguno en la mañana de pasillos, oficinas y recovecos del estadio entonces lo mejor era preguntarle a Tita.

- ¿No lo viste a fulanito?

Y la respuesta siempre era certera.

- Vino como las 10. Fíjese por allá. Debe andar por ahí todavía.

Angel Flores, con toda la sabiduría de un hombre que conoce de memoria a Racing, regala una definición exquisita de Tita mientras regresa a Chacabuco por la ruta 7.

- Tita era nuestro propio circuito cerrado de televisión.

! Un brindis por Tita !

En los años 50 Tita volvió a preocuparse por resguardar documentos históricos del club. Llegó a archivar en su cajón de recuerdos un reporte de la Comisión de Hacienda de 1952 firmada por el tesorero, el coronel Faustino H. Velázquez. También guardó varios boletines informativos del club.

Tita pasaba los 30 y seguía aferrada a su casa, a sus padres, a su vida. Carmen y Hermes ya se habían casado y no vivían más con los Mattiussi. Ella no era de salir de noche, no cultivaba amistades más allá del club y su mayor inquietud en esos tiempos era leer el Mundo Deportivo y revistas de actualidad. Ni siquiera iba a los bailes en la sede del club. Su amiga Coca Gatti también se había ido ya de Ave-

llaneda. Y Tita se refugió aún más en su familia. Y en su amiga de enfrente, la del pasaje Cuyo, Gina.

La sede de Racing de la avenida Mitre era famosa por sus fiestas de Carnaval. Todos los socios se reunían ahí. Eran los años en que el Gordo Chito se escabullía detrás del “disc-jockey”, le quitaba el micrófono e imitaba escondido los ruidos de la jungla. Las risas se escuchaban hasta en la sede de Independiente. Con los años el Gordo Chito se convertiría en el Gordo Porcel, Jorge Porcel, uno de los cómicos más reconocidos del país en los años 70 y 80. Pero Tita ya no ponía un pie en esos bailes.

La muerte de Evita primero y el golpe de Estado contra Perón después fueron duros episodios para ella. Pero nunca se deshizo de las fotos del general ni de la “abanderada de los humildes”. Las conservó siempre, aunque se cuidaba de mostrarlas. Tita era peronista en un país donde los peronistas eran perseguidos.

Entonces se refugió más que nunca en el club. Y el fútbol le siguió dando alegrías. Se codeaba con futbolistas que admiraba. Los recibía en su casa, les cebaba mate, les hacía el desayuno, les cocinaba, compartía momentos inolvidables con ellos. Y así conoció a uno de sus amigos más entrañables que le regaló Racing, Orestes Osmar Corbatta. “El Loco” la conquistó con su simpatía. Pero era muy desordenado.

Tita lo quería mucho a Corbatta, lo protegía siempre. El habilidoso delantero tenía muchos “amigotes” que se aprovechaban de él. Era un muchacho de manos abiertas. Federico Sacchi, aquel histórico defensor central de la Academia, vio cuando les regalaba dos o tres cadenas de oro a unos pibes que se las pidieron a la salida de la cancha. Muchos medraban con su bondad. Solo había que pedirle y extender la mano. Le magueaban todo y él regalaba lo que tenía.

Y Tita le rezongaba:

– ¡Sos tan bueno que te vas quedar sin plata por los amigos!

Tenía razón. La relación entre ambos se haría aún más entrañable a fines de los años 70 cuando Corbatta, perdido por la bebida, vivió algunos años en el club. Tita terminó siendo su sostén, su hermana, su ángel de la guarda.

Algunos cuentan que una noche Corbatta se escapó de la concentración y llegó totalmente borracho al amanecer del domingo, día de partido. Tita lo recibió, lo metió en la ducha con agua fría, le dio un termo completo de café, lo dejó dormir un poco y lo mandó a la cancha sin decirle nada a nadie. Ya en el círculo central, “El Loco” encaró a Raúl Belén:

– No me pases la pelota que no la veo.

Corbatta fue figura esa tarde e hizo dos goles en el triunfo ante Estudiantes de la Plata. Tres cuartas partes de esos dos goles los hizo Tita.

Esos años 50 también fueron importantes en materia deportiva. El 14 de diciembre de 1958 Racing rompió una sequía de siete años sin títulos y se coronó campeón del fútbol argentino tras empatar 3 a 3 en su visita a Lanús. Era el primer año de gobierno de Arturo Frondizi y la Academia tenía un gran equipo dirigido por José Della Torre, un conocido de la casa que disputó el Mundial de Uruguay 1930 y obtuvo con la camiseta de Racing las Copas Beccar Varela de 1932 y Competencia un año después.

Tita conocía como nadie a cada uno de esos muchachos que festejaban el título en la cancha granate. Allí estaban Osvaldo Negri, Vladislao Cap, Juan Carlos Murúa, Raúl Belén, Pedro Manfredini, Orestes Corbatta, Juan José Pizzuti, Julio Giannella, Pedro Dellacha, Héctor Bono, Rubén Sosa, Urbano Reynoso, Néstor De Vicente, Norberto Anido, Evaristo Sande, Natalio Sivo, Juan Kelemen, Arnaldo Balay y Luis Gómez.

Negri y Cap disputaron todos los encuentros del tor-

neo y Manfredini fue el goleador académico con 19 conquistas, una más que Pizzuti. El equipo terminó con 41 puntos (tres más que Boca y San Lorenzo), tras 16 victorias, nueve empates y cinco derrotas, 66 goles a favor y 38 en contra.

Tita los cuidaba, como siempre. Pero además no se perdía ningún partido. En una vieja fotografía en blanco y negro se la ve debajo de la letra "E" final de un cartel de pastillas Renome cuando Racing lanzaba un centro a la olla en un partido contra Chacarita. Se la ve con su infaltable pelo corto, las piernas cruzadas, pollera hasta las rodillas y con su mano izquierda a la altura de su cabeza, como arreglándose el cabello (11).

Pedro Dellacha, el histórico "back central" de aquel recordado Racing campeón, nunca olvidó "los caldos y los churrasquitos que nos comíamos antes de los partidos en lo de Tita. A veces, con un vasito de vino chiquito" (12).

En aquel equipo sobresalía ya quien sería una gloria del club, Juan José Pizzuti, uno de los jugadores más cercanos a Tita, con quien forjaría una relación también entrañable. Ambos se buscaban como lo hacen dos hermanos. El técnico campeón del mundo la recordaría muchos años más tarde:

Lo más fuerte fue cuando salimos campeones, pero en lo sentimental queda el afecto que guardamos con los compañeros. Y Tita... Yo con ella era como un hermano. Lástima que el club nunca la reconoció como debía... Ella se brindó para muchísimos jugadores con una sonrisa y atendiendo en lo que hacía falta. Con pocos elementos y a los tropezones lavaba la ropa de todos los planteles de las divisiones inferiores. Suplía las carencias con mucho cariño. Con toda la barra, después de

(11) <http://xenen.com.ar/2016/11/21/y-ya-lo-ve-y-ya-lo-ve-el-racing-campeon-de-1966-cumple-medio-siglo/>).

(12) Entrevista con el diario La Nación el 25 de marzo del 2003.

los entrenamientos, nos juntábamos siempre para tomar un café en su casa. Eso era una fija. Y ella estaba chocha de recibir a todo el plantel. También recuerdo a los padres, dos italianos de lujo para Racing, que tenían a la cancha que era una maravilla. Tita era pura bondad” (13).

Cuando terminaron los festejos en la cancha de Lanús, la algarabía siguió en toda Avellaneda. Tita estaba exultante. Sonreía, cantaba. Días después, sintió que el corazón se le subía a la boca cuando vio a Della Torre, Cap y Pizzuti por televisión en un homenaje a los campeones.

En el final de esa noche y ante una audiencia multitudinaria, los tres grandes protagonistas del campeonato brindaron por Racing... y por Tita.

Ella guardó para siempre en su cajón de recuerdos un cuadernito de “Homenaje del Racing Club a los campeones del 58”. Era un librito impreso de pocas hojas con las fotos de todos los campeones. Tita se los hizo firmar, uno por uno, a todos sus amigos futbolistas. Cada firma está estampada en su respectiva fotografía.

Estaba tan contenta que compró cuatro ejemplares. Y los hizo firmar los cuatro.

¡ Tita y el rey Pelé ¡

– Tita, ¿cuál fue el mejor partido que vio?

– Contra el Santos en cancha de Huracán. Perdimos cuatro a dos, pero qué partido (14).

Tita nunca se olvidó de esa noche del jueves 28 de septiembre de 1961. Más allá de que se jugaba un simple par-

(13) Entrevistas con La Nación y Clarín.

(14) Revista Racing, 1999.

tido amistoso, era una cita de honor para cualquier racinguista. El líder del torneo y futuro campeón argentino se enfrentaba nada menos que con el mítico Santos de Pelé. Y nadie se lo quería perder.

El estadio estaba lleno. No solo había racinguistas, sino también amantes del buen fútbol que habían ido a ver al mejor equipo del momento y a un jugador que había deslumbrado al mundo en el Mundial de Suecia 58, Edson Arantes do Nascimento, alias Pelé, por entonces de 21 años.

Fueron simplemente 90 minutos de placer, como la definió El Gráfico en una columna firmada por Dante Panzeri y publicada el 4 de octubre de 1961, seis días después de aquel histórico partido.

“Quienes no hayan ido el jueves 28 a la cancha de Huracán a ver Racing-Santos puede que tengan motivos para arrepentirse por largo tiempo. Fútbol brillante (...) Es el mismo fútbol que llegó a ser casi dominical en Buenos Aires con el San Lorenzo del 46 o los River de “La Máquina” y sus sucedáneos. Fútbol de hombres agrupados en permanente y rápida circulación”, escribió Panzeri en su crónica.

Racing comenzó ganando casi desde el inicio con un gol de Juan José Pizzuti a los 3 minutos del primer tiempo. Tiro libre indirecto cerca del área y se durmió la defensa del Santos. No armó la barrera ni marcó a un posible receptor. Osmar Orestes Corbatta la tocó corta para Pizzuti y “este y su zurdazo se encargaron de enseñarle al Santos que en los tiros libres indirectos hay que hacer barrera y marcación individual”, señaló Panzeri.

Delirio en las tribunas. Racing 1 Santos 0. Tita alucinaba.

Racing se adueñó del partido. “¡Lindo fútbol del puntero del campeonato argentino!”, elogió el periodista. Fueron 10 minutos de dominio absoluto de la Academia. Pero las

figuras brasileñas estaban simplemente agazapadas y pronto se encontraron. “Racing pensó. ¿Para qué? El espectáculo pensó: ¡En buena hora! Allí se hizo completa la fiesta”, comentó Panzeri.

Y siguió: “Unos empezaron a pasar. Otros a encontrarse. Terminaron pasando todos y encontrándose todos. Paredes. Cruces. Amagues. Entradas. Salidas...”.

Y allí apareció Pelé en todo su esplendor, con “lujos positivos necesarios para sortear obstáculos”. Entonces el futuro “0 rey” proyectó una pelota larga hacia el área de Racing y allí apareció Dorval, rechazó el arquero y la pelota quedó justita en el medio del área para que Be pusiera el 1 a 1. Iban 19 minutos del primer tiempo.

Racing apenas había asimilado el empate cuando el Santos ya estaba 2 a 1 arriba solo dos minutos después. ¿Y quién podía marcar sino Pelé? Mengalvio metió una pelota justa para el 10 en el área, Juan Carlos Mesías lo barrió y la estrella del Santos sacó de la galera un remate de izquierda hacia la red desde el piso. “Magia. Para mucha gente a la que este fútbol no le resulta familiar, eso: magia, Pelé”, destacó Panzeri.

Racing sintió el golpe. “El partido venía para goleada con baile”, según el vaticinio de El Gráfico, pero la Academia soportó el huracán con algunas brusquedades y “paró la goleada” a fuerza de orgullo. Entonces “volvió al ataque” como al comienzo “con más lujos”, pero “con menos claridad”.

Y el esfuerzo valió la pena. Rubén Sosa se la pasó a Corbatta por la derecha. El delantero lo vio solo a Pedro Mansilla por el medio y el goleador dejó pagando a Mauro y empató 2 a 2. Iban 31 minutos del primer tiempo y Tita volvía a aplaudir. Fueron apenas unos minutos de una luz de esperanza.

Pero Dorval, a los 37, volvió a poner en ventaja a los brasileños con tres pases para recorrer 90 metros. Fútbol total.

El final del primer tiempo trajo aplausos de los cuatro

costados del estadio Tomás Adolfo Ducó y una invasión de chiquilines para tocar a sus ídolos.

En la segunda etapa, "Racing recuperó prevalencia territorial" y el equipo "hizo buen fútbol y llegó muy en profundidad, aunque siempre con menos claridad que el Santos", escribió Panzeri.

La Academia entonces dominó el juego, "pudo empatar, lo merecía", pero la habilidad y contundencia del Santos inclinó la balanza a su favor a solo tres minutos del final.

Panzeri lo contó así: "Pelé se empeñó en recordar que le quedaban artes sin usar, prestidigitaciones sin hacer: tiro libre próximo al área de Racing sobre la derecha, que viene a tirar Getulio, un marcador de punta izquierda que rehabilita a los hombres de su puesto como tan importantes en el ataque como en la marca. Pelé se ubica en el medio del área, semiperfilado al arco y casi de frente a la pelota. Lleva una mano al pecho y la pide allí, allí y allí. Donde lo marcan con tiza y codazos. Va. Llega. Pelé se anticipa, es fauleado, la recibe contra el pecho, la rebota hacia adelante y cayendo ya, alcanza a dar la media vuelta que le permite clavarla de derecha, 4-2. Un gol a la manera de una cancha de básquet. Así la pidió Pelé. Como la pide un hombre clave de los que en básquet van al aro. No hacía falta más".

El partido terminó enseguida. "Santos había devuelto todo el dinero cobrado. Racing otro tanto. Cada uno en sus posibilidades. Racing en medida mayor a lo que normalmente puede. Porque Santos juega y permite jugar", escribió Panzeri.

Tita acababa de ser testigo del buen fútbol.

– El mejor partido que vi de Racing fue contra el Santos en la cancha de Huracán que Racing perdió. Fue el mejor partido que vi en mi vida. Por el partido... buenísimo fue. Cuando se gana son todos lindos los partidos, ¿vivo? Enton-

ces los que pierde no los recuerda" (15).

El mediocampista Juan Carlos Rulli, que años más tarde sería campeón mundial, fue el afortunado en cambiar su camiseta con Pelé. La mostraba orgulloso en el vestuario. Tita solo pudo llevarse una foto con "O Rei". Al otro día Rulli llevó la casaca a la cancha y le pidió a Tita que se la lavara. Ni bien la vio, ella supo que no podía devolverla. ¡Era la 10 de Pelé!

Cuando Rulli volvió a ver a Tita la notó decidida. Trajo la camiseta limpia, planchadita y dobladita. Pero cuando se la iba a entregar le soltó con dulzura:

- ¿No me la regala?

A ella nadie le decía que no. Tita tuvo esa camiseta en su casa hasta el último día de su vida.

¡ Tita y el adiós a su casilla ¡

Tita lloró sin parar cuando demolieron la vieja casilla de madera donde había nacido. Ida también. A Cesar se le escaparon unas lágrimas de emoción. A todos los viejos socios se les hizo un nudo en la garganta.

La desmontaron pieza por pieza. Madera por madera. Ese día caluroso de diciembre de 1954, cuatro años después de la inauguración de la cancha de cemento, Tita supo que ya no podría visitar nunca más sus recuerdos más preciados. Allí, en el calor de su primer hogar, había nacido y vivido los días felices de su infancia, de su adolescencia y juventud. Había amado y sufrido por amor.

Por un tiempo pensó que esa vieja casilla no molestaría a nadie y sobreviviría al paso de los años. Pero la dirigen-

(15) Entrevista con Carlos Graneri, 1991.

cia un día dijo basta y ordenó quitarla por orden del progreso. Desentonaba con la modernidad del imponente Cilindro de Avellaneda.

Tita estaba muy triste. Ni siquiera se prestó para las fotos. La revista Racing del 15 de diciembre de ese año publicó las últimas fotografías del hogar de los Mattiussi, que en sus orígenes fue el primer vestidor de los jugadores durante los primeros partidos del club en sus comienzos allá por el 1900 y tantos. Las imágenes muestran a varios obreros durante las obras de desmantelamiento. Pura tristeza.

La revista decidió entonces rendirle un homenaje a la vieja casa de la familia más querida de Racing. Y a dos páginas le brindó una cálida despedida bajo el título: **Cayó para siempre la vieja casilla.**

El subtítulo estaba plagado de melancolía: **Un pedazo de la historia del Racing Club cediendo paso a las necesidades del presente**". El texto fue triste y emotivo:

"Desde Tizzano (16), un pueblecito de la provincia de Udine, Italia. Es decir, desde los mismas fronteras con Austria, lugar que fuera austríaco, luego italiano, austríaco nuevamente en 1814, para ser definitivamente italiano en 1866, se nos vino este italiano –que arrió su nacionalidad entre tratados y pleitos- llamado César Matteucci. Como muchos otros, venía a "hacerse la América". No se hizo la América, pero cayó absorbido por el poder de atracción de un nombre que se hacía causa. Y de una causa que ya era espíritu. Y desde el 7 de marzo de 1915 –César- pertenece a Racing, como pertenecen las cosas que reciben el alma de quienes las poseen. Y perdió la nacionalidad. Ya no es italiano. Como dejan de serlo sus compatriotas de Udine durante años, éste, César Matteucci, se ciudadanizó "racinguista". Su tierra fue

(16) La partida de nacimiento de Cesar dice que nació en Pavía di Udine.

la cancha. Su patria, Racing. Su hogar, “la casita de madera” donde, en acuerdo con doña Aída, nació “la Tita”. Nada le quedaba entonces de aquello del Véneto. Y todo, en cambio, estaba hecho allí, donde un día se acercara por imperio de un aviso. Tanto es todo, que desde “la Tita”, a la que los años no logran hacerla conocer de otra manera, hasta la casilla que vio pasar sus años, llevan su nombre”.

La nota siguió bajo otro subtítulo:

“La casilla de César”.

“Esas maderas viejas de hoy no fueron una vez maderas viejas. Fueron allá por los años 1907, 1908 (¿antes?) las que conformaban los primeros vestidores de la cancha. Fueron los que recogieron los primeros entusiasmos, los primeros temores, las primeras inquietudes de aquellos muchachos que escribieron para Racing tantas páginas de gloria deportiva. Y fue más tarde hogar del hombre que “pintara del verde más puro el field” que ganara la expresión al nombrarlo, de: “Esa cancha es un billar”.

Hoy están cayendo, sin forma, apiladas unas sobre las otras, mostrando las heridas de los viejos clavos que le dieron armonía. Sin alma ahora. Porque la tuvieron siempre. Cuando retenían las voces de Betular, Seminario, Ohaco, Frers, Perinetti, en su primer destino.

Cuando refugiaba los murmullos de una pareja italiana que se llegó de Udine. Cuando disimulaban el llanto de una “bambina” que quería algo o rabiaba porque le habían “dado” algo. Tenían el “alma de las cosas nuestras”. De las que reciben nuestra vida, en la alegría, en la queja. En nuestra charla. En nuestros silencios. Tenían alma porque toleraban sostener las estampas, las fotografías de todos los muchos jugadores que desfilaron para tomar un mate, echar un párrafo, pedir el teléfono o gastar una broma a “la Tita” que crecía, entre alguna intención que, al paso, gestaba un piropo”.

Y finalmente el artículo concluyó bajo otro subtítulo:

Historia que se borra

“El 1 de diciembre de 1946 otros leños dejaron un hueco grande en el espacio y un recuerdo enorme en el alma. Muchos llevaron consigo trocitos de aquella madera que fue resignada base de nuestras reacciones futboleras y progreso señalado en el avance que los años le daban a su altura. Tablón tras tablón. Para ceder una vez, a la conquista del cemento. Pero todavía quedó allá, atrás, rogando la olvidaran, la casilla de madera. Ultimo refugio de la historia que se borra, como el tiempo borra las huellas del camino.

Y como se fue la vieja casa de Mitre, se fueron las viejas tribunas de Colón y Alsina. Y se va la vieja “casilla de César”. Sin la misa del adiós”.

¡ Capítulo III ¡

DE RACING A EUROPA

– Tita... queremos que vengas con nosotros. Y si no querés, te damos la plata del pasaje...

– ¿Ir con ustedes? ¿A dónde?

– A Escocia. ¿A dónde va a ser? ¿Vas a venir, no?

Tita no era de llorar. A todos les decía lo mismo. Pero pocos le creían.

– Yo no lloro. No soy de llorar.

Pero ese día lloró por todos las veces que se había prometido no hacerlo. Algunos jugadores se asustaron. El “Chango” Cárdenas era el más preocupado de todos.

– Che, se puso todo colorada. ¿Le habrá hecho mal?

Tita lloraba pero de alegría. Estaba en el comedor de su casa, rodeada por todos los jugadores y el técnico del Racing campeón de América del 67. Juan José Pizzuti lo había propuesto y entre todos decidieron, en votación unánime, hacer una colecta para financiar el viaje extra. Nadie puso un pero... Entonces hablaron con los dirigentes y listo. Todo arreglado. Tita estaba en el avión.

Pero el llanto no cesaba. Doña Ida le acariciaba los hombros. Alguno trataba de calmarla. Don Cesar miraba sin entender.

– Dale Tita, tranquilizate que con vos vamos a salir campeones.

Ella balbuceaba y su voz se oía apenas entre las risas nerviosas de todos.

– Gracias, chicos. Gracias. Claro que voy a ir. Y vamos a salir campeones del mundo.

Pero Tita tenía un grave problema. Más allá de su primer pasaporte que el club le ayudó a tramitar, le tenía pánico al avión. Sentía miedo, mucho miedo. Pasó noches sin dormir bien. Nunca se había ido de vacaciones. Y no se imaginaba subiendo a un aparato con alas y cruzar el Atlántico. Y además se sentía avergonzada. Ella, que se desvivía por los demás, iba a estar alojada en un hotel de lujo. No se sentía cómoda.

– Yo no estoy acostumbrada a esas cosas.

Pero los muchachos la tranquilizaban.

– Quedate tranquila, Tita. Si venís vos ganamos seguro.

Tita sabía que tenía que ir. Por Racing, por los muchachos, por Pizzuti. La necesitaban ahí, con ellos y no les iba a fallar. Puso su ropa sobre la cama, separó lo necesario y la metió en una valijita humilde que guardaba su mamá en un armario. Doña Ida le advirtió:

– Ojo que en Escocia hace frío. Llevá mucho abrigo.

A la mañana siguiente los jugadores vieron la valija y no lo dudaron. Al otro día Agustín Mario Cejas, el gran arquero campeón, entró a la casa de Tita con un paquete enorme.

– Tomá, Tita, es para vos.

Ella volvió a ponerse nerviosa, rasgó el papel de regalo y se encontró con un juego de tres modernas maletas. Solo atinó a decir una palabra:

– Gracias.

Racing estaba revolucionado. El campeón de América debía viajar a Glasgow para dirimir la Copa Intercontinental con el monarca de Europa, el poderosísimo Celtic, que le había ganado la final de la Copa de Campeones de Europa nada menos que al Inter de Helenio Herrera, un equipo donde brillaban Giacinto Fiacchetti y Sandro Mazzola. Era el partido

más importante de la historia del club, esa historia que Tita quiso escribir en los años 40. Y no podía faltar. Desde ese día los muchachos notaron que había mucho más comida que de costumbre en las interminables meriendas de la tarde en su casa. Era la única forma que tenía de agradecerles.

– ¿En serio que va Tita?

Los socios y los empleados del club estaban sorprendidos. La noticia se regó por todo el mundo Racing y llegó hasta la redacción de la revista Gente.

– Hay una mujer que nació, vive y trabaja en la cancha que se va con el plantel a Escocia. Los jugadores la aman y le garpan el pasaje, los gastos, todo...

Entonces un periodista se mandó al Cilindro para entrevistarla. Era cuestión de tocar la puerta exterior de su casa y ella dejaba entrar... a cualquiera.

– Yo tengo que dar la vida por los muchachos. La vida tengo que dar...

Tita hablaba y se ponía en puntas de pie para alcanzar el alambre donde colgaban, una a una, las camisetas recién lavadas para la gran final.

– Tengo que esperar que se sequen y después plancharlas. Llevamos cuarenta. Claro que son nuevas, pero a mí me gusta lavarlas antes de que las estrenen. Además es una cábala.

Tita disfrutaba de su fama repentina. El periodista de Gente la bombardeaba a preguntas y ella, tímida, se reía como una “chiquilina”. Tenía ya 47 años pero la misma frescura de siempre. Y se animaba a contar cosas de ella:

– Mi vida siempre transcurrió aquí. De chiquita, en vez de jugar con muñecas, le pateaba al arco a Grisetti. Le hice goles...

Estaba algo nerviosa. Grisetti, el “Arquero Suicida”, había atajado en el tricampeón de 1951 cuando Tita tenía

32 años y por entonces no era nada “chiquita”. Se había confundido quizás con Croce, el arquero heptacamepeón, o con Botasso, la “Cortina Metálica”. Aunque sí era verdad que le había convertido algunos tantos a Grisetti...

Tita se sentía feliz y le avisaba al periodista que “en unas horas me tengo que ir con los chicos” a Escocia. Se sentía orgullosa, necesitada, querida.

– ¿Qué sintió cuando le dijeron que le pagaban el viaje?

– Miedo

– ¿De qué?

– Del avión. De lo que pueda pasar allí. Del partido.

¿Ustedes se imaginan. La Tita de Racing... en Europa. En un hotel bacán. Atendida. Servida. No... yo no estoy acostumbrada a esas cosas. Por eso tengo miedo.

Los nervios la acompañaron hasta el día del viaje. Se despidió de su mamá, de su papá, de su caballo Cecilio, de sus quince perros, de sus diez gatos, de sus conejos. De su casa. Del Cilindro. Don Cesar le ayudó con las valijas. Tita se subió al micro como un jugador más. Estaba seria, incómoda, como si fuera ella la que tuviera que enfrentar al Celtic.

En Ezeiza esperó sentada la orden de empezar los trámites. Su bolso de mano, negro y de cuero, se lo había dado el club y lucía estampado el nombre de Racing Club. Nunca se había sentido tan orgullosa. Tita sonrió al mostrar su pasaporte nuevo. Pasó migraciones sin sobresaltos y se subió al avión. Nerviosa, muy nerviosa.

El vuelo 132 de Aerolíneas Argentinas fue tranquilo. Los jugadores se cuidaron de no mencionar el terror que sintieron cuando el avión que los llevaba desde Bogotá a Medellín, el 28 de marzo de ese mismo año, para enfrentar a Independiente de Santa Fe por la Copa Libertadores, estuvo a punto de estrellarse. El DC-4 de la aerolínea SAM pasó por un frente de tormenta y casi provocó una catástrofe.

Tita sabía muy bien qué había pasado aquel día. Juan Carlos Rulli había contado que en el avión llegó a entrar agua como si fuera un bote que naufragaba en medio de una tempestad, que a él se le soltó el cinturón de seguridad y se golpeó la cabeza contra el techo, al igual que el Bocha Maschio y una azafata, que se escuchaban gritos, rezos, que todo daba vuelta y que hasta alguien tuvo un diálogo con la muerte.

– No tengo que pensar en nada, no tengo que pensar en nada.

A Tita la trataron como a una reina durante el vuelo. Apenas pudo dormir y le hicieron chistes para que no pensara. En nada.

Y el avión, después de una breve escala en San Pablo, llegó a París. ¡A París! ¡Tita en París! ¡De la vieja casilla de madera a París! Aunque jamás llegó a ver la Torre Eiffel, estaba emocionada...

¡ Tita vs. El agente 007 ¡

– ¿A quién vas a matar 007, la reputa que te parió?

El Panadero Rubén Díaz no podía evitar su fino repertorio cuando el Chango Cárdenas lo codeó y le marcó a Sean Connery a pocos pasos de distancia.

– Che, ese tipo lo conocemos. No es...

Algunos pensaron lo peor: que el actor escocés, por entonces de 37 años y ya famoso en todo el mundo por las películas de James Bond, el agente 007, era hincha del Celtic. El Panadero se le fue a la yugular:

– ¡La reputa que te parió 007! ¡A este lo invito a pelear a ver si se la aguanta!

Tita sonreía con una mueca incrédula. Se paraba y se sentaba como un 9 que aguarda su oportunidad en el banco

de suplentes. Pensaba que era una broma, otra broma del Panadero, ese que nunca se cansaba de hacer chistes a todo el mundo. Pero Tita dudaba.

- ¡Qué va a ser James Bond!

No, no puede ser. ¿Qué haría el agente 007 en el mismo avión que trasladaba a la delegación de Racing de París a Londres, la tercera escala rumbo a Glasgow, para jugar la primera final de la Copa Intercontinental ante el Celtic el 18 de octubre de 1967?

Sean Connery era muy pintón, popular, admirado y querido. Estaba acostumbrado a que las mujeres se desvivieran por estar al lado suyo, se acercaran para tocarlo, decirle unas palabras temblorosas. Y también que algunos hombres le gritaran, lo miraran, lo relojearan curiosos ante su sola presencia. Pero nunca que lo enfrentaran.

Todo Racing estaba atento a los movimientos del agente 007 en ese avión que los llevaría a Londres. Y Tita más que nadie.

- ¿Es James Bond? - se emocionaba.

- Ojo Tita que es escocés. Mirá si es hincha del Celtic...

Ahora sí que era algo personal. Si James Bond, el agente 007, era hincha del Celtic, entonces había que hacer algo ya. De pronto, sentado en un asiento cercano, había un hombre frío, calculador, valiente, inteligente, audaz y, sobre todo, elegante y conquistador. Pero lo peor es que tenía permiso para matar.

Tita aún no lo sabía, pero el agente 007 iba también al Hampden Park para ver ese partido histórico junto a otros 83.346 espectadores. Y se sentía observado, mucho más que en otras ocasiones.

En el ambiente había sonrisas tímidas, miradas cómplices y largos silencios más allá de algún insulto que venía del asiento del Panadero. ¿Quién se animaría a decirle algo de

frente a James Bond y mucho más si era hincha del Celtic?

- La puta que te parió 007.

Tita se salía de su asiento. Se sentía en el borde del córner, ese lugar tan suyo donde veía todos los partidos en la cancha de Racing. Se sacaba el cinturón, se lo volvía a poner en un segundo, meneaba la cabeza y miraba a todos, pero ninguno le devolvía una pared. Nadie era capaz de lanzar un centro a la olla, de gambetear por los costados, de probar desde fuera del área.

Había que dar la vida por los muchachos.

Entonces se animó, hizo palanca con sus manos en el apoyabrazos y saltó como un resorte por el pasillo. Cinco, seis, diez, quince pasos nomás y quedaron cara a cara. Tita vs. el agente 007. Tita vs. James Bond. Sean Connery la miró y ella, tímida pero decidida, se desarmó en una sonrisa cuando desenfundó su inglés "campurriado", como a ella le gustaba definir su pobre manejo del idioma.

James Bond la miró y le devolvió la sonrisa. Veía a esa mujer fresca, pura transparencia, incapaz de hacerle mal a nadie, que intentaba decirle algo en un idioma inentendible. Las risas se escuchaban en todo el avión.

Tita balbuceó algunas palabras sueltas en inglés en medio de una catarata de frases en español y en lunfardo, y fue incapaz de hacerse entender por un James Bond superado por una mujer que se batía a duelo en soledad, frente a frente, con un arma mortal en la cabeza: un gorro de Racing.

- La Copa se queda en Argentina - le dijo.

Tita finalmente le marcó la cancha como hacía su padre desde 1915. Y se fue a su asiento satisfecha.

Sean Connery intentó entender qué pasaba en ese avión. El agente 007 no era hincha del Celtic, el club escocés representante de la comunidad católica, de los descendientes de irlandeses y los sectores populares y de izquier-

da. James Bond era fanático pero de su clásico rival, el Rangers Glasgow, un equipo identificado con los protestantes, la burguesía y su fidelidad al Reino Unido.

Sean Connery terminó la charla con un ademán de caballero. Tita se relajó y regaló risas para todos. Agustín Mario Cejas, el único que balbuceaba algo de inglés, le explicó al actor quiénes eran y a dónde iban. A James Bond le encantaba el fútbol. Y les regaló una frase inolvidable.

- La Copa se la llevan ustedes...

Hubo sonrisas en todo el avión. El Panadero dejó de putear. Y varios jugadores se sacaron fotos con el galán de Hollywood, el Bocha Maschio entre ellos. Incluso alguno se llevó hasta un autógrafo.

¡ Tita y su inglés “campurriado” ¡

La escala en Londres fue corta. Apenas un día para conocer un poco la ciudad. Los jugadores y Tita salieron a pasear por Carnaby Street, una calle peatonal en el corazón de Westminster muy conocida por sus tiendas y boutiques de autor.

Tita iba al lado del Coco y el Panadero y no pudo evitar asombrarse por la osadía de algunas prendas.

- Ni loca me pongo eso. Y se reía... El Panadero la instigaba para que se probara algo.

- Dejensé de jorobar, che.

Londres los despidió con un sol tenue. Escocia los recibió con un clima lluvioso y frío. Llegaron a las 7.15 pm. Pero no estaban solos. En el aeropuerto de Glasgow había unos 40 hinchas de Racing que los esperaban con banderas y camisetas. Habían ido a ver el partido.

Los jugadores los vieron y se prepararon para recibir el aliento de la hinchada. Después de algunos cánticos y gri-

tos, ese puñado de simpatizantes llegados desde distintos puntos del país cambió de idea. Ni bien la divisaron a lo lejos descargaron su grito de guerra:

– ¡Tita, Tita, Tita...!

¡Tita era famosa! El Bocha Maschio no lo podía creer. Los racinguistas que habían ido a alentar al equipo a Escocia la vivaban como a una ídola.

– ¡Ah, bueno! ¡Te conocen más que a nosotros!

Tita se puso toda colorada y saludó a los muchachos con la mano en alto. Sonreía pero se la veía nerviosa. Los jugadores le hacían bromas.

– ¡Te vinieron a ver a vos, Tita. ¡Yo no sé para qué vinimos nosotros!

¡Dejensé de embromar, che!

La dirigencia del Celtic los esperaba en el aeropuerto. Muy elegantes, muy amables, muy escoceses, muy “british”. Allí estaba también Osvaldo Ardizzone, enviado especial de El Gráfico y todos los periodistas y fotógrafos argentinos que habían viajado a Escocia. Los directivos del local saludaron uno a uno a los miembros de la delegación académica. Tita lucía como una más. Saludó a todos con un suave apretón de manos. Se sentía importante. Valorada. Esencial.

– Las camisetas las lavo yo – pensaba.

El micro tardó menos de una hora en llegar a la pequeña y tranquila localidad de Troon, en el South Ayrshire, cerca del fiordo de Clyde y al sudoeste de Glasgow. Rodeado de verde, de campos de golf interminables y frente al mar, el Hotel Marine recibió a Racing de noche, a un paso de la cena.

El clima era bien británico. Lluvia, viento, frío. Salía un sol tenue, venían las nubes. Y otra vez la lluvia y más viento. Tita tiritaba. De los nervios. Se pasaba horas mirando el horizonte, a ese inmenso Mar del Norte que la invitaba a nadar como en la pileta de Racing en los años 30. Y pen-

saba, solo pensaba. Se sentía en medio de una película. Extrañaba tanto a su casa, a su Racing, a sus padres, sus mascotas, su vida. Se sentía agua de otro pozo entre tanto lujo y servicio a su cuarto, a ella, justo a ella que se desvivía por los demás. Pero aguantaba por los muchachos, por ellos, tenía que dejar todo por ellos. Al pie del cañón, siempre. Era la primera en bajar al lobby para tomar el desayuno. Y saludaba uno a uno a los muchachos con un beso de los buenos días. Como una mamá. El beso en la mejilla de Tita era para los jugadores estar en casa, en familia.

– ¡Abrigate! ¡No salgás así despechugado! ¡Mirá si te resfrías o te da una gripe! ¡Este clima es traicionero!

El plantel estaba muy unido. Tita participaba de todo, los ensamblaba. A punto de cumplir 48 años, se portaba como una madre en un viaje de egresados estudiantil, les hablaba a todos, a cada uno que veía bajoneado, cuidaba que comieran bien, se aseguraba de que estuvieran cómodos, abrigados, que durmieron tranquilos, hacía bromas. Era mamá gallina con sus pollitos.

Tita iba a todos lados con sus chicos. Era una más. El club le había dado un encargo oficial: debía llevar los banderines. En esa época era muy común que la gente se acercara a pedir recuerdos y la directiva le había dado varios para que ella los tuviera a mano ante un pedido inesperado. Y se tomaba su misión muy en serio.

A ella además le gustaba ir al restaurante Vesubio porque allí se servían especialidades italianas y la comida le hacía recordar a doña Ida. Ravioles, tallarines, ñoquis. Los jugadores le hacían chistes, se reían con ella. La buscaban. Todos querían tenerla cerca. Estar con Tita era pasarla bien, sentirse resguardados por un cariño profundo.

Y los cuidaba. Se paseaba por los pasillos para cerciorarse de que todos estuvieran bien, descansando en sus cuartos,

tranquilos, después de cada entrenamiento. Y meneaba la cabeza cada vez que escuchaba algún tema de Palito Ortega que salía de la habitación de Miguel Angel Mori y Oscar Martin.

– La felicidad, ja, ja, ja, ja...

Una tarde estaban todos descansando en el hotel cuando el Coco Basile empezó a reírse solo. La llamó a Tita y le marcó a unos ingleses a lo lejos. La mandó a hablar con ellos, a preguntarle algo... con una excusa que ella tomó como un deber.

– Vos que te manejas bien con el inglés... – le dijo.

Y para allá se fue Tita a batirse a duelo con esos inglesitos pitucos.

– ¡Se acuerdan cuando el Coco Basile me hizo hablar con esos muchachos en el hotel de Escocia! Me dijo que eran ingleses... Y yo decía... yes... ¡Bah! ¡qué sé yo qué decía! ¡Resulta que eran jugadores de rugby argentinos! (17).

El Coco no paraba de reírse. Tita era un huracán. Estaba suelta por Escocia. Otro día Pizutti les dio la tarde libre a los jugadores y salieron todos a pasear por Glasgow. Tita incluida. Todos con un impermeable azul para protegerse de la lluvia.

Entonces se toparon con un hombre que vendía escuditos de Racing. Tita se emocionó. ¿Quién podría estar vendiendo escuditos de la Academia en Escocia? Y ahí mismo lo encaró:

– Racing, eh. Gud, gud. Escuditos iu...

Las risas se escuchaban hasta en Buenos Aires. El vendedor la miraba con una sonrisa. Y le dijo:

– ¡Soy argentino, Tita! ¡Vine a ver a Racing...!

Tita le contaba la anécdota a todo aquel que quisiera escucharla:

(17) Entrevista El Gráfico, 15/05/1973.

– Yo no lo podía creer. Traté de hacerle señas al vendedor y le hablé con un inglés campurriado. Los jugadores se mataban de risa. Porque el vendedor no me entendía. Claro, era argentino e hincha de Racing y había viajado para alentar al equipo (18).

Tita estaba muy nerviosa. Celtic no era cualquier equipo. Era el más fuerte de Europa, duro, ofensivo, compacto. Tenía un par de jugadores distintos, como el endiablado Jimmy Johnston, el duro capitán Billy McNeil y el habilidoso volante Bobby Murdoch, que había sido convocado a la selección inglesa.

El equipo era una máquina. Había metido 17 goles en los últimos tres partidos por la liga y la Copa de Escocia: 4 a 1 al Hibernian, 7 a 1 al Morton y 5 a 1 al Partick. El Celtic era pura potencia ofensiva. Ardizzone, el enviado de El Gráfico, le había contabilizado entre “40 a 50 opciones” de ataque en los 90 minutos jugados en su visita al Partick. Los rivales eran débiles, pero el campeón de Europa metía miedo.

En contraste Racing venía en declive. Ya no era el aceitado equipo del 66. Y en los últimos cuatro partidos había marcado solo un gol y cosechaba tres caídas seguidas con Ferro, Quilmes y Lanús y un pobre empate con San Lorenzo... de Mar del Plata. Pero Tita confiaba en sus muchachos. Y tenía una fe ciega en el Coco cuando el puntal de la defensa académica declaraba:

– Esto es distinto. Lo que tiene Racing es que en los partidos difíciles se agranda.

Tita apenas pudo hablar una sola vez con su mamá. Le pidió permiso a un directivo para llamarla por teléfono. La operadora la comunicó con Colón y Alsina. Hablaron del frío de Escocia, de lo bien que veía a los muchachos, de don Cé-

(18) Entrevista con Clarín diciembre de 1998.

sar que andaba por la cancha y de sus mascotas. Y doña Ida la sorprendió:

– ¡Saliste en El Gráfico!

– ¿Qué? ¡En El Gráfico? ¿Otra vez?

Y sí, otra vez, como en aquel lejano 1935 cuando la descubrieron como la hincha más característica de Racing con apenas 15 años. Ahora Tita no había pasado desapercibida para la pluma de Osvaldo Ardizzone, cuya columna desde Escocia finalizaba con ella. Sí, la crónica del enviado especial de El Gráfico a Glasgow redondeaba la historia con unos párrafos sobre Tita. Doña Ida se la leyó en voz alta:

– “¡Ah!... me olvidaba: allá en Troon está “Tita”. Se pasa el día detrás de la ventana, mirando el paisaje. Me dijo que extraña mucho su casa, que extraña su vida de allá, la casa de la cancha. Pero está muy sorprendida, casi maravillada. “Esto es de película” –dice-. Esto es de película, como cuando uno lo ve en el cine”. Motivo simpático la presencia de “Tita” en Troon... Seguramente esta “aventura” ni siquiera contaba en sus sueños. Avión, hotel, Escocia... Por eso repite conmovida: **“Es de película, créame que para mí es de película”**.

Tita se reía con la oreja en el teléfono. Y mamá Ida siguió leyendo la columna de Ardizzone:

– “También ella está preocupada por los muchachos. Le tiene miedo a los resfríos y a la gripe. Extraño caso el de la “Tita”. Esta mañana a medida que bajaron para desayunar, la primera atención unánime fue el buen día de un beso”.

El día del partido finalmente llegó. El miércoles 18 de octubre Tita se levantó temprano, se duchó en la soledad de su cuarto y preparó su bolsito. Tenía una cábala que no podía faltar: cambiarse de ropa en el entretiem po. Nadie sabe por qué lo hacía, pero en Racing todos conocían ese ritual.

Se escabullía a su casa y se ponía otra ropa, como si entrara al vestuario y se cambiara para salir a la cancha. Y en Escocia la cábala no podía faltar.

El micro los llevó a Glasgow. Una hora de viaje. Tita entró al estadio con su infaltable gorrito de Racing y su bolsito en la mano, acompañada por los dirigentes. Apenas cabía en el asiento. Iba y venía, observaba a los hinchas del Celtic, sonreía de los nervios y miraba al cielo. No dejaba de moverse, de aquí para allá. Era un manojo de nervios.

– ¿Cuento falta? ¿Ya empieza?

Cuando el equipo salió a la cancha aplaudió de pie. Pensó en sus “chicos”, en cada uno de esos muchachos que se la jugaban por su Racing. Y se sintió impotente por primera vez en su vida. ¿Qué podía hacer ella, ahí, en esa fría platea del Hampden Park? Ella, rodeada de hinchas escoceses, quería dar la vida por sus chicos.

Recién se relajó cuando el árbitro español Juan Gardeazábal pitó el comienzo. El partido fue muy duro. Celtic fue la máquina que todos vaticinaban y Racing una sombra. Todo era de los escoceses. El equipo estaba perdido y las piernas de Tita empezaron a temblar. Solo Cejas, el Coco y el Mariscal Perfumo salvaban la ropa, el resto deambulaba en la cancha. Johnston volvía loco al Panadero, que vivió una noche para el olvido. Pero el Celtic no marcaba y Tita respiraba.

El primer tiempo se fue en cero. Una buena señal. Tita buscó un baño y cumplió su ritual. En el segundo tiempo parecía otra persona.

Los jugadores entraron al vestuario visitante desbordados. El empate era un muy buen resultado, pero el Celtic los había pasado por encima. Hasta que vieron entrar a James Bond. ¿Qué hacía el agente 007 en el vestidor de Racing? El Panadero se sorprendió, pero esa vez no dijo nada. Estaba muy preocupado por Johnston.

Sean Connery solo pasaba a saludar. Como hincha furioso del Rangers hacía fuerza por la Academia. Racing tenía un hincha de lujo. Fue cortés, saludó y se fue. No preguntó por Tita. Nadie lo puteó. Incluso los acompañó hasta el borde de la cancha.

Pero el segundo tiempo fue peor. La cábala de Tita, esa vez, no funcionó. Racing perdió el primer partido 1 a 0 con gol del capitán escocés Billy McNeil, de cabeza a los 69. Tita se agarró del gorro celeste y blanco con las dos manos. El Panadero quiso gambetear en una salida, se la robó John Hughes y la pelota terminó en el córner. Y el mismo Hughes mandó el centro a la cabeza de McNeil para el 1 a 0. Cejas no pudo hacer nada. Tita tampoco.

Fue solo un gol. Pudieron ser dos, o tres. El vestuario era un velorio. Celtic los había pisado sin piedad. Ardizzone, ya en el hotel, escribiría una columna lapidaria: “Es como presenciar el doloroso final del “bacán” que apenas si puede lucir el decoro de su último frac con las solapas ya gastadas por el tiempo”.

Racing no había jugado a nada, solo a defenderse, con la única ambición de sobrevivir 90 minutos interminables como un simple “partenaire”. Pero Tita, en el micro, los recibió con un beso.

– No pasa nada, chicos. Nos sirvió para estudiarlos. En Avellaneda lo damos vuelta.

Ya en el avión, Pizzuti lucía desbordado ante Ardizzone. “Y... yo creo que el ciclo está casi terminado. Se podrá jugar mejor que esto, quizá mucho mejor, pero lo otro ya no vuelve. Para mí es un ciclo que ya llegó a su fin”.

El equipo hizo escala en Londres. Y allí las cosas se pusieron peor. El enviado del El Gráfico encontró al Panadero perdido por la capital y el lateral, que había jugado “el peor partido de su vida”, hizo declaraciones explosivas y pidió no ju-

gar el partido de vuelta por un tirón en la pierna izquierda. El Panadero sería reemplazado entonces por el uruguayo Nelson Chabay. Racing se volvió a Argentina con las manos vacías y un clima feo, frío, enrarecido, como el de Escocia.

A Tita la derrota le dolió mucho. Incluso lloró “un poquito”. Pero tenía una fe ciega en sus muchachos.

– “La Copa se queda en Argentina”, le había dicho a Sean Connery. Estaba segura del triunfo. Y volvió a Buenos Aires con más fuerza que nunca.

¡ Quique, Alfredo y el gol del Chango ¡

El partido de vuelta se jugaba en Avellaneda el 1 de noviembre de 1967. Ningún hincha de Racing se quería perder el partido. Pero las entradas volaron. Las generales a 800 pesos, 400 para los socios y 150 para menores.

– ¿Y ahora qué hacemos?

Alfredo, el hermano mayor de Enrique Quique Wolff, estaba desesperado y sin entrada.

– ¡No me lo puedo perder! ¡Quique me tenés que hacer entrar!

Y Quique encontró la solución. El entonces juvenil defensor de Racing jugaba en tercera y podía entrar a la cancha con su carnet de futbolista, pero su hermano no. Entonces ideó el plan. Salieron temprano desde su casa en San Isidro y llegaron al Cilindro. Se dirigieron a la casa de Tita y tocaron la puerta que daba al playón.

– ¿Qué pasa Quique?

– Nos tenés que dejar entrar, Tita. El es mi hermano Alfredo.

– Pasen, pasen, chicos.

Tita cerró rápido la puerta y los hermanos Wolff se per-

dieron por el sector C. Se sentaron en dos plateas al azar y esperaron el comienzo del partido. Horas después, los verdaderos dueños de ambas plazas los obligaron a retirarse. El inicio de la final de vuelta los encontró sentados en las escaleras. Todo por ver a Racing.

Tita ocupó su estratégico lugar cerca del banderín del córner. Antes del silbato inicial, había que cumplir otra cábala. Rulli y Miguel Angel Mori se acercaron y repitieron un ritual que hacían antes de todos los partidos.

Los dos futbolistas corrían hasta el córner con una enorme sonrisa, la rodeaban a Tita y la abrazaban. A veces hacían como que la apretujaban. Decían que les daba suerte.

– ¡Dejensé de embromar, che...!

Tita hacía como que se enojaba. Pero los esperaba. Y mucho más esa noche crucial.

Pero las cosas no empezaron nada bien. Un pedrazo lanzado desde la tribuna contra el arquero Ronnie Simpson durante el precalentamiento presagiaba la tormenta. No pudo jugar. Tuvo que ser reemplazado por el suplente John Fallon. El partido se disputó igual, como si no hubiera pasado nada. Los escoceses ardían de la bronca.

Todo fue distinto esta vez. Racing parecía el Celtic y el Celtic se asemejaba más a aquel Racing de Glasgow. La Academia lo arrinconó pero Tommy Gemmel de penal, a los 21 del primer tiempo, puso en ventaja a los escoceses. Se venía la noche.

Tita confiaba en sus chicos. Norberto Raffo a los 33, empató el partido tras un centro desde la derecha y ella supo entonces que estaban a solo un paso del cielo. Faltaba un gol más para forzar un desempate. Racing era una tromba. Pura fuerza, poco fútbol.

Tita rezaba en el córner. La gloria era como esa sogá llena de broches que le costaba tanto alcanzar. Había que es-

tirarse en puntas de pie para poder colgar las camisetas. A Racing le faltaba ese último esfuerzo para alcanzar la soga. Entonces se fue hasta su casa, se cambió de ropa y volvió a salir a la cancha.

Y los chicos no la defraudaron. Enseguida el “Chango” Cárdenas, a los 48, le regaló el 2 a 1. El delirio abrazó entonces a los 120.000 espectadores que llenaron el estadio Presidente Perón. Tita estaba afónica. Una marea de fotógrafos invadió la cancha para inmortalizar el festejo del goleador. El Chango corría desaforado y los flashes iban detrás. Pero el goleador santiagueño sabía bien a dónde iba. Quería buscar a Tita.

Entonces salió corriendo para abrazarla. Pero nunca pudo llegar a donde estaba ella. En ese tiempo a los soldados de uniforme se los dejaba entrar gratis a la cancha y como no había lugar los acomodaron dentro del campo. En su camino hacia los brazos de Tita, el Chango fue secuestrado por una maraña de soldaditos y jugadores. A dos metros estaba ella. El Chango la miraba a Tita y la veía gritar, sonreír. Nunca la había visto tan contenta. El goleador finalmente se dio por vencido y le empezó a tirar besos y ella le gritaba:

– “¡Sos un grande Chango! ¡Vamos que ganamos! Vamos a salir campeones!

Racing se había ganado el derecho de jugar un partido desempate en Montevideo tres días después.

Tita estaba eufórica. Había gritado como nunca los goles. Su cara redonda, con su flequillo infaltable, era conocida no sólo por los hinchas de Racing. La revista Gente le había dado otros cinco minutos de fama entre la gente ajena al fútbol. Y Ardizzone la había catapultado al estrellato del racinguismo. Trascendía las fronteras del club. Esa misma noche, en medio de los festejos, le hicieron una entrevista para la televisión.

El periodista Leo Gleizer la buscó por todos lados hasta que la encontró. Le pidió una nota y ella se sonrojó.

– ¿A mí? ¿Hágasela a los chicos?

– A usted, Tita, a usted.

El periodista quería saber cómo había sido la estadía en el Reino Unido. Tita lucía algo tímida, como siempre, pero su gorra con los colores de la Academia le daba un superpoder especial. James Bond ya había sentido todo su rigor. Se sentía parte del triunfo.

– ¿Tita, en Londres (en Glasgow) sufrió mucho usted?

– Y muchísimo, pero ese partido fue para estudiarlo.

¿Vio cómo le ganamos acá?

– ¿Lloró en Londres?

– Un poquito, pero no... como tengo tanta confianza no hay dos sin tres. El otro (partido que se jugaría tres días después en Montevideo) lo ganamos también.

– ¿Y esta tarde lloró?

– De alegría sí.

– Un poquito ¿es cierto?

– Sí.

– ¿Qué le dijo a los muchachos a medida que iban llegando aquí a su casa?

– No, los felicitaba, pero como estaba emocionada no me salían las palabras.

– ¿Vio el partido?

– Sí, lo vi ahí adentro de la cancha

– ¿Gritó los goles?

– Uhh, muchísimo

– ¿Por eso está tan afónica?

– Un poco, sí.

– Chau Tita

– Chau, gracias eh!

Tita ya era un pedazo enorme de la historia del club

¡ Tita y los pibes del bar Oriente ¡

La bandita de pibes se escapaba del colegio cada vez que podía y se mandaba enseguida para Racing. A principios de los años 40 cualquiera podía entrar al estadio sin pedir permiso. Y mucho más si eran chicos del barrio. Había portones, sí, pero estaban siempre abiertos. Allí iban a jugar a la pelota los hermanos Hugo y Roberto Fresco, Lito Trabucco, Tito “Repollo” Castelli y Roberto Di Santo, que vivía enfrente.

Y no importaba de qué equipo eran hinchas. Los hermanos Fresco eran un caso especial. Hugo, enfermo del rojo y Roberto, que llegó hasta la tercera de Racing antes de emigrar a Bolivia, donde jugó en el Ferroviario y The Strongest, se desvivía por la Academia. Trabucco era de Boca, di Santo de Lanús y Repollo de Independiente.

Los pibes, todos de entre seis y ocho años, pateaban un rato en una canchita improvisada en lo que hoy es el estacionamiento del estadio antes de ir a tomar la leche en lo de Tita.

Allí la bandita de chicos de Avellaneda desayunaba entre las sonrisas de una veinteañera Tita, que iba y venía de la casilla a la cancha. Los pibes se quedaban solos tomando la leche. Don César y Doña Ida siempre los recibían con el mismo rostro amable de su hija. La casilla de los Mattiussi era un anexo de sus casas.

Tita y los pibes crearon un vínculo especial. Los hermanos Fresco iban a ver a Racing, aunque Hugo hinchaba para la contra. En esos tiempos la rivalidad era otra cosa, sin odios ni rencores, puro folclore y buena vecindad.

Una tarde de 1946 Tita llevó a Hugo a la cancha de la mano a ver el clásico de Avellaneda en la platea de la vieja cancha.

Roberto, dos años mayor que su hermano, prefirió la popular. El partido venía torcido para Racing hasta que el árbitro cobró un penal para la Academia. Era la posibilidad del empate.

Al lado de Tita había un hombre que palpitaba el gol más de la cuenta. Pero Osvaldo Simonetti, el arquero de Independiente, atajó el tiro de los 12 pasos. Tita se agarró la cabeza, Hugo festejó con el puño apretado y el vecino de platea se murió ahí nomás de un infarto. No pudieron salvarlo ni Tita ni los médicos que vinieron a socorrerlo. El Rojo ganó 3 a 1.

Hugo Fresco, clase 1934, era el más apegado a Tita. Llegó a ir con ella a Rosario en tren, con toda la barra de la Academia, en un partido con Newells en los años 50. Independiente tenía fecha libre y Huguito, como le decía cariñosamente ella, quería ver a su ídolo Vicente de la Mata, que había cambiado el Rojo por la Lepra.

En los vagones Tita era la única mujer. Todos la conocían, todos la protegían. Y Huguito pensaba:

– ¡Pobre el que se le ocurra sobrepasarse con la Tita!
¡Lo matan!

Los años pasaron y la bandita de pibes nunca se desintegró. Se mantuvo unida y siempre ligada a Tita. Roberto se marchó a Bolivia, Di Santo jugó en Lanús, Unión y Dock Sud y la barra se seguía viendo todas las noches en el café Oriente, que más tarde se rebautizó La Real y hoy es conocida como Pertutti, en 25 de Mayo y Avenida Mitre.

En los años 60, casi todos los días a eso de las siete y media de la tarde, Tita aparecía en el Oriente a comprar “la sexta”, la última edición del día del diario Crónica. En una época donde internet ni siquiera sonaba a ciencia ficción y no existían el cable o los canales de noticias, los argentinos se informaban con la radio, los diarios o los noticieros de TV.

Pero los que querían conocer las últimas noticias es-

peraban la “quinta” edición de los diarios Crónica y La Razón que salía por la tarde. Sin embargo la “sexta” era la más esperada por todos los fanáticos del fútbol. Llegaba a los kioscos a eso de las ocho de la noche y los domingos, en especial, les garantizaba una rápida cobertura de todos los partidos de fútbol que se habían jugado algunas horas antes, a veces con solo un título rimbombante que invitaba a la lectura rápida sin mucho contenido. Algo muy simple como “Ganó Racing” a seis columnas y una fotografía en blanco y negro de un festejo de gol.

Tita siempre se pegaba una vuelta temprano por el Oriente a propósito, una hora antes de que llegara la Sexta. Entonces se tomaba un cafecito en el bar con esos mismos pibes a los que veinte años antes les servía la leche en su casa. Allí estaba Huguito, Di Santo, Trabucco, Repollo y hasta el canillita Juan García, que se acomodaba en la mesa a la espera de los diarios. Roberto caía cuando volvía de vacaciones de Bolivia.

En esa mesa hablaban de todo. De fútbol, de la vida y hasta de amores. Tita era la única mujer del grupo. Y aunque tenía quince años más en promedio que el resto llegó a confesar algún amor no correspondido. Antes del horario de la cena Tita se marchaba. Pero no se iba sola. Di Santo, que vivía a pocos metros de la cancha, la acompañaba hasta su casa.

Tita siguió yendo al bar a buscar “la sexta” y tomarse un cafecito con los muchachos, aunque cada vez más esporádicamente, hasta inicios de los años 80. Huguito la invitó a su casamiento en 1967, pero Tita no quiso ir. No le gustaban las fiestas. Pero sí mandó un lindo regalo cuando los mellizos Hugo jr y Marisa vinieron al mundo.

Huguito dejó de ir a la cancha de Racing cuando la cosa se puso fea y la violencia terminó con la buena vecindad. Incluso dejó de ir a la casa de Tita por temor a que alguien le dijera algo por ser hincha de Independiente. Pero nunca

dejó de verla por las calles del barrio. El diálogo sencillo siempre terminaba en el mismo laberinto:

– ¿¡Todavía sos de Independiente!?! ¿No aprendiste nada che! ¡Mirá si te habré servido tazones de leche con Toddy y vos todavía del rojo Huguito!

Tita y Hugo Fresco se siguieron encontrando siempre por ahí. Hasta el último día.

¡ Tita y la revancha de Montevideo ¡

– Fuiste a Escocia... ¡mirá si no vas a ir a Uruguay!

– ¡Más vale que voy a ir! ¡No me lo pierdo por nada en el mundo!

Tita tenía a Montevideo atragantada desde la final perdida por la selección argentina en el Mundial de 1930. Tenía entonces 10 años, pero no se olvidaba de esa dolorosa derrota 4 a 2 en el Centenario. Racing tenía que regalarle Montevideo.

Fueron días de nervios. Lavó todas las camisetas, las colgó en la soga en puntas de pie, planchó cada una con esmero y dedicación, preparó los desayunos, las meriendas, escuchó las charlas de los muchachos, las bromas, las risas, les hablaba, los arengaba, era una más.

Los jugadores entraban a su casa sin tocar. Y la heladera era de todos. Allí guardaban hasta el Vermú que Pizzutti les permitía tomar. El DT se reservaba otra cosa: un vasito de whisky.

La casa de los Mattiussi era la casa de todos. Era un club dentro de un club. Allí se gestó el Racing del 67. Ya lo había escrito El Gráfico en otra nota sobre los preparativos de la primera final: “La animación del grupo se hace más notoria con la presencia de Tita, la “madre” de todos. El reco-

nocimiento de Cárdenas con un abrazo”, decía el epígrafe de una fotografía en la que Tita lucía elegante muy bien custodiada por el Chango.

Nadie podía concebir a ese equipo sin Tita. Era un mundo de hombres y ella lo conocía muy bien. Ya no estaban “Ochoíta”, Paternoster, Perinetti, Reyes, Croce, pero allí pasaban el Coco Basile, el Mariscal Perfumo, Cejas, el Panadero, el Bocha Maschio, el Chango Cárdenas, Raffo, Rulli, Mori... Hasta Pizutti, a quien Tita quería como un hermano del alma.

Esos días fueron una locura. Tita salía a hacer las compras con el dinero que le daban los jugadores. Queso, dulce, facturas, pan, jugos, vermú, café, leche, galletitas. Cada uno tenía sus gustos. Y ella lo respetaba. Pero Perfumo la volvía loca. Si ella le servía café entonces pedía té. Si le daba té entonces cambiaba a café. Si había jugo quería gaseosa, si le servía medialunas quería bolas de fraile. Se mataba de risa.

– Dale, nene. ¡Me vas a volver loca!

Tita los distendía. Les quitaba presión. Los jugadores se divertían con ella, nunca a costa de ella. Rulli atraía con pan a Cecilio, el caballo de Tita, hasta la puerta de la casa. Y entonces todos se metían dentro para ver el espectáculo. El caballo quería más pan y se mandaba al hogar de los Mattiussi. Y doña Ida estallaba:

–.¡Sáquenme esto de acá! ¡Tita, sácame a Cecilio de la casa!

Y Tita venía corriendo desde el lavadero. Se hacía la enojada.

– ¡Ché, a ver si se dejan de embromar con Cecilio!

Las risas se escuchaban hasta en la cancha de Independiente. Y si no era el caballo, eran los conejos. Siempre había alguno que se divertía abriéndole la jaula y allí iba Tita a correrlos por el estadio. La cacería, con los innumerables perros que completaban la escenografía, ya era un ritual. Pa-

recía la caza del zorro en la campiña inglesa. Al final Tita se reía y los “chicos” la abrazaban. Los gatos, los tantos gatos de los Mattiussi, miraban sin entender tanto alboroto.

Esos días los muchachos le hicieron otro regalo. Llegaron a la casa con una caja enorme. Tita no lo podía creer. Era un televisor blanco y negro. La primera TV que tuvieron los Mattiussi. Para la TV color tuvo que esperar un poquito más: se la regalaron el vasco Julio Olarticoechea, Juan Barbas y Gabriel Calderón cuando fueron convocados a la selección en los 80.

Tres días después del triunfo por 2 a 1 en el Clindro, Tita viajó a Montevideo. La invitaron los jugadores. La acompañaron decenas de miles de hinchas. Fue un partido difícil. Los nervios se multiplicaron. Estaba arropada por miles de racinguistas, pero se indignó con la hinchada uruguaya. Pensaba que alentarían por Racing, pero lo hicieron por el Celtic.

El partido fue durísimo. A los 37 del primer tiempo se fueron expulsados el Coco Basile y Bobby Lennox. Cuando el Coco se iba al vestuario sintió miedo y dudó del triunfo. En la cancha se quedaba Johnston, “ese petiso infernal” que había vuelto loco a su amigo el Panadero.

Tita volvió a cambiarse en el entretiempo y esta vez la cábala sí dio resultado. A los 48 el Celtic se quedó con 9 por otra expulsión: afuera Johnston. El Coco respiró aliviado.

Hasta que a los 56 cambió la historia. Luis María Carbone (hijo), nieto del histórico y homónimo presidente y fundador de Racing y sobrino nieto del socio número uno del club, Alejandro Carbone, no dejaba de mover las piernas en esa cómoda platea del Centenario. Los nervios se lo comían.

Y cuando Rulli se la pasó a Cárdenas y vio que el Chango se preparaba para dar el zapatazo pegó el grito:

– No patiés la puta que te pa... goooooooooooooooooooooooooool!

Tita fue testigo de ese enorme misil del “Chango” Cár-

denas que le dio a la Argentina su primer campeón mundial. Lloró, se abrazó con todos. Se agarraba la cabeza, quería entrar a la cancha, besar a los jugadores.

Y entonces se dedicó a rezar, a esperar que el paraguayo Rodolfo Pérez Osorio le dijera que su Racing era campeón mundial. Tita se sintió más cerca de la gloria cuando a los 74 expulsaron a otro escocés, John Hughes. Celtic jugaba con 8, Racing con 10. Pero Rulli encendió una alarma cuando vio la roja a los 80. Tita vivió entonces los diez minutos más largos de su vida. A puro rezo y pasión.

Hasta que el árbitro paraguayo pitó el final. Llanto, abrazos, alegrías, desborde. Fue, sin dudas, el día más feliz de su vida. Ahí estaba ella, mirando con lágrimas en los ojos cómo sus “chicos” daban la vuelta olímpica. Había parido otro hijo: la Copa Intercontinental.

- Qué alegría, Dios mío. Pude ver a Racing campeón del mundo. Todos los muchachos, después de cambiarse, vinieron a verme. “Gracias, Tita, usted nos llenó de fe”, me dijeron. ¡Qué quiere que le diga! Me puse a llorar como una nenita. Es lindo recibir tanto cariño (19).

El regreso a Buenos Aires fue una locura. Y el viaje hasta Avellaneda aún más. En los puentes de la antigua Avenida General Paz había hinchas con banderas de otros clubes. Tita jamás olvidaría el recibimiento cuando el plantel llegó a Ezeiza, el viaje a la cancha, la gente en la calle, el estadio repleto.

- Sabe lo que fue en Montevideo, hermoso. Y al llegar acá estaba la cancha repleta, repleta de gente. Qué lindo. Qué lindo. Eso no se puede olvidar nunca. Nunca me olvido de eso. El camino de Ezeiza hasta acá fue maravilloso. Toda

la gente. En Barracas me acuerdo que hasta salió la novia con el novio vestido a saludar. Por el camino salían los cocineros. Nunca pasó lo que pasó esa vez, nunca. Y yo no me voy a olvidar. Al llegar acá la cancha repleta. Hermoso estaba todo. Hermoso (20).

Tita volvió en el micro que trasladó a los jugadores a la cancha. Estaba emocionada. Se abrazaba con todos.

Racing había recuperado la gloria de la década del 10, los tiempos de su infancia. La Academia volvía a ser la Academia. Tita estaba casada con Racing. Jamás imaginó que pasaría tanto tiempo hasta volver a festejar otro título. Nunca.

Tita estuvo entre los 900 invitados de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) en el homenaje a los campeones el 19 de diciembre de 1967 en los salones de la Sociedad Rural. No podía faltar. Allí estaban los héroes de ese presente de gloria, sus “chicos” y otros próceres como Antonio Capurro, uno de los fundadores del club.

A sus 81 años, Capurro le decía a un jovencísimo periodista Julio Ricardo que este título intercontinental “lo he vivido tanto que hasta me he perjudicado la salud, al extremo que los médicos me quieren parar, a lo que me opongo”.

Capurro conocía bien a Tita desde que nació. Estaba eufórico. Más eufórico que un año antes, cuando quiso entrar a caballo a la cancha para festejar el campeonato local de 1966.

– “Porque fue a caballo como llegué (en 1903) a esa reunión bajo los Cuatro Ombúes que dio el nacimiento al Racing Club”.

Tita sonreía. Después de todo ella también amaba a los caballos.

¡ Patee El Haiek, patee ¡

– ¡Patee, patee!

El delantero Fernando González desbordó por la izquierda y tiró el centro atrás al borde del área. Los defensores de Vélez, el gran candidato al título, se habían jugado todos al primer palo y Miguel El Haiek, el sorprendido volante central de las inferiores de Racing, recibió solo frente al arquero. Era la última jugada de la final del torneo de cuarta división. Barro, lluvia, campo pesado. Fines de los 70.

El partido había generado enorme expectativa. Tita estaba detrás del arco con Oscar, el cocinero de la pensión, y gritaba desahogada.

– ¡Patee, patee!

El empate estaba clavado 2 a 2 en Avellaneda. Pero El Haiek no pateaba, la acomodó con la derecha y miró al arquero. Tita se desesperaba cada vez más detrás del arco. Una eternidad en apenas segundos. Los jugadores de Vélez salieron al cruce y finalmente le dio de rastrón antes de que llegara la primera pierna.

Tita aguantó la respiración. Oscar tenía la boca abierta. El arquero se tiró a su derecha y la pelota iba en cámara lenta. El Cilindro se detuvo por un instante. Nadie respiraba. Perinetti y Ochoíta miraban desde el cielo. El Haiek estaba paralizado. Los jugadores de Vélez se iban desmoronando uno a uno en el área. González, desde la izquierda, levantaba los brazos. Los suplentes saltaban de la banca y palpitan la gloria. La pelota entró mansita mansita por el segundo palo. Golazo, 3 a 2 y Racing campeón.

El Haiek salió como una tromba a gritarlo. Mientras corría sin rumbo por el área los vio. Allá estaban los dos, Tita

y Oscar, abrazados como dos locos detrás el arco, dando saltitos de alegría. Oscar con su voz grave y firme; Tita, con su tono agudo y “finito”. El sorpresivo goleador escucha aún hoy claramente ese grito de gol de Tita....

El partido terminó enseguida. Abrazos, festejos, vuelta olímpica, cánticos en el vestuario y en la pensión. Después de ducharse, los chicos de Racing salieron con una sonrisa. Tita esperaba a El Haiek en la puerta y ahí mismo, con su voz inconfundible, lo retó:

– Dígame Elaié, ¿usted quiere matarme de un ataque al corazón?

¡ Me casé con Racing ¡

El mundo Racing se empeñó con los años en quitarle a Tita toda su femineidad, su rol como mujer, su costado sexual. Para todos, Tita estaba enamorada de Racing. Ciegamente enamorada. Ella lo decía siempre que podía. No había secretos. Pero los mitos y leyendas sobre su vida amorosa recorrían los pasillos del Cilindro.

– Yo estoy casada con Racing.

Era un matrimonio difícil, de los de antes. Racing la enamoró de chica, le llevó flores, cautivó a sus padres, la llevó de domingos, regalos, copas, amigos, la llevó de Luna de Miel a Escocia, le dio una casa modesta en el mejor lugar del mundo y un montón de hijos. Pero también la maltrató, con un destrato de esos que una mujer no debe perdonar nunca y que ella toleraba solo por su profundo amor, una fidelidad extrema. Lo malo... lo olvidaba.

Racing se aprovechó de ella. Pero Tita nunca habló mal de Racing. Ni siquiera de algún dirigente que tanto daño le hizo al club y la dejó sola. Ella hablaba bien de todos. Aún

en los peores momentos... Cuando el equipo se fue a la B, cuando dijeron que Racing había dejado de existir. Siempre creía en la gente. Y nunca insultaba. A nadie.

– Son buenas personas.

Para ella era suficiente con ser hincha de la Acadé. En el este, en el oeste, en el norte y en el sur, brillará blanca y celeste, la Academia Racing Club. En su mundo ser hincha de Racing era todo. Si no le pagaban durante seis meses refunfuñaba por los pasillos, la pasaba mal y comía por la generosidad de los futbolistas de primera que le regalaban una vida austera. A veces los corría para devolverles los billetes que le dejaban escondidos bajo el mantel. Ella agradecía con vergüenza. El sueldo era magro y esporádico, pero jamás pensó siquiera en mandar un telegrama de intimación.

– No me pagan....

Y aunque podía hacer lo que quisiera en el club, porque a ella nadie le negaba nada, jamás se aprovechó. Luis Dorigo, uno de los hijos de su primo Hermes, de niño siempre le pedía que le regalara una pelota o una camiseta, pero ella siempre le respondía:

– No puedo, Luisito. Son del club.

Entonces don Cesar se aparecía a escondidas con una vieja pelota oficial, algo gastada, y se la regalaba a Luisito, pero con una advertencia:

– ¡Ni se te ocurra decirle a Tita!

Luis iba siempre a la cancha con Hermes a dos plateas que le conseguía Tita, cortesía de los jugadores, pero ella hacía la cola en las boleterías, como cualquier hincha, para comprar de su bolsillo los obligatorios “bonos contribución” que imponía el club en la época.

– ¡Vos no necesitás comprar los bonos, Tita!

– Sí, callate. Dame dos.

Los campeones del 58 y del 61 no le conocieron no-

vios. Los del 67 tampoco, pero hablaban entre ellos de que Tita había tenido un festejante de muy joven. Pero nada más. Juan Carlos “Pelugo” García, que hizo las divisiones inferiores en Racing a fines de los 40 y que más tarde trabajó varios años en el club, recuerda que era una mujer atractiva y que varios muchachos le andaban atrás.

Quienes la conocieron en esos años sabían muy bien que Tita había vivido una profunda historia de amor con el futbolista Alfredo Díaz. Y que esa aventura, que incluyó planes de casamiento, había terminado muy mal para ella. Pero al pasar el tiempo ese romance viró en mito.

En los 50 algunos de sus amigos aseguraban que estaba “muerta” por el “Colorado” Alberto Rastelli, seis años menor que ella y que llegó al club en 1949 en la época dorada del tricampeonato. Incluso algunos sospechaban que “algo” había pasado.

– Si le dieran a elegir, ¿no preferiría casarse y tener hijos?

– Como no lo probé, no lo sé. A mí me gustaría repetir mi vida en Racing. Yo me casé con Racing.

– ¿Nunca tuvo un noviazgo largo?

– No, le juro.

En un reportaje con la revista Racing, poco antes de su muerte, Tita se despachó con una respuesta ambigua. No negaba haber tenido un novio, solo que no había sido “largo”. Pero su inolvidable romance con Alfredo había durado más de un año. Y ella explicaba:

– Yo me dediqué a esto, a Racing, y a los jugadores que eran todos novios míos (risas). Yo con los chicos tengo todo el cariño que se puede pedir. Racing es todo para mí.

Pero hubo más sospechas. A fines de los años 60 sus misteriosas escapadas a la cancha de Banfield para ver los partidos del Taladro cuando Racing jugaba de visitante des-

ataron toda una serie de especulaciones.

– ¿A quién vas a ver a Bánfield? Picarona...

– Déjense de embromar, che.

Tita, como siempre, hacía que se enojaba. Pero nadie entendía el porqué de su amor repentino por Bánfield.

– Voy a ver a amigos.

Tita había entablado una relación con Luis “Nene” Maidana, una gloria de Banfield que había llegado en 1964 a Racing, donde jugó un año y volvió enseguida al Taladro. Había estado apenas un año en el club. Y lo iba a ver a él.

– “Sí, sí, venía a veces. Teníamos una linda amistad. Era una gran persona. Me apreciaba mucho”, dice hoy el “Nene” Maidana, todo un caballero.

Los amigos más cercanos de Tita, quien ya tenía más de 50 años auestas, sabían que sentía algo especial por ese jugador que deslumbró en Bánfield y que era mucho más joven que ella. Tita tenía once fotografías guardadas del “Nene” Maidana. Y de distintas épocas. Grandes. Ninguna firmada. De su etapa en Racing, de su paso por el Taladro y del final de su carrera en Huracán. Las coleccionaba. Lo seguía. Lo admiraba. Maidana no conocía la historia de esas fotos. (21)

El Gráfico reunió a la familia Mattiussi para un reportaje publicado en el número del 15 de mayo de 1973. Allí la revista juntó a Don César, Doña Ida y Tita con amigos de todas las épocas. Estaban El “Tucho” Méndez, “Tito” Pizzuti, el “Nene” Maidana, Rubén Sosa y el “Coco” Basile. En unas de las fotos Tita aparece en su casa sirviendo café para sus amigos. El epígrafe lo dice todo: “Tita y el rito del café... El Coco Basile, Rubén Sosa, el Nene Maidana. Con Maidana hay un especial afecto. Ahora juega en Armenio. Y allí va Tita, como antes iba a Bánfield”.

(21) Las 11 fotos del Nene Maidana estaban entre los recuerdos más queridos de Tita, Hoy están resguardadas en el Archivo Histórico del club.

A fines de los 70 y principios de los 80, los pibes de la pensión también hablaban de que Tita había tenido un novio, una leyenda que había pasado de generación en generación, de boca en boca, por los pasillos del Cilindro. Pero el mito se alimentaba además con una historia: Tita había estado a punto de casarse de joven allá por los años 40 con un señor de apellido Olazabal. Y que el galán en cuestión la había dejado plantada en el altar. No estaban tan equivocados.

Nunca nadie se animó siquiera a sugerirle algo. Menos a preguntarle. A mamá Tita se la respetaba. Y no era cosa de dar crédito a cualquier chisme. Pero el mito estaba. Incluso, uno de los pibes de la pensión de entonces jura que conoció al tal Olazabal en la casa de Tita, un hombre canoso, mayor, serio, que una tarde se apareció por Racing a tomar unos mates con ella.

En 1994 el periodista Fabián Polosecki, más conocido como Polo, la entrevistó para su recordado programa “El Otro Lado” que se emitía en el canal estatal conocido entonces como ATC. El programa la muestra a Tita melancólica cuando Polo bucea en su vida amorosa.

“Entre tantos hombres –se escucha decir a Polo en off– solo se pronunciaba el nombre de una mujer. Tita se ocupaba de los chicos de las inferiores como si fueran sus hijos hasta que llegaba el momento de despedirlos”.

Y enseguida Polo produce un ida y vuelta íntimo:

– ¿Y los extraña usted?

– Sí. ¿Sabe por qué los extraño? Porque me gusta mucho el fútbol, me gusta ver las prácticas y más los partidos. Entonces es lo que más me gusta: el fulbo... Será porque nací en una cancha de fútbol y porque siempre viví entre jugadores. Yo siempre viví entre jugadores

– ¿Y cómo que nació en la cancha? ¿Acá en Racing nació usted?

- Sí, en Racing.
- ¿Pero no en el hospital?
- No, en una casa. Antes era tribuna de madera.
- ¿Y entonces?
- Y nací (...) Siempre mis padres atendían a los jugadores y yo seguí, seguí lo que hacían ellos. Mi padre era canchero. Mi mamá atendía en el lavadero y yo seguí. Por eso yo digo que me parece que yo tengo la sangre azul y blanca ¿no? Lo quiero mucho a Racing. Es mi vida. Fue mi vida. Y hasta que muera es mi vida.

- ¿Tiene hijos usted Tita?

- No, yo soy soltera. Nunca me casé. ¡¡¡Yo sabía que iba a llegar a eso!!! ¡Cómo me cargan! ¡Me cargan! Yo me casé con Racing.

- ¿Sí?

- Yo tuve muchos amigos, siempre conocí (...), pero siempre... no pensé nunca ¿vio? y ahora llegué y estoy sola.

- ¿Nunca se enamoró de ninguno?

- No (Tita chista con melancolía tras negar a Alfredo)

- Y tanta atención a los jugadores... habrá sido eso.

- Y tiene que ser así porque siempre estuve entre hombres, entre los jugadores (Tita se ríe nerviosa)

- ¿Y nunca en ningún momento de su vida pensó ´me voy a casar´?

- Y uno no piensa ¿vio? No me habrá llegado (...). Mi destino sería así (Tita vuelve a chistar con resignación). Y bueno...

- ¿Y por qué dice que se casó con Racing?

- Y claro, me quedé con Racing (Tita se ríe)

El programa de Polo trató de ahondar en su vida amorosa, pero ella levantó un muro infranqueable. Y se la vio nerviosa porque ¡sabía que le iban a preguntar de eso!

Todos estos mitos en la vida de Tita Mattiussi mezclan

verdades con leyendas. Tita fue, ante todo, una mujer. Una mujer que amó y sufrió por amor. Y que abrazó a Racing como el gran amor de su vida.

Ella misma contó su historia en un programa de TyC Sports que la retrata tímida y serena. Allí dice que se llama “Elena Margarita Mattiussi, pero todos en realidad me conocen por Tita. Nací acá en Racing. Toda mi vida la pasé en Racing. Pasé muchas alegrías, pasé muchas tristezas, sinsabores, pero eso... lo olvido. Yo recuerdo lo bueno. Todos los muchachos buenos que pasaron por acá. Malos ninguno, porque solamente ya por vestir la camiseta de Racing ya los consideré amigos, hijos, hermanos. Y espero que ... no sé si me llamará Dios o el Diablo, seguir acá en Racing... los quiero mucho. Es mi vida. Toda mi vida en Racing. Espero seguir hasta que pueda. Yo me cuido para eso. Tenemos un destino, dicen, marcado. Espero que no sea pronto. Que me deje ver a Racing otra vez ahí arriba”.

¡ Tita – Preparen, apunten, fuego ¡

La última dictadura militar dejó un tendal de desaparecidos hinchas de Racing (22). Eran tiempos oscuros. Tita estaba protegida por las paredes del estadio “Presidente Perón”, un nombre que provocaba el odio de los asesinos de turno. Pero era más una protección de cartón pintado de celeste y blanco. Nada detenía la marcha de los genocidas. Y ella lo sabía bien.

Tita cuidaba a sus pibes. Pero no podía defenderlos de una dictadura. A los chicos de las inferiores, cada vez que salían, los apuntaban con los fusiles en los alrededores del estadio y ellos entonces se acostumbraron a pegar un grito:

(22) Ver Los Desaparecidos de Racing de Julián Scher.

– ¡Somos jugadores de las inferiores de Racing!

Los soldados, con el tiempo, llegaron a reconocerlos, aunque siempre pasaban algún susto con las manos en alto. Por eso Tita no le daba permiso a nadie para salir solo de la pensión, salvo que tuvieran un “salvoconducto” familiar. En esa época, durante la semana, los pibes solo dejaban el estadio para ir a la escuela de la calle Belgrano, donde estudiaban, o cuando iban en procesión a ducharse a la sede si no había agua caliente.

Los chicos esperaban entonces que Tita los invitara a hacer las compras con ella al supermercadito de Don Aurelio, en la Avenida Mitre y Piaggio. Era un honor ser “elegido” para la tarea. Y para allá iban varios a pasear, al menos por un rato, con las bolsas llenas de comida. Eran chicos de pueblos muy pequeños del interior. Algunos del campo. El centro de Avellaneda era Disney.

En la cancha vivía también Osmar Orestes Corbatta , el legendario delantero de Racing a quien Tita quería como a un hermano. Al inolvidable delantero campeón le gustaba salir con su amigo Rafael Barone. Y a veces, cuando la veía a Tita antes de ir a vagabundear por ahí, le pegaba un grito:

– ¡Ya no tomo más, eh! Ella meneaba la cabeza.

Las noches en la pensión eran aburridas. Las cartas y algo de música de una vieja radio Spica rompían la monotonía después de cenar. Pero la oscuridad era íntima amiga de Corbatta, quien solía escabullirse todas las noches en busca de un trago.

Hasta que en la madrugada del 22 de febrero de 1977 Racing se estremeció. Olimpio Concepción Vera y otros muchachos no querían acostarse temprano. Entonces, sin que Tita se diera cuenta, se escabullían hasta el primer piso y se aferraban a esa especie de reja que protegía el pasillo circular que daba vuelta por todo el estadio a unos metros del suelo.

Allí iban algunos chicos a divertirse. Esperaban agazapados a sus víctimas. La noche les daba la impunidad que necesitaban. Cuando una parejita se divisaba a lo lejos empezaban a codearse.

– Ahí viene una.

Los enamorados se acercaban de la mano, muy acaramelados y trataban de esconderse en un rincón oscuro. Primero se besaban, después se acariciaban... Los chicos enjaulados contenían el aliento.

– Perá, perá... Todavía no.

La parejita estaba a punto. Las manos volaban por los rincones. Se escuchaban los gemidos. Cuando el pibe empezaba a desabrocharse los pantalones y a ella se le iba deslizando la bombacha, los pibes atacaban desde arriba:

– ¡Eh, paren de coger! ¡Jajaja!

Los enamorados se subían rápido los pantalones. El muchacho, todavía tibio, lanzaba insultos al aire y la chica se escondía avergonzada. Los dos se iban rápido del Cilindro.

– ¡A coger a otra parte!

Pero esa noche de calor intenso no se acercaban parejitas. Olimpio Vera ya comenzaba a aburrirse. Oteaban el horizonte y nada. Avellaneda era una amplia sabana africana pero sin presas. A los 16 y 17 años, los pibes de inferiores no tenían cómo entretenerse...

En la pensión grande, a unos 30 metros de la casa de Tita, los chicos jugaban al Tute. Ya había pasado la medianoche y el calor sofocaba. Se divertían. Se reían. Jugaban. Tita dormía en su casa.

Hasta que sucedió. Todo pasó tan rápido que ninguno pudo siquiera decir una palabra. Olimpio, desde el primer piso, escuchó ruidos y de pronto vio como un camión llegó de la nada. Se paralizó allá arriba. No era la parejita que esperaba para divertirse.

De pronto se escucharon un par de gritos, órdenes secas de militares que bajaron a los empujones a varias personas.

– ¡Dale, dale, dale...!

Desde arriba, a pocos metros del lugar, no se veía bien si estaban vendadas o esposadas. Enseguida los pusieron contra el paredón de la cancha. No corría ni una brisa. Los vecinos dormían. Olimpio estaba detenido en el tiempo. A unas cuadras, protegidos entre las sombras, Corbatta y Barone volvían al estadio (23).

En la pensión Jorge Castillo se quedó quieto con las cartas en la mano. Era nuevo en Racing. Había llegado hacía apenas un par de semanas de General Roca, Río Negro. Todos los pibes estaban cerca de la ventana, en la planta baja, que daba a la calle Colón. Y entonces escuchó gritos de “terror” de mujer, a metros de distancia, separados apenas por una pared de concreto.

– ¡Milicos hijos de puta! ¡Milicos hijos de puta!

Los chicos se paralizaron. No estaban acostumbrados a la vida de ciudad. Eran pibes del interior, simples, ingenuos. Y se quedaron mudos.

Entonces se escucharon ráfagas de ametralladoras. Algunos de los pibes de la pensión subieron la escalera y se asomaron. Uno de ellos, de un pequeño pueblo de campo, vio al menos dos camiones llenos de soldados con cascos que iban agrupando a un montón de personas contra el paredón. Había gritos, insultos.

– ¡Milicos hijos de puta! ¡No tiren, no tiren!

Ese pibe aún hoy se estremece al recordar lo que vio y escuchó, tanto que prefiere resguardar su nombre. Pero está convencido de que no eran un puñado de personas las víctimas de la barbarie. Tiene la imagen de una veintena que se

(23) Ver “Corbatta, el wing, de Alejandro Wall.

iban agrupando contra la pared, como buscando protección entre ráfaga y ráfaga. Tal vez, entre los nervios y en la oscuridad de la noche, haya sumado víctimas y victimarios. Y todo en medio de gritos de desesperación, de odio, de muerte.

Así vieron cómo iban cayendo uno a uno al piso, heridos, ensangrentados, entre gritos de dolor y de espanto. Muertos. Fusilados.

El pibe, que años más tarde jugaría algunos años en primera, solo atinó a agachar la cabeza, como hicieron sus compañeros que lo habían acompañado a ver qué pasaba afuera. Entre ellos estaba Oscar Alejandro Biegler.

– Los bajaron a esos muchachos de los camiones. Los pusieron contra la pared (de la cancha). Y les hacían decir algo, una frase, no recuerdo qué, algo sobre la Patria. Y al decir esa frase los fusilaban y los dejaron ahí tirados como perros.

Nélida Salinas recuerda esas palabras que le dijo su hijo Oscar poco después de la matanza. Biegler moriría en 1991 en Guatemala después de jugar varios años en distintos clubes de México y Centroamérica.

Su viuda, María Fernanda Peralta, conoce bien la historia. Oscar también le contó lo que había vivido esa fatídica noche en Racing.

– Me dijo que habían fusilado a varias personas en una pared que era parte del estadio y lo asustado que estaba por la violencia. Los habían llevado en un vehículo, no recuerdo de qué tipo y los habían formado en la pared con las manos atadas y les habían disparado en un brutal fusilamiento.

Los militares actuaron rápido y en absoluta impunidad. Ni siquiera se fijaron si había una ventana abierta, si algún curioso se asomaba entre una cortina, si Olimpio, Oscar y otros pibes de la pensión miraban todo desde arriba, si otros chicos jugaban a las cartas detrás del muro. El terror y la impunidad oscurecían la grandeza de Racing.

Tita se despertó de golpe. El ruido de la metralla la hizo saltar de la cama. Escuchaba las ráfagas, los gritos y pensó en sus muchachos, en sus pibes. Mientras las balas rebotaban contra el paredón, se puso la bata. Fue hasta la puerta que comunicaba con el exterior y escuchaba los gritos cada vez más cerca. No sabía qué hacer, si abrir la puerta o correr hasta la pensión a proteger a los chicos.

Y en un segundo todo terminó. Los quejidos cesaron y el silencio cubrió la noche. Tita entonces abrió la puerta, caminó unos metros hasta la reja que entonces dividía el playón de la calle y se asomó apenas para ver qué pasaba. Y allí entonces se enfrentó con el infierno. Decenas de militares la miraban sin entender, cuerpos tirados en el piso, sangre por todos lados, olor a muerte, humo. Días después le contaría a su ahijado Miguel Angel Díaz, hijo de su prima Carmen:

– Escuché los tiros. Entonces abrí la puerta y salí a ver qué pasaba. Pero cuándo los milicos me vieron me apuntaron y me gritaron: ´métase adentro, métase adentro o lo matamos´.

Todo pasó muy rápido. Olimpio estaba viendo una película de acción donde los malos asesinaban a mansalva. A su lado, otros pibes como él solo atinaban a agachar la cabeza y esconderse. Tenían miedo de que los asesinos los vieran.

En la pensión el pánico se adueñó de todos. Los tiros pegaron contra esa pared que los protegía de la muerte. El ruido fue ensordecedor. Algunos se arrojaron al piso, otros salieron corriendo. El más chico de todos, que apenas llegaba a los 15 años, lloraba.

Afuera los militares seguían dando órdenes.

– ¡Dale, dale, dale...!

Nadie dijo una palabra. Los pibes que estaban en el primer piso se acovacharon lo mejor que pudieron. Temblaban. En unos minutos, los soldados se marcharon. Habían

fusilado a un grupo de detenidos-desaparecidos en las puertas de la cancha de Racing.

Olimpio corrió hacia a la pensión. Los otros pibes también. Corbatta y Barone llegaron poco después y vieron los cuerpos en el piso.

– Rajemos de acá – atinó a decir Corbatta (24).

El terror se había apoderado de la pensión de Racing. A unas pocas cuadras Eugenio Escobar volvía de visitar a su hermana. No había escuchado el ruido de la muerte, venía distraído y de pronto empezó a caminar entre vísceras y charcos de sangre. Los cuerpos habían desaparecido. Cucurucho, como lo conocían todos, vio agujeros en el muro. Los balazos aún estaban calientes. Entró corriendo a la pensión.

– ¿Qué pasó, loco? ¿Qué pasó?

Nadie decía nada. Estaban todos aterrorizados. Habían sido testigos del abismo. Algunos preguntaron por el linchera que solía dormir en las puertas de la cancha. Jamás lo volvieron a ver. Al poco tiempo llegó otro de los pibes, un basquetbolista que vivía con ellos en la pensión. Solo atinó a contar que se había escondido en la oscuridad cuando empezaron los disparos y que había visto todo (25). Los chicos no pegaron un ojo en toda la noche.

Tita estaba angustiada. A la mañana siguiente no paraba de hablar con los empleados del club y con los vecinos de lo que había sucedido.

–¡No sabe lo que pasó esta madrugada!

Todos fueron a ver el lugar de la matanza. Tita aún no lo podía creer:

(24) Ver “Corbatta, el wing, de Alejandro Wall.

(25) La periodista Micaela Polak logró entrevistar en 2018 al basquetbolista que vivía entonces en la pensión de Racing y le confirmó que fue testigo de los fusilamientos, pero pidió no revelar su nombre).

– ¡Mire, mire lo qué hicieron!

Los cadáveres no estaban. Alguien había baldeado. Aún se veían pedazos de cuero cabelludo incrustados en la pared, partes de vísceras desparramadas en el piso, en los muros, ríos de sangre, agujeros de balas por todos lados. La escena de una masacre. Los chicos se miraban. Seguían aterrorizados.

Olimpio no contó lo que había visto. Ni a Tita. Se guardó el secreto durante más de cuarenta años. Recién pudo comentárselo a su esposa varias décadas después. Pero el otro pibe que pronto llegaría a primera se decidió hablar con Tita. Necesitaba desahogarse, quitarse la angustia.

Tita lo escuchó con atención y, como una madre protectora, recurrió a su instinto:

– ¡Cállese la boca, pibe, no diga nada! ¡A nadie!

– Me salvó la vida... recuerda ese chico de inferiores más de 40 años después.

Ella sabía muy bien lo que pasaba. El 20 de agosto de 1976, casi cinco meses después del golpe cívico-militar, un operativo policial había irrumpido en la casa del hijo mayor de su primo hermano Hermes, Pablo Hermes Dorigo, en la esquina de Honorio Pueyrredón y Planes, en la Ciudad de Buenos Aires. Se lo llevaron a la rastra delante de su esposa Ana Matilde y de su pequeña hija, María Eva, por entonces de dos años de edad. Nunca lo volvieron a ver. Ni siquiera supieron a dónde se lo habían llevado. Pablo, que tenía 26 años, era contador, militaba en el peronismo y trabajaba como síndico en Canal 9. Se sospecha que descubrió un fraude en la empresa, que era estatal y había sido intervenida por los militares. En la noche de su secuestro las fuerzas represivas se llevaron todos los documentos relacionados a su trabajo. Pablo es uno de los 30.000 detenidos-desaparecidos. Tita estaba muy preocupada por él.

A la mañana siguiente de la masacre, temprano, los pibes fueron a comprar el diario. ¡Algo tenía que decir sobre esa matanza! Los chicos eran pura ingenuidad. Pero no, ni una palabra.

– Seguro que era tarde y no entró en la edición de hoy. Mañana van a decir algo.

Pero al otro día el silencio de la prensa era el mismo. Y al siguiente igual, y al otro día, y al otro, y al otro, y al otro... No querían ni mencionarlo, nunca, jamás. Los entrenamientos los distrajeran un poco. Volvieron a su rutina en la pensión y el calor agobiante de febrero sedaba esa adrenalina juvenil. Tita hacía el resto.

La matanza de Racing pronto cayó en el olvido. Quedó en la memoria de los testigos, de los vecinos, de Tita. Durante muchos años la marca de los balazos fue una huella indeleble del genocidio. Pero la lluvia se fue llevando de a poco la sangre. El tiempo se olvidó hasta del miedo.

Barone, el amigo de Corbatta, denunció la matanza en mayo de 2016 cuando fue citado a declarar en la causa del Primer Cuerpo del Ejército por un episodio similar y mencionó aquella noche de terror en la que estaba acompañado por el mítico delantero de Racing. Nadie le repreguntó sobre la masacre de la cancha. El hecho pasó de largo.

Hasta que el libro “Corbatta, el wing” de Alejandro Wall, retomó ese testimonio. La periodista Micaela Polak leyó la historia e investigó el hecho. Así pudo averiguar que las Fuerzas Conjuntas de la dictadura “informaron” entonces sobre la matanza.

Jorge San Félix, el entonces jefe de la sección Regional Lanús de la Dirección de Inteligencia de la Policía Regional de la Provincia de Buenos Aires, elevó un acta, pero su informe contrasta con lo que vieron Tita y los pibes.

El acta decía “que en el día de la fecha, siendo apro-

ximadamente las 01.40 horas, en circunstancias que fuerzas conjuntas recorrían la zona de Avellaneda, al llegar a la calle Colón, entre Alsina e Italia, observan que varias personas se hallaban pintando leyendas subversivas, referentes al grupo autodenominado Montoneros en las paredes del estadio Racing Club, allí ubicado. Que al impartírseles la voz de detención, los individuos contestaron con un cerrado fuego de armas automáticas, siendo apoyados por los ocupantes de tres automóviles que se hallaban en las inmediaciones. Que de inmediato es repelida la agresión por las fuerzas del orden, entablándose un nutrido tiroteo, por espacio de treinta minutos y que deja como saldo seis de los delincuentes extremistas muertos, mientras los restantes en número de seis se dan a la fuga en tres automóviles con las siguientes características: Un Peugeot 504 de color oscuro, otro de color rojo, del cual se ignora marca y un Chevrolet 400, de color gris oscuro, cuyos ocupantes cubren su retirada a balazos. En el lugar se secuestró una ametralladora sistema "Pam" con dos cargadores, una pistola calibre 45 mm, con marca y número limados, dos revólveres calibre 38 y tres granadas de guerra sin detonar, además un tarro de pintura negra y pincel. Que entre las fuerzas regulares no se produjeron bajas ni heridos. Que respecto a los extremistas abatidos, trátase de cuatro N.N. masculinos y dos N.N. femeninos, siendo tres de los masculinos muy jóvenes, de una edad que oscila entre los 18 y los 22 años y el cuarto de unos 45 años, y en cuanto a las mujeres, ambas muy jóvenes, también de unos 18 a 24 años de edad. Procúrase identificación".

Así informó la policía bonaerense sobre los fusilamientos de la cancha de Racing. A pocas cuadras del club, prosiguió la investigación de Polak publicada en Página/12, se hallaba la Brigada de Investigaciones de Lanús, hoy Espacio de la Memoria de Avellaneda, conocido como "El Infierno", un

centro clandestino de detención, tortura y exterminio que funcionó entre 1976 y 1978. Sobrevivientes contaron que, desde allí, se realizaban “traslados” de detenidos-desaparecidos.

No fue el único hecho que golpeó de lleno a Racing durante la dictadura. El entonces presidente del club, Horacio Rodríguez Larreta, padre del homónimo jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, fue secuestrado en el invierno de 1977 por fuerzas represivas de la dictadura junto al ex-canciller de Perón, Hipólito “Tucu” Paz y el periodista Mariano Montemayor.

Los militares creyeron que Rodríguez Larreta mantenía vínculos con David Graiver, conocido como el “banquero” de los Montoneros, y pensaron por ello que estaba relacionado con la guerrilla peronista.

El presidente de Racing estuvo detenido-desaparecido tres días en el centro clandestino conocido como Pozo de Bánfield, donde fue testigo de las sesiones de tortura que le aplicaban a Lidia Papaleo de Graiver, esposa del banquero.

Finalmente el entonces jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires, el genocida Ramón Camps, le pidió disculpas y lo legalizaron unas horas antes de dejarlo en libertad.

¡ Tita – pan dulce y champán ¡

- ¿Tita, no te venís a pasar las fiestas con nosotros?
- No, Pelufo, te agradezco. Me quedo en casa.
- ¿Sola, Tita? Dale, venite a casa que la pasamos con mi esposa. Son dos cuadras nomás. Te paso a buscar con el auto...
- No, no, quedate tranquilo, Pelufo. Me quedo acá, en casa.

Juan Carlos García, Pelufo para todos, conocía a Tita

desde fines de los años 40 cuando hizo inferiores en Racing. No llegó a debutar en primera. Nunca dejó de verla. Después trabajó en el club como ayudante en las divisiones inferiores y fue muchos años utilero del equipo. Se conocían de memoria.

El ritual se cumplía todos los años. Pelufo la invitaba siempre a pasar las fiestas en su casa, a pocas cuadras del Cilindro, con su esposa y familia.

Pelufo sabía que le iba a decir que no, pero siempre insistía. Entonces le dejaba un pan dulce Canale y una botella de champán. Tita le agradecía con una sonrisa leve. Los chicos de la pensión volvían en esa época a sus pueblos. Ella entonces prefería pasar la Navidad y el año nuevo con sus 17 perros y sus 15 gatos. Con Racing. Sus padres ya no estaban, hacía tiempo. Don Cesar había fallecido el 9 de febrero de 1974. Se había caído de un colectivo y no pudo recuperarse. Doña Ida había partido seis años después.

La familia de Tita también la invitaba, todos los años. Para Navidad y Año Nuevo. Su prima Carmen le pedía por favor que fuera a cenar a su casa con su familia. Vivían enfrente. Pero ella era implacable:

– No, no. Aquí no queda nadie. No puedo dejar sola a la cancha.

Los años 90 se apagaban. Tita también.

¡ Tita y las cábalas ¡

Tita dejó de seguir a Racing de visitante allá por fines de los 60. Pero nunca perdió su manía por las cábalas. De local o visitante, o con la oreja pegada a la radio, Tita tenía un compendio de ritos que no abandonaba jamás. De joven nunca se vestía con algo de color rojo. Era mala suerte, sinónimo de Independiente. Estaba prohibido en su casa. Pero en

los años 80 cambió de táctica y empezó a usar un pulóver colorado para ver por televisión los partidos desde su casa.

En el equipo del 66, Tita era la encargada de poner el himno de Boca Juniors en un tocadiscos que había llevado Agustín Mario Cejas. Lo escucharon por la radio antes de un partido crucial que había terminado en triunfo y desde entonces no podía faltar.

“Boca Juniors; Boca Juniors; Gran campeón del balompié/Que despierta en nuestro pecho/Entusiasmo, amor y fé/Tu bandera azul y oro/En Europa tremoló/Como enseña vencedora/Donde quiera que luchó...”

La melodía resonaba en el vestuario antes de cada partido. Solo una vez el ritual no pudo cumplirse. El 4 de septiembre de 1966 un descuido fatal llevó al desastre. Alguien se olvidó el disco en el club y Racing perdió 2 a 0 en su visita a River en el Monumental. La derrota acabó con un invicto de 39 partidos, un récord que solo fue superado por los 40 del Boca de Carlos Bianchi en la temporada 1998-99.

Pero Tita siguió coleccionando rituales. No solo era un rito seguir los partidos desde su lugar en el banderín del córner, sino que además se escabullía en el entretiempo a su casa para cambiarse de ropa. Aparecía con un “look” diferente en el segundo tiempo. Era una cábala crucial para ella, tan importante que la repitió en el descanso de la primera final ante el Celtic, en Glasgow, por la Copa Intercontinental.

Muchos le atribuyen además los “cuernitos” que impuso el inolvidable entrenador Reynaldo “Mostaza” Merlo en el Racing campeón de 2001. Dicen que los hacía ante cada avance del rival ya en los años 50.

Las cábalas de Tita eran tan importantes que las repetía hasta el cansancio, incluso cuando escuchaba los partidos de visitante por la radio. Y a veces se le escapaban sus secretos.

Cuando Racing logró el tan ansiado regreso a primera en 1985, Tita se las describía a los jugadores entre mate y mate.

– Yo escucho los partidos de visitante por la radio. Y siempre recostada en mi cama. Si avanzamos nosotros me recuesto sobre la derecha, pero si nos quitan la pelota y se manda el rival entonces me doy vuelta para el otro lado.

Su prima Carmen contó en una nota homenaje en una publicación partidaria que si Racing hacía un gol y Tita tenía las piernas cruzadas las mantenía en esa posición durante todo el partido. Y al partido siguiente usaba la misma ropa.

– Soy muy cabulera yo. A lo mejor si me siento en la silla y si Racing hace gol no me muevo de esa silla hasta que termine el partido. Si tengo las piernas cruzadas, todo, muy cabulera. Y eso me hace mal porque muy nerviosa soy. Pero no sé, No tengo que ser así. He venido en el primer tiempo a cambiarme de ropa. Mire lo que he llegado a ser. Y que va a hacer. Parece que uno quería ayudar a Racing así (26).

Tita sentía que debía aportar su granito de arena para ayudar a sus muchachos. Los días de la semana eran más fáciles. Los atendía, los mimaba. Pero durante el partido era otra cosa. Ellos estaban solos en la cancha. Y ella se desesperaba ante la impotencia de no poder hacer nada, patear una pelota o ir a cabecear un centro. Por eso las cábalas eran una manera de estar ahí, con ellos, en el césped.

Y si perdían le dolía mucho más que a un hincha. Porque al simpatizante solo le importaba el triunfo por los colores. A Tita se le sumaba el plus del cariño por los muchachos. Y no era raro que la encontraran por ahí bañada en lágrimas después de una dura derrota.

Roberto Perfumo fue testigo de una de esas tardes:

(26) Entrevista con TyC Sports.

– Una vez todos los jugadores estuvimos buscándola como una hora. En la casa no estaba y los padres también estaban preocupados. Cuando la encontramos detrás del alambrado, junto al córner desde donde siempre mira los partidos, ella miraba el estadio ya vacío. Lloraba. Habíamos perdido un partido y con él todas las esperanzas de intervenir en la Copa (Libertadores) de América. ¿Y a qué no sabe lo que nos dijo? “Si yo no lloro... Lo que pasa es que me da rabia. Ustedes no van a poder dormir esta noche porque estaban muy ilusionados con esa Copa. ¿Y yo que puedo hacer sino esto? Mirar el estado vacío, sin gente. Me parece, ahora, que soy el único hincha que está con ustedes. Más cerca de los que perdieron, haciendo fuerza en silencio para que se olviden del dolor. Pero yo no lloro. Le estoy protestando a la tribuna que los dejo solos” (27)

Tita no entendía al hincha fanático.

– Cuando regresen para el primer entrenamiento les voy a decir eso, que tuvieron mala suerte. A lo mejor les levanto el ánimo. Yo sé lo que es perder para ellos. Yo sé que sufren mucho. Y que a veces los hinchas les dicen cosas feas, que hieren, como si ellos fueran los culpables de todo. ¿Por qué no pone en su revista que los jugadores tienen corazón y piel y sufren y se ríen como cualquiera? A veces la gente no entiende que ellos son seres humanos. Les piden más, y siempre más, como si fueran máquinas. Claro, los hinchas no saben que cuando la cancha ya no se ve, cuando es de noche, los jugadores parecen sonámbulos cuando pierden. Ponga eso en la nota, por favor. A lo mejor entienden que, cuando todo sale mal, es cuando más necesitan que los alienen. O que los quieran como yo” (28)

Los rituales para ayudar a los jugadores incluían otras

manías más complicadas. Tita sufría los partidos. En realidad sufría por Racing. Mucho más que todos los futbolistas que vistieron la camiseta. Como la definió Quique Wolff, “ha sido el jugador más importante de la historia del club”.

¡ Tita y Machado da Silva ¡

– Me gustan los goles que hacía Machado da Silva, maravillosos. Lo mismo cuando (Rubén) Paz hizo tres goles a Estudiantes. Siempre los tengo acá (en el corazón). Me hizo acordar mucho a Machado da Silva. Qué lindos goles que hacía. Siempre uno mejor que otro, claro. (29)

Walter Machado da Silva fue un gran delantero de Racing que tiene el privilegio de ser el único futbolista brasileño en consagrarse máximo goleador del fútbol argentino. La marca fue lograda en el Torneo Metropolitano de 1969 con 14 goles, uno más que Bernardo Acosta, aquel de la famosa dupla con Manuel Angel Silva que quedó en la historia de Lanús con el mote de “Los Albañiles”.

El brasileño jugó además en el Sao Paulo, el Botafogo paulista, Corinthians, Vasco da Gama, Flamengo y Junior de Barranquilla, así como en el Mundial de Inglaterra 1966. Es una leyenda en la historia de la Academia a pesar de que jugó solo un año con la camiseta albiceleste.

Tita lo admiraba, aunque le costaba entenderlo. Nunca pudo dominar su portugués. En aquel torneo metropolitano, Racing lideró el grupo B con 35 puntos, cuatro más que River. La gente estaba muy ilusionada con el campeonato. Pero caería 1 a 0 con Chacarita, que luego saldría campeón, en la semifinal a partido único jugada en cancha de Boca.

(29) Entrevista con Carlos Graneri 1991.

El brasileño era endiablado, pero tenía un problema muy grande: no entrenaba.

Era un jugador increíble, un nueve que hacía goles de todos los gustos. Jugaba el domingo, convertía, era figura y enseguida encaraba a Juan José Pizzuti para avisarle que debía viajar a Brasil para “resolver unas cosas”.

El técnico le daba permiso, pero le aclaraba que el martes tenía que estar en el Cilindro para entrenar. Pasaba el martes, el miércoles, el jueves y el viernes. Recién se aparecía el sábado a la mañana para el entrenamiento matutino.

Pizzuti lo retaba delante de todos. Machado da Silva se disculpaba, le decía que entendía el enojo y que estaba dispuesto a aceptar no jugar el domingo. Pero era un fenómeno y Pizzuti lo sabía: el equipo lo necesitaba. Entonces le decía:

– “Usted Machado va a jugar el domingo. A mí no me van a insultar. Lo van a insultar a usted”.

Pero ¿quién iba a insultar al brasileño? Si Machado jugaba y hacía goles.... Sus compañeros estaban resignados. Lo necesitaban. Era una estrella. Duró un año en el club y dejó una estela indeleble en el recuerdo de Tita y de los hinchas.

Antes de irse de Racing, Tita guardó una tapa de la revista Goles del 20 de mayo de 1969 en la que Machado da Silva posaba con Roberto Perfumo, el Mariscal a quien Tita adoraba como a un hijo. Entonces les pidió a los dos que le firmaran la revista.

Perfumo fue el encargado de la dedicatoria: “Para nuestra Tita querida cariñosamente”. La firma de los dos decora la portada que Tita guardó en su cajón de recuerdos.

Casi veinte años después, cuando llegó al club Rubén Paz, Tita vio en él cosas del brasileño. Enseguida congeniaron. El uruguayo es un ídolo en Racing, pero puertas adentro los jugadores lo recuerdan más como una excelente persona y un verdadero “jodón”. Tita y Rubén Paz se buscaban, se reían.

Ella se aparecía siempre por la cancha en los entrenamientos y el uruguayo, ni bien la divisaba, le empezaba a gritar a lo lejos, la embromaba con sus chistes y ocurrencias. Se acercaba y hacía como que la iba a apretujar toda. Y Tita, con el rostro serio y su pose de enojada, se ponía colorada y le replicaba con su inolvidable latiguillo.

– ¡Los vivos... en el verde césped!

Rubén Paz se mataba de risa. Esa relación especial se solidificó en aquel partido en el que el uruguayo convirtió tres goles ante Estudiantes de La Plata en el triunfo 3 a 1 el 7 de diciembre de 1987 por la decimoctava fecha del torneo. El primero de media vuelta de derecha al costado izquierdo del área tras centro de Walter Fernández; el segundo con un delicioso sombrerito al borde del área y un disparo al ras al palo derecho y el último tras gambetear al arquero y definir corto de derecha.

A los ojos de Tita, Rubén Paz se había recibido de Walter Machado da Silva.

El uruguayo jugó en total, en sus dos etapas en el club, 152 partidos con la camiseta de la Academia en torneos locales e internacionales con 33 goles. A Tita le gustaba cantar eso de “u-ru-gua-yo, u-ru-gua-yo”.

¡ Capítulo IV ¡

AY DIOSITO SANTO

Tita llegó al velorio temprano. Estaba destruida. Nunca la habían visto así, ni siquiera en el entierro de sus padres. Tenía lágrimas en los ojos, pero no lloraba. Algo se había roto en su corazón. No entendía por qué. Sabía que el desenlace era inminente, pero ella siempre tuvo esperanza, fe, fuerza. Hasta último momento.

– Se va a salvar, van a ver que se va a salvar.

Pero el tiempo pasaba y todo empeoraba. Tita creía en los milagros. Rezaba a los santos. A sus estampitas queridas. Y le costaba dormir. Hasta respirar. El aire era pesado, húmedo, lluvioso. El sol no iluminaba lo suficiente. Pasaban los días, las semanas y no había mejora. La realidad, la triste realidad, la cercaba. Se la notaba más gruñona, con menos paciencia. Llevaba el pelo desteñido, descuidado. El cielo se le caía encima. Y no lo podía soportar. Don Cesar y Doña Ida ya habían muerto. Era la ley de la vida. Pero... ¿esto?

El velatorio era multitudinario. Juan Esteban “Panchi” Solari estaba desesperado. Mario Rizzi se agarraba la cabeza. A Miguel Angel Wirtz, “el Turco”, lo sobrepasaba la angustia. Había llantos incontrolables. Pizzuti no lo podía creer, justo él... El vestuario de Racing estaba desolado. Ese domingo 18 de diciembre de 1983, la Academia perdía 4 a 3 con Racing de Córdoba y se iba al descenso por primera vez en su historia.

Tita, la campeona del mundo, se iba a la B. Y con ella

se iban Croce, Ohaco, Ochoíta, Perinetti, Reyes, Alberico Zabaleta, Pautasso, Boyé, Tucho Méndez, Simes, Sued, Sacchi, Corbatta, Dellacha, el Coco Basile, Maschio, el Panadero Díaz, el Chango Cárdenas, el Mariscal Perfumo... La lista era interminable.

Afuera la cosa estaba peor. La policía repartía palos para todos lados. Los hinchas lanzaban butacas al campo de juego, otros lloraban, se descompensaban, creían morir. Socios fuera de sí rompían sus carnés. Gritaban de dolor, de impotencia, de bronca, de presente, de pasado, de futuro. Insultaban. A todos. Racing se había ido a la B. Racing nunca se podía ir a la B. Solo dieciséis años después de tocar las nubes con las manos de Tita Mattiussi, esas que apenas alcanzaban a rozar la soga y los broches en puntas de pie, la Academia caía en el infierno.

Tita cerró la puerta de su casa esa noche y se acostó en su cama. No había comido nada. Nunca se había sentido tan sola en su vida. Ella, que vivía acompañada de sus chicos y de sus mascotas, que había visto crecer al club desde el amateurismo y había bailado sobre la cima del fútbol, lloró en silencio.

No podía dormir. La cabeza le daba vueltas, la transportaba a su infancia, a don César y sus corderitos, a doña Ida y sus camisetas lavadas con agua y jabón blanco. A su infancia feliz debajo de la vieja tribuna de madera. A esos penales que le pateaba a Croce de niña. Y sintió miedo, un temor que le venía del estómago.

– Por más que quiera no puedo imaginarme a Racing jugando en la B, los sábados, en potreritos. Además se juega distinto y hasta tengo miedo de no volver. (30)

Le dolían también los insultos. No a ella, sino a sus chicos. No entendía por qué se las agarraban con ellos. A esos muchachos que veía entrenar, sufrir y a muchos hasta

crecer en la pensión del club. Eran sus hijos.

– A mí no me van a decir que no se juegan por Racing porque yo sé que lo hacen (31).

Tita, en la oscuridad de su cuarto, se preguntaba por qué. ¿Por qué Racing había caído tan bajo? ¿Por qué les pasaba esto a sus muchachos? ¿Por qué los hinchas insultaban? ¿Por qué Dios mío, por qué...? Les hablaba a sus santos. A la Virgen. A las varias estampitas acomodadas delicadamente en un mueble que daba la bienvenida a todos en la entrada de su casa.

– Hay veces que pienso que no es solo mala suerte lo que tiene Racing, sino que hay gente que nos quiere ver perder. Pero es todo mi dolor lo que me hace pensar así (32).

A la mañana siguiente el arquero Miguel Angel Wirtz fue temprano al estadio. Había atajado ese domingo fatídico con apenas dos o tres partidos en primera. Ya no vivía en la pensión, donde había pasado horas interminables en la casa de Tita, charlando, tomando mates, mirando televisión, comiendo bizcochitos don Satur, leyendo El Gráfico y Goles en el living o simplemente hablando por teléfono con su novia sentado en el inodoro del baño, el locutorio de los chicos de inferiores. El cable del teléfono pasaba por debajo de la puerta. Los muchachos necesitaban privacidad. Allí iban siempre Wirtz, Esteban “Panchi” Solari, Olimpio Vera, Daniel Gourria, Jorge “Camote” Acuña y tantos otros.

– ¡¡Güirs, Güirs!!

Tita pegaba dos gritos “finitos” y Wirtz salía corriendo. Sabía que alguien lo llamaba por teléfono.

– Camoteeeee, Camoteeee. ¡Lo llama su tía!

Olimpio tiene aún el número grabado en la memoria: 2017258. Lo tenían todos los padres de los jugadores de in-

feriores. Y lo marcaban todos los días. También los profesionales lo usaban y arrinconaban a Tita con pedidos cada vez más difíciles.

– Dale, Tita, me tenés que hacer ese favor.

– Bueno, dele, che, pero es la última eh.

Y allí iba Tita, a la hora señalada por el jugador consagrado de turno. Tomaba el teléfono, discaba el número y esperaba que la esposa atendiera.

– Señora fulana, ¿cómo le va? Le hablo de acá de Racing. Mire, podría decirle a su marido que a las ocho y media tiene que estar en el club. En punto. Lo esperan. Es una reunión importante. Que no falte. Gracias. Buenas noches.

Tita era cómplice de algunas “trampitas”. Siempre decía que era la última vez que la usaban de esa manera... y lo volvía a hacer una y otra vez. Pero a los pibes de la pensión los tenía cortitos. Si le pedían autorización para ver a sus novias ella les ponía el freno y pegaba tres gritos.

– Hoy no. Mañana hay entrenamiento. Se queda acá.

Y era celosa, muy celosa, controladora. Si llamaba alguna novia le cortaba. Y les decía a los pibes qué chica les gustaba para ellos y cuál no.

– Esa no es para Usted.

Sí, Tita trataba de Usted a todos los pibes. Y cuidadito que le tocaran a uno de los chicos de la pensión. Eso no lo iba a permitir nunca. Ella protegía a todos, quería a todos por igual, trataba a todos como sus hijos, pero los de la pensión eran intocables. Los jugadores de “afuera”, los de capital y Gran Buenos Aires que no dormían en el club, conocían las reglas. Sabían que si le entraban con deslealtad a uno de sus “chicos” en un entrenamiento, se peleaban con ellos por cosas de pibes o maltrataban a uno de sus quince perros, diez gatos y un caballo, se ganaban su enemistad. Para siempre. Y cuando ella se enculaba era cosa seria. No tenía nin-

gún problema en encarar al técnico de turno y dejar en claro, delante de todos y con su voz aguda en medio de la cancha, que ese atrevido había cruzado la raya.

- ¡Ché, ese no puede jugar más!

¡Hasta con los jugadores de primera! Y el apuntado caído en desgracia tomaba nota. No fue solo uno. Fueron varios. Y todos agachaban la cabeza y empezaban de nuevo un juego de seducción. Sabían que eran cosas del fútbol, la pierna fuerte, las agarradas, una pelea de “hermanos” ante los ojos de Tita. Y ella no se iba a quedar callada. Les iba de frente, les marcaba la cancha. ¡Con sus chicos no! Con sus mascotas... tampoco.

Pero Tita no estaba en la casa esa mañana de tristezas. Wirtz entonces se preocupó. Se le vino su historia personal encima. Se acordó de ese adolescente que era cuando llegó desde su San Nicolás natal a la pensión y Tita lo cobijó como una madre. Se acordó cuando hacían una vaquita entre todos los pibes y se iban con Olímpio Vera a comprar El Gráfico y Goles para leer en la pensión y traer del kiosco la infaltable Para Ti. Para ella. Tita amaba la Para Ti. Y pensó en Cecilio, el caballo. Y se le dibujó una sonrisa:

- ¡¡Güirs, Güirs!! ¡Se escapó Cecilio, vaya a buscarme a Cecilio!

Y ahí iba Wirtz, medio dormido y con lagañas en los ojos, a rescatar al caballo a las cuatro de la mañana por los alrededores de la cancha. Cecilio, el enorme y adorado matungo color café y de patas blancas de Tita, se iba detrás de una yegua en celo que llegaba a descargar las papas del depósito que alquilaba el club. Y había que engañarlo con un pedazo de pan francés duro, ponerle una soga al cuello y hacerlo entrar otra vez en razón. Tita no volvía a pegar un ojo hasta que el caballo no estuviera en el Cilindro.

- ¡Solari, Solari! ¡Se me fue Cecilio otra vez!

Y para allá se iba Juan Esteban “Panchi” Solari, día por medio, con algunos muchachos de la pensión, a buscar al caballo que salía a visitar a su madre, una yegua cuyo dueño repartía leche en un carrito a pocas cuadras del club.

El Ropero Roberto Díaz, aquel aguerrido delantero de la Academia, decía que Cecilio era el único caballo en el mundo que reculaba. Desde que Juan Carlos Rulli lo había hecho entrar a la casa allá a fines de los 60 ante los gritos desesperados de doña Ida, se había acostumbrado a buscar su pan duro todos los días en el hogar de los Mattiussi. También les golpeaba con las patas la puerta de la pensión por la madrugada a los chicos. Y no se iba sin su pan. Antes de dormir había que asegurarse de tener una ración preparada para él.

Ya en esos años 80 estaba tan gordo de comer tanto pan que entraba a la casa y se quedaba “trabado” en la puerta de lo ancho que era, con medio cuerpo adentro y medio afuera. El “Ropero” se descostillaba de risa. Y luego, con el estómago lleno, Cecilio reculaba, raspado por los bordes de la puerta. Parecía que iba lijando la madera.

Wirtz pensó en Cecilio, en cuánto quería Tita a su caballo y en cómo se desesperó cuando se enfermó. Tenía una infección grave en uno de sus muslos y apenas se movía.

– ¡Güirs, Güirs! Vaya con los chicos a buscar un veterinario. ¡Ya! ¡Se me muere Cecilio!

Todos saltaron de las camas como un resorte. Pero no hubo nada que hacer. Cecilio se murió delante de Tita y los muchachos a la mañana siguiente. Quisieron ayudarlo a levantarse pero se quedó ahí, tieso, las patas extendidas, duras, a pocos metros de la casa de los Mattiussi, debajo de la tribuna.

Wirtz, Olimpio Vera, Solari, Raúl Losino, el Cucurucho Escobar y otros muchachos de la pensión enterraron al caballo en lo que hoy es el playón frente a la casa de Tita. Cavaron un pozo enorme en un terreno que por entonces era de tierra, pie-

dras y cascotes, arrastraron el cuerpo y lo enterraron como pudieron. Tita lloraba. Nadie se animó a quebrarle las patas, como se estila hacer antes de enterrar a los caballos. No podían hacerle eso a Cecilio. No podían hacerle eso a Tita. Cecilio era su mascota preferida desde que don Cesar lo usaba para trasladar un carrito con ruedas donde ponía el pasto recién cortado y el aserrín para las áreas. Cecilio llegó a arar el campo de juego. Y ella le llevaba flores a su tumba todos los días, la misma tumba cubierta ahora de cemento que cada domingo pisan cientos de hinchas antes de ingresar al estadio.

– ¡Güirs, Güirs!

Los gritos de Tita se le venían encima en recuerdos llenos de lágrimas. Como cuando se metían en ese cuartito al lado de la pensión donde secaban las camisetas. Tita y los chicos encendían un tubo de gas que hacía una llamarada terrible y el calor convertía esa piecita en una sauna. Era un peligro, pero...

– Las camisetas se secan enseguida.

Había que tener mucho cuidado después cuando las sacaban, una por una, sequitas y calientes que daban ganas de ponérselas ya mismo en invierno. Los alambres y los broches donde colgaban las camisetas ardían. Más de uno se quemó por no tener cuidado. Tita y Elsa, su ayudante, las planchaban con mucho cuidado. Elsa, más joven que su “jefa”, se enojaba con los pibes porque le decían Rhodesia. Tita y Rhodesia...

La rutina solo se repetía cuando había gas. Si lo cortaban por falta de pago, lo que sucedía bastante a menudo, los chicos salían en procesión del entrenamiento a ducharse a la sede de la avenida Mitre. En el Cilindro no había agua caliente.

– ¡Güirs, Güirs! Se volvió a joder la antena de la tele. ¿No se me sube a ver si el viento rompió otra vez el cable?

Wirtz quería a Tita como a su segunda madre. Había

sido su contención desde que llegó con un bolsito y tres billetes desde San Nicolás. Cuando estaba bajoneado ella lo contenía, cuando estaba contento compartía su alegría.

– ¡Güirs, Güirs! Vayan a comprarme jabón en polvo que se acabó y tengo que lavar las camisetas de primera y la de los chicos.

- Pero Tita... ¿cobraste?

- No, que voy a cobrar...

Tita ponía plata de su bolsillo para comprar las cosas más simples y vitales de su trabajo. El club se desmoronaba pero ella no iba a dejar que se cayera a pedazos. Ella, la campeona del mundo, no lo permitiría jamás.

- Tita, ¿no me prestás unos pesos?

Eugenio “Cucurucho” Escobar se animaba a pedirle unos mangos para el ir al cine. No era el único. Y ella nunca decía que no. Y si no tenía suficiente algo entregaba.

- ¡Arriba, todos, vamos, pero que se creen que son ustedes! ¡A entrenar, vamo!!!

Los chicos se hacían los dormidos apenas divisaban la lluvia a lo lejos. Dejaban correr el reloj. Pero los entrenamientos no se suspendían por lluvia y para allá iba a Tita a retar a esos vagos.

- Ahora que usted llegó a primera no se me agrande Losino. Si no se me agranda lo dejo hacer las compras.

Hacer los mandados no era para cualquiera. Era un honor. Tita los elegía. Y varios se quedaron años esperando su turno. Si le pedía a alguno ir a la verdulería, al almacén o a la carnicería, entonces ese pibe sabía que se había ganado su corazón. Y Raúl Losino ya había debutado en el primer equipo y Tita no le dio tiempo ni de agrandarse.

- Losino, Losino. Venga y acompáñeme a la perrera.

Y para allá se iban Tita y Losino, con otros pibes, a rescatar a los dos o tres perros que se había llevado la no-

che anterior la perrera municipal de Avellaneda que estaba frente al hospital Fiorito. Los perros de Tita no reconocían fronteras, eran espíritus libres, iban y venían por el estadio y sus alrededores. Y las noches eran un peligro para ellos. La perrera patrullaba siempre en búsqueda de perros callejeros. Y los de Tita parecían de la calle. Ella peleaba por sus mascotas como una fiera ante los empleados municipales que preparaban el crematorio. Y se los devolvían solo después de escuchar cuatro o cinco gritos bien agudos.

– ¡Solari, Solari! Tome, acá tiene esta camiseta. Guardelá. Va a ser un recuerdo imborrable para toda la vida...

Era la camiseta número 8 que le habían roto a Solari con un planchazo en el pecho en un partido contra River en cancha de Boca el 1 de agosto de 1982. Derrota académica 1 a 0. Tita la cosió con esmero. Solari la siguió usando varios partidos, en primera, hasta que el utilero la desechó y la tiró a la basura. Hoy guarda esa camiseta como su trofeo máspreciado de su paso por Racing.

– ¡Guría, Guría!

Y allí iba Daniel Gourría con Solari a sentar a una postrada doña Ida en su cama, o a llevarla cargada a la sala de la casa para que pudiera ver televisión tranquila toda la tarde. A veces los pibes se asomaban por el cuarto de la “nonna” solo para molestarla y la madre de Tita se enojaba. Les lanzaba alguna que otra puteada, siempre custodiada por diez gatos y pegaba un grito:

– ¡Tita, Tita, Tita!

Y Tita se aparecía con cara brava y un par de broches en la mano, con esos dedos duros y secos de tanto jabón en polvo.

– ¿Qué le hicieron a mi mamá? ¡Algo le hicieron!

Gourría aún conserva en su casa el plato Durax (el que dura toda la vida según la vieja publicidad de Jorge Martínez

de los años 70) que le dio Tita en su primer día en la pensión “para que tenga donde comer”. A Gourría el plato sí le duró toda la vida.

– ¡Guría, Guría! Váyase con Güirs y Solari a buscar al Tío al Fiorito que está mamao otra vez!

El Tío era Corbatta, Osmar Orestes Corbatta, el gran ídolo de la Academia de fines de los 50 y principios de los 60 que vivía en un departamento al lado del vestuario visitante. Los pibes tenían que buscarlo a cada rato por el hospital, lo traían a la casa, lo duchaban, lo acostaban. El Tío jugaba al truco con los chicos, a veces cenaba con ellos. Todos lo querían. Tita más. Pero tomaba mucho, demasiado. Se caía en cualquier esquina. En el Fiorito ya sabían a quién avisar.

Tita era todo. Tita era de todos. Le gustaba salir de su casa, tomar esos pasadizos interminables que nacían debajo de la tribuna y aparecerse de improviso por esa puer-tita que se abría desde un córner, caminaba por ese tablón sin barandas por arriba del foso y se sentaba en un banqueto a ver los entrenamientos. Siempre desde el mismo lugar. Todos los días.

Los muchachos la saludaban. Todos. Los de primera, los de inferiores, los técnicos. Y le hacían bromas, desde lejos. Ella hacía como que se enojaba y les gritaba desde su lugar en el mundo, ese córner mágico.

– ¡Vivos a mí no, vivos aquí no! Hablen desde el verde césped...

Y señalaba el campo de juego. Esa era su máxima de cabecera, la frase que simbolizaba su mundo. Tita era de pocas palabras y no iba gastar fuerzas en decirles a esos giles que no se hagan los piolas conmigo, que cuando ustedes van, yo ya estoy de vuelta, y jueguen que en la cancha se ven los pingos.

Esos pasadizos que comunicaban su casa con los ves-

tuarios y la cancha eran además un salvoconducto para los jugadores de primera. Cuando arreciaban los insultos y los hinchas los esperaban afuera del estadio, uno a uno iban saliendo por la casa de los Mattiussi para escapar de la horda fanática. Silbando bajito con la protección de mama Tita... que varias veces encaró a los barras para pegarles tres gritos.

– ¡Tita, Tita, Tita...!

Wirtz la llamaba pero ella no estaba en su casa. Se había ido a la B. Tita ya no pateaba penales, sobrepasaba los 60 y le costaba todo lo que antes hacía tan fácil... La había visto muy mal el día anterior. Tan abatida, tan triste, tan desalineada. Y la empezó a buscar por todos lados. Preguntó en la pensión chiquita, la que estaba al lado de su casa y nadie sabía nada. Luego fue hasta la pensión más grande y más alejada. Y allí tampoco estaba.

Entonces Wirtz y los chicos empezaron a recorrer el club. A cada paso la preocupación aumentaba. No estaba en ningún lado. Tenían miedo.

– ¡Tita, Tita, Tita...!

Hasta que salieron a la cancha y allí la vieron. Estaba sentadita en la platea, sola, mirando los destrozos, llorando. Rodeada de butacas rotas, de carnés tirados en el piso, de lágrimas de otros, de lágrimas propias. Miraba a la nada y lloraba. Miraba todo y lloraba.

Uno a uno Wirtz y los chicos la fueron rodeando y se sentaron junto a ella. Uno le puso una mano en el hombro, alguien le acarició la cabeza, otro sólo le susurró simplemente su nombre...

– Tita...

Tita lloraba y la fueron abrazando entre todos. Allí estaban Wirtz y los chicos de inferiores. También don César, doña Ida, Perinetti, Ohaco, Ochoíta, Botasso, Grisetti, Corbatta, Ce-

cilio y tantos otros. Y ella no paraba de llorar y pensaba:

– “En las buenas están todos. Hay que estar en las malas” (33).

¡ Tita y La Mufa ¡

Cuando Tita no podía solucionar todo, siempre aparecía algún ángel de la guarda dispuesto a dar una mano.

Los chicos de la pensión siempre se quedaban con hambre. La comida que le daban en esos durísimos años 80 era escasa. Oscar, el cocinero, hacía milagros, pero a esa edad los pibes se comen el mundo. Los chicos llegaron a asaltar la heladera rompiendo los candados para comer algo a la madrugada. Y hasta le llegaron a robar varias milanesas a Tita, que las escondía en el horno.

Tita ayudaba con los que podía. Mate, mate cocido, galletitas, bizcochitos don Satur, lo que tuviera. Incluso unos pesos. Tita pasaba meses sin cobrar y ella también sobrevivía con la plata que le daban los jugadores de primera.

Pero los chicos tenían una salida de emergencia. Cuando la panza hacía ruido se iban en banda a la cercana pizzería “La Mufa”. Su dueño, Miguel, era fanático de Independiente, pero recibía a los pibes de Racing como un padre. Sabía los momentos difíciles que pasaban los chicos en la pensión y les servía pizza para todos. Gratis.

Tita lo conocía a Miguel. Lo apreciaba. Los chicos no le decían nada para que no sufriera. Pero ella sabía de esas escapadas. Miguel les repetía:

– Cuando tengan hambre se vienen para acá.

“La Mufa” fue un santuario para los pibes de las infe-

(33) Entrevista con Carlos Graneri, 1991.

riores de Racing a fines de los 70 y principios de los 80. Miguel los cargaba.

– Vénganse al Rojo, déjense de joder ¡Y vos tenés nivel para Independiente!

Pero los cuidaba. Estaba siempre atento a sus necesidades. Un día los recibió con los brazos abiertos, pero los retó como hacía Tita.

– Ma que pizza ni pizza. Déjense de joder. Ustedes no pueden comer siempre pizza.

Y entonces se apareció con varios platos de carne con papas. Desde ese día les variaba el menú. “La Mufa” fue un anexo de la cocina de la pensión.

¡ Tita y el ascenso ¡

– ¿Vamos a ascender, Camote?

Tita entraba a la cancha durante los entrenamientos del equipo en ese durísimo 1985. Jorge “Camote” Acuña la tranquilizaba. La conocía desde que llegó a la pensión del club desde San Nicolás cuatro años antes.

– Quedate tranquila, Tita. Vamos a ascender.

Tita creía en el jugador. Necesitaba que el futbolista se mostrara seguro, convencido. Y ese año no se podía fracasar otra vez, como en 1984, cuando Racing perdió la final del octogonal por un segundo ascenso con Gimnasia y Esgrima de La Plata. Y asentía muy seria para reafirmar la confianza de “Camote”.

– El Coco es un ganador. Vamos a ascender.

El “Coco” no era otro que Alfio Basile. Tita lo conocía de memoria. Y el Coco a ella. Se habían visto por primera vez en los 60 y desde entonces tenían una relación familiar. El Coco y Tita eran inseparables. El en su nuevo rol de entrena-

dor, ella como jefa espiritual del club, una especie de Evita racinguista.

–No se perdía un entrenamiento. Tendía la ropa en el alambrado para estar cerca de los jugadores. Hablaba con el Coco, con los futbolistas. Estaba nerviosa. Siempre. Necesitaba que la convencieran de que Racing no iba a pasar otra temporada en la B. No lo hubiese soportado. Quería subir ya.

Tita había llorado cuando Racing cayó ante Gimnasia. Fue durísimo para ella. Italo Ortiz, aquel recordado volante del ascenso, recuerda que lloraba siempre que perdían. Pero en 1985 llegó el Coco, ordenó al equipo y concentró al plantel durante un mes en el campo deportivo de los Empleados de Comercio. A la cancha de Racing iban a hacer fútbol. Entonces Tita se aparecía y les servía mate a los jugadores. Les daba fuerza, ánimo.

La rutina se repetía hasta el cansancio. Mate, mucho mate y a veces hasta chocolates. Tita los mimaba. Miguel Colombatti había llegado de Deportivo Morón y hablaba de todo con ella, de la vida, de fútbol. Tita conocía de memoria al jugador. Sabía cuándo alguien tenía un problema, cuando andaba torcido, cuando lucía agrandado y susurraba...

– Este es un atorrante. Se agrandó...

Los jugadores la buscaban, la necesitaban. Gustavo Costas la conocía desde que era un pibe. Había sido mascota del equipo. Ir a lo de Tita era un cable a tierra para todos. Ella los bajaba de la nube de un hondazo, les quitaba la presión. Y además garantizaba un momento de diversión. Los hacía reír con sus cosas. Los jugadores sentían que volvían a ser pibes otra vez, como cuando soñaban con llegar a primera de la mano de Tita. Los nuevos no podían creer que una mujer como ella existiera.

– ¿En serio naciste aquí?

– Sí, debajo de la tribuna... ¿Por qué? ¿No me cree?

Tita se comía los codos en cada partido. Pero ya no iba de visitante. Se refugiaba en el club. Salía cada vez menos. Empezó a desconfiar de lo que sucedía extramuros. Le empezó a tener miedo a los robos.

– Afuera (de visitante) iba siempre. Ahora no porque acá no queda nadie. Me da miedo. Me parece que si uno no cuida las cosas de uno... La gente era muy distinta. Ahora es difícil. La gente tiene miedo de ir a los partidos. Antes podían ir las mujeres, los chicos y ahora es tan difícil. Antes no era así. Ahora (se) está pensando si salir. Si puede, si no puede. La casa va a quedar sola (34).

Y como en todas las épocas, los jugadores hacían una vaquita y le daban plata para la picada y un dinero extra cuando cobraban algún premio. Ella pasaba meses sin cobrar... El club vivía en una eterna crisis y ya había hecho su primera convocatoria de acreedores.

Tita estuvo en el 4 a 0 a Atlanta en la final de ida por un segundo ascenso en Avellaneda. Estaba eufórica. Creía que la diferencia de gol era irremontable, pero se agarró la cabeza cuando le explicaron que el “gol average” no corría esa vez.

– ¿Cómo que no sirve? ¿Entonces era igual ganar 1 a 0 que 4 a 0? Es una barbaridad. ¿Qué me estás diciendo?

Su desilusión fue enorme. Pero igual confiaba en los muchachos. No fue a la cancha de River a ver la vuelta. Lo siguió por televisión. Y estalló con el 1 a 1 final. Racing volvía al lugar que nunca debió dejar. A su casa. Tita recibió a los muchachos con un abrazo enorme para todos. Y le estampó un beso inolvidable en la mejilla a cada uno de sus muchachos.

– “La vuelta (a primera) fue maravillosa (35).

¡ Tita y la Supercopa ¡

- ¿Dónde está Tita?
- No sé... Ya le avisamos.
- Hasta que no venga Tita no se larga...

El plantel de Racing que ganó la Supercopa en 1988 sabía que Tita era esencial para la unión del plantel. No podía faltar. Y menos en un asado de camaradería.

Entonces el Coco Basile o algún otro miembro del cuerpotécnico la mandaban llamar. Y allí iban a buscarla por todo el estadio.

Miguel Colombatti, pieza clave en ese torneo, a veces recorría toda la cancha hasta encontrarla. Y cuando al fin la hallaban en su casa o en un rincón siempre respondía lo mismo.

- ¡Y Tita...! ¡te estamos esperando!
- No quiero molestar, muchachos...
- ¿Cómo vas a molestar? ¡Si vos sos una más de nosotros!

Y para allá se iba Tita custodiaba por uno o dos jugadores o miembros del equipo técnico con una sonrisa amplia de satisfacción. En la mesa era la única mujer.

Ese plantel campeón repitió el ritual de muchos otros que pasaron por el club. Se juntaban en la casa de Tita a tomar unos mates o un café, con algunas galletitas, antes y después de los entrenamientos. Si no venían, ella los mandaba llamar.

Eran tiempos duros. Los jugadores hacían una colecta para darle dinero cada mes. Las cosas en el club estaban muy difíciles. Atrás había quedado para siempre el oprobio del descenso, los dos años interminables en la B, la primera con-

vocatoria de acreedores, los varios meses sin cobrar el sueldo, el ascenso tan esperado y hasta la mudanza del equipo a Mendoza para jugar con la camiseta de Argentino de esa provincia un torneo regional. Racing había ascendido y por una reestructuración de los campeonatos se quedaba todo un semestre sin jugar. Entonces el equipo fue alquilado. Había que recaudar como sea. Fueron seis meses de exilio durísimo para los jugadores y el club. Y para Tita.

Pero más allá de los problemas, ella presentía que ese equipo era especial. Y además confiaba ciegamente en Basile. Al Coco le gustaba abrazarla. Y caminaba con ella a la par por el estadio. Le llevaba varias cabezas. El corpulento, enorme y con un vozarrón característico; ella tan chiquita y con su voz aguda. El Coco y el Panadero Díaz, su ayudante, simplemente “amaban” a Tita. Y ella se sentía muy cómoda con ellos desde los tiempos en que compartieron momentos inolvidables en la Copa Intercontinental de 1967.

– El cuerpo técnico de ahora, Coco y el Panadero, los conozco de hace años. Son muy buenos. El Coco siempre tan... no sé qué... ese físico, ese porte, ya impresiona su personalidad y no sabe lo que es trabajando, muy serio. Y el Panadero, siempre a su lado. Ellos dos siguen pasando a tomar algún cafecito por acá (...) Son todos muy buenos muchachos, no me gusta hablar de ninguno en especial porque son todos buenos. Aparte, a muchos los tenía en la concentración, acá al lado. (Ramón Ismael) Medina Bello, (Jorge) “Camote” Acuña, (Marcelo) Asteggiano. O a los dos Costitas (Gustavo y Fabio) que están desde los seis años, creo (...) Y el Pato (Ubaldo Matildo) Fillol es muy bueno, ¿vivo? No sabe cómo entrena, un profesional, todo el día se ríe. Qué bueno que es, ¿no? Que aunque ande mal tenga siempre una sonrisa (36).

(36) Entrevista con El Gráfico, suplemento especial Supercopa 1988.

Tita vivió un renacer aquel 1988. Como todo Racing. Habían pasado 21 años sin títulos, demasiados para la historia del club. Y mucha agua había corrido bajo el puente. Algo tenía que pasar. Y pasó.

Ella tuvo desde el principio un vínculo especial con el plantel. Con todos. Una vez por semana preparaba una “picada” y los jugadores se juntaban en su casa a conversar. Tita los unía, les hablaba de cualquier cosa, se reía con ellos.

Y hasta se animaba a cantar. Colombatti la “pinchaba” para que entonara algo y Tita cedía. Terminaban cantando los dos juntos, a capela, entre las risas de todos. A veces se animaban incluso a “inventar” un tema. La casa de los Mattiussi era el bar privado de los futbolistas.

El inolvidable “Pato” Fillol, quien llegó a Racing de muy joven en 1972 y volvió en 1987 al club, no olvidó nunca a Tita.

– Me animaría decir que los partidos del ´88 los empezamos a ganar ahí, en la casa de Tita, en el trato cotidiano con ella. Los grupos no se arman solo en el campo de juego, sino en el día a día. La calidez de Tita, la magia humana de Tita, nos marcó muchísimo. Estábamos ahí y éramos felices. No había lugar para el enojo, las caras largas, era todo afecto. Yo lo había vivido en el 72, cuando recién llegué a Racing y desayunaba en su casa y aparecía el caballo, Cecilio, en el living chiquito de su casa. Tita le hablaba y lo retaba como a un chico y Cecilio no le hacía caso, la miraba, levantaba las orejas y se iba... En su casa se empezó a armar el grupo del ´88. Yo le daría una parte importantísima en el título. Nos contaba cosas del año ´67 cuando Racing había salido campeón de América y del Mundo. Era una mujer tremendamente positiva y extraordinariamente ganadora. Todo eso hizo que nos fortaleciéramos y mucho como grupo”.

Racing tenía un equipazo. Había empezado su partici-

pación en esa Supercopa sudamericana en octavos de final con el Santos: 2 a 0 en Avellaneda con tantos de Toti Iglesias y Colombatti y empate sin abrir el marcador en Brasil. Luego tuvo la fortuna de saltarse por sorteo cuartos de final y recalar de manera directa en semis donde lo esperaba nada menos que River. En Avellaneda, el 25 de mayo, la Academia venció 2 a 1 con goles de Walter Fernández, uno de penal. Para los millonarios anotó Jorge “Cacho” Borelli.

Tita estaba exultante. El 31 de mayo fue al kiosco a comprar El Gráfico para leer sobre la hazaña, pero la tapa de la revista la enfureció. Llevaba una foto con las atajadas del Pato Fillol, el arquero de Racing y apenas dos paginitas sobre el triunfo. Estaba indignada. Tanto que decidió llamar por teléfono a la redacción. Y desplegó toda su furia:

– Habla una empleada de Racing, señor. Yo hace veintipico de años que compro la revista y ahora que le ganamos a River ustedes apenas sacan dos páginas con las atajadas de Fillol. No es justo, señor. Racing era la tapa. ¿Por qué no la dieron?

La respuesta al otro lado de la línea la descolocó. Hugo Suerte le explicó los motivos de la decisión editorial:

– Lo que pasa, señora, es que para nosotros este es un partido, diríamos, viejo. Y como la revancha es mañana no era conveniente ofrecer una tapa de Racing. Por si el resultado cambia, ¿no? Pero no se preocupe, si Racing le gana a River seguro que es tapa y una cantidad grande de páginas. ¿Entiende?

Entonces Tita se desmoronó:

– Sabe que me convenció. Yo había jurado no comprar más la revista. Pero me convenció, ¿vivo?

– Señora, una curiosidad, ¿cómo es su nombre?

– Clack (37).

La revancha en Nuñez la siguió en su casa, con sus tradicionales cábalas que iba cambiando según las contaba y dejaban de ser secretas. Pero al tiempo las volvía a implementar y las mezclaba con otras nuevas.

El partido empezó mal para Racing. El uruguayo Nelson Gutiérrez, de penal, puso el 1 a 0 para River casi al final del primer tiempo. El tanto le alcanzaba al local para pasar a la final por el gol de visitante. Parecía todo definido, pero en el minuto 90 "Camote" Acuña pateó de lejos y el arquero Nery Pumpido desvió al córner. Colombatti lanzó el tiro de esquina y en el área apareció el gladiador Néstor Fabri para ganarle en el salto al "Cabezón" Oscar Ruggeri y poner el empate 1 a 1. Delirio en la tribuna visitante. Racing avanzaba a la final de una copa internacional tras veintiún años.

La final se jugaba contra el poderoso Cruzeiro de Brasil. Tita estaba ilusionada. En la ida, disputada el 13 de junio, estaba allí en el banderín de córner. Como siempre. Racing se puso en ventaja con un penal de Walter Fernández, pero Robson empató y parecía que los brasileños se llevaban un gran resultado. Pero sobre el final del partido apareció Colombatti y la Academia venció 2 a 1.

Tita estaba muy nerviosa para la revancha. Iba y venía. Hablaba con los muchachos, pensaba en nuevas cábalas, no veía la hora de que empezara el partido. Un día antes de la final, habló con un periodista de El Gráfico:

- No sé qué hacer, despedí a los muchachos, los vi confiados, pero no sé... es tan difícil, ¿vio? Los brasileños pegan mucho, ¿no vio acá? No sé, hoy fui al cementerio por el Día del Padre porque el domingo no voy a poder ir. Y recé, le pedí tanto a papá. Ay, no se... ¿Usted quiere que le diga cómo voy a ver el partido? Ay, no sé, no sé, si esta mañana ya me había vestido con mi ropa de cábala creyendo que hoy juga-

ban, no sé, no sé. (...) Son como mis hijos. Y ellos no me olvidan, seguro que me traen algo de Brasil. Y también se acuerdan cuando cobran, hacen una colecta y siempre me dan. Pero no es importante. Para mí lo mejor es que ellos estén bien para que toda la gente de Racing pueda estar bien. (38)

Hasta que el día llegó. Entonces Tita se encerró en su casa, se puso un pulóver rojo que usaba de cábala y prendió el televisor.

- Pero no pasaba nada y me pasé a la otra cábala. Fui a la cama y me acosté de un solo lado, sin moverme. Escuché el gol de Catalán, me levanté para ver la repetición y volví a la cama. Dio resultado, ¿vio? Ay, pero no por qué se la conté. Ahora la tengo que cambiar... (39)

El gol de Omar Catalán a los 42 del primer tiempo, tras un pase de Walter Fernández, retumbó en toda Avellaneda. Un grito agudo salió de la casa de Tita. Racing estaba a un paso de la gloria. Y ahora había que aguantar. Sin moverse, siguió el partido desde su cama, recostada siempre sobre un mismo lado. A lo lejos le llegaba el relato de la televisión.

El segundo tiempo fue un suplicio para ella. Se le dormía el cuerpo, las manos, necesitaba levantarse pero seguía aferrada a su cábala. Por Racing. Hasta que a los 37 minutos empató Robson y Tita no aguantó más. Había que volver a cambiar el ritual. Entonces se pasó los últimos minutos del partido frente al televisor, sentada en una silla, sufriendo y con el corazón en la garganta. Fueron minutos interminables. Y cuando escuchó el pitazo final se levantó como un resorte.

- ¡Vamos Racing!

Se quedó lagrimeando al ver a sus muchachos festejar el primer torneo internacional después de veintiún años de

mala suerte. Y lloró cuando vio al Pato Fillol en andas con la copa en la mano. Racing, su Racing, había vuelto. Ella, a los 69 años, estaba sola. Se acordó de don César y doña Ida. Le había rezado tanto a su papá el día anterior. El histórico canchero de Racing la había escuchado. Tita era pura sonrisa frente al televisor. Los fuegos artificiales enseguida la invitaron a salir a la calle. Los pocos chicos que ese fin de semana estaban en la pensión salieron a festejar.

Tita se acordó de Titina, de cuando cantaba “Perinetti y Ochoíta, la pareja más bonita”. Se acordó de todos. Casi 70 años bajo la tribuna. Ahora le agradecía a su inseparable amigo el Coco. Había vuelto a ser feliz.

- Hacía tanto tiempo que (Racing) no tenía un campeonato. Fue parecido, no tanto, pero parecido al mundial (la Copa Intercontinental). La gente lo vivió bien”. (40)

¡ Tita y los gatos ¡

Tita adoraba a Daniel Killer, a quien todos apodaban “El Loco”. Fue un puntal de la defensa académica y todos los recuerdan no sólo por haber sido campeón del mundo en Argentina 78 sino porque además marcó un gol fundamental en el 1 a 0 contra Platense que salvó a Racing del descenso en la última fecha del Metropolitano de ese año.

Se pasaba largas horas en lo de Tita. Doña Ida se divertía mucho con él. Killer se le acercaba, le agarraba de los cachetes y le cantaba siempre la misma canción:

- Subí al colectivo, iba completo, pagué el boleto, viajando me robaron la billetera y cuando llegué a la cita, me hizo la pera.

(40) Entrevista con Carlos Graneri, 1991.

La “nonna” se reía y siempre le decía:

– Sos un loco”.

Tita también se divertía con él. Le decía “rosarino”. Hasta dejaba que le llevara la bandeja de comida a Osmar Orestes Corbatta, que vivía en un departamento al lado del vestuario visitante.

La casa de Tita estaba tomada de gatos. Y había en especial uno enorme, colorado, que siempre se le subía encima del regazo a Killer. Entonces el “rosarino” le reclamaba:

– ¡Sacame este gato de mierda que me llena de pelos!
¡Lo voy a matar!

– ¡Dejalo tranquilo rosarino!

El gato era el favorito de Tita. Entonces Killer y el Panadero Díaz decidieron hacerle una broma. Esperaron a que ella saliera, agarraron al gato y lo encerraron en la heladera. La idea era esperar a que volviera y pedirle algo fresco. Y que se encontrara con la sorpresa. No iba a pasar más de cinco minutos.

Pero algo salió mal. Tita no venía, empezó a caer gente, más jugadores, la charla derivó en otra cosa y los dos se olvidaron del gato. Al final los llamaron a entrenar y se fueron sin decir nada.

Al poco tiempo, Tita volvió a su casa. Ya no había nadie más que ella y su mamá. Y cuando abrió la heladera se encontró con el gato en shock, tiritando de frío y asustado en un costadito. No se murió de casualidad.

Tita salió furiosa para la cancha y encaró al “rosarino”. ¿Quién otro podía ser?

– ¡Te voy a matar desgraciado!

Cuando la vio venir como una tromba, Daniel Killer pensó en su madre. Sintió que había hecho una travesura y allí venía su mamá con una chancleta en la mano. Sólo en ese momento se acordó del gato y la heladera. No sabía cómo

mo pedirle perdón. El Panadero se escondía, estaba tentado.
A los cinco minutos Tita no paraba de reírse.

¡ El Titanic racinguista ¡

“En estas condiciones declaro a Rácing extinguido. Ha dejado de existir Racing Club asociación civil”.

El 4 de marzo de 1999 Tita lavaba la ropa en la cubierta del Titanic. Sintió que la presión se le subía hasta llegar a la sogá más alta. No quería ni podía creer lo que acaba de escuchar por televisión. Liliana Ripoll, por entonces síndica del club tras la quiebra con continuidad decretada por el juez Enrique Gorostegui el 13 de julio de 1998, acababa de pronunciar esa fatídica frase sin que se le moviera un músculo de la cara.

No sólo Rácing desaparecía. Moría el corazón de Tita y de cada racinguista desparramado por el mundo. ¿Era eso posible?

Tita estaba viejita. A sus casi 80 años el club le había pasado factura. Aún lavaba las camisetas de los jugadores, se desvivía por los chicos de la pensión, cuidaba a sus perros, aunque ya eran pocos, no la jauría de antes. Y pasaba horas en un banquito en la puerta de su casa. Ya no tenía esa movilidad elástica. Se notaba. Todo le costaba más, mucho más. Como a Racing. Y además su carácter se había potenciado con los años. Guardaba bajo la manga su faceta carrabias. Pero seguía siendo, ahora más que nunca, la mamá de los chicos de la pensión, esos mismos pibes que en los duros años 90 llegaron a comer fideos a la parrilla por falta de gas. A Racing le cortaban seguido el suministro por boletas impagas. Agua fría, comida escasa, tiempos difíciles, pero ahí estaba ella para suplir las carencias.

Ella, siempre ella. Para un consejo, unos pesos, unas galletitas con mate para apagar el hambre, un reto, una sonrisa.

Tita vivía de forma austera, como siempre. Antes los jugadores de primera le pasaban plata para que comprara comida para esos desayunos y meriendas inolvidables en su casa como hicieron los tricampeones del 49/50 y 51, los leones del 58 y del 61 o las glorias del 67. Ahora los futbolistas consagrados le compraban comida para que pudiera llenar su heladera en los meses que pasaba sin recibir su sueldo. Y no tenía jubilación. Algunos dirigentes la destrataron, pero nunca la echaron de su casa. Ese era el límite. Nadie nunca se animó a tanto... Ya estaba fuera de la plantilla, figuraba como personal con movilidad, pero seguía siendo la dueña del Cilindro. Tita tenía las llaves del castillo. Ese castillo donde vivía desde hacía casi 80 años con su príncipe celeste y blanco.

Poco antes de esa frase fría de la síndica, la sala II de la Cámara de Apelaciones de La Plata había ordenado la clausura y liquidación de los bienes del club en los cuatro meses siguientes. ¿Alguien le habrá explicado a esa cámara que Tita era el bien máspreciado del club? Racing naufragaba a solo cuatro años de su centenario. Había dejado de existir, decía Ripoll. Esa mujer era un iceberg. No podía estar más equivocada.

A Tita quisieron explicarle. Pero ella no quería entender. La medida ponía fin al reclamo del exsindicado Francisco Pérez Díaz, que había solicitado la quiebra después de un fallo favorable de la cámara por el cobro de una deuda de 231.000 pesos (igual suma en dólares por obra y gracia de la "convertibilidad" menemista) más intereses.

Parecía el final de todo. Racing moría casi seis meses después que el expresidente Daniel Lalin pidiera la quiebra del club ante el Juzgado Civil y Comercial número 16 de La

Plata, el 10 de julio de 1998, por una deuda de 66,5 millones de pesos o dólares. Tita, en su casa, contaba moneditas.

Iba y venía por la cancha. Los pibes le hacían las compras. El médico le había ordenado evitar los lugares húmedos, como ese cuartito donde secaba la ropa. Había estado enferma. Y se aferraba a sus recuerdos de tiempos mejores. Sabía que esos malos momentos pasarían y ella, simplemente, los dejaría atrás, los olvidaría con esa memoria selectiva que había adoptado como un mecanismo de defensa a lo largo de toda su vida. Y siempre, pero siempre, tendía en la sogá, bien agarrado con un broche de madera, un hilo indeleble de esperanza.

Cuando esta debacle empezó, ella necesitaba creer que la quiebra solucionaría todos los problemas.

– Estoy convencida de que la quiebra no va a provocar que Racing cierre. Al principio tenía mucho miedo, pero escucho que todos dicen que la quiebra es lo mejor. La verdad es que entiendo muy poco. Aunque parece que la síndico está haciendo las cosas bien. Yo siempre creo que todos los que colaboran con Racing lo hacen con buena voluntad. (41).

Pobre Tita. Ella también se equivocaba. Su profundo amor por la Academia era más fuerte que todos sus miedos.

Pero ese 4 de marzo de 1999, con un rostro desprovisto de emociones, Ripoll le dio con una barra de hielo en la cabeza. Tita estaba devastada, desconsolada, destruida. Era mucho peor que irse a la B. No acababa de escuchar por boca de esa mujer que Racing había dejado de existir. Esa abogada que aparecía por TV con gesto adusto, como quien anuncia un decomiso de drogas, le avisaba que sus padres habían muerto otra vez, que su casa había sido arrasada, que a Cecilio ahora sí le quebrarían las patas para enterrarlo otra

(41) Entrevista con Clarín el 19 de diciembre de 1998.

vez, que su pasión debía desaparecer, que su vida había terminado, que su príncipe...

– Me quedé helada. Quería tomarme la presión porque no sabés como quedé” (42)

Tita no era tonta. Era consciente de que las cosas andaban mal. Y desde hacía mucho tiempo. No solo eran los 33 años sin títulos locales que el club arrastraba como un lastre en sus espaldas. La deuda se acumulaba. Ella lo sabía muy bien. Le debían plata por sueldos impagos. Y dos años antes, en un recorte general de gastos, le habían quitado el teléfono de su casa, ese 2017258 inolvidable que mantenía comunicados a todos los chicos de la pensión con sus familias.

Pero se negaba a darse por vencida. Y seguía dando todo de sí. La primera convocatoria de acreedores había sido en 1984. La plata ya no le alcanzaba y Tita pasaba penurias, pero nunca se quejaba y siempre recibía a los jugadores, los chicos y los grandes, con un reto y una sonrisa.

Tita no tiraba la toalla más allá de que esa abogada le dijera que Racing había muerto. Tragaba saliva, se secaba los ojos húmedos y se animaba a abrir sus sentimientos ante una cámara de televisión. Ella, la “hincha número uno” como la había bautizado el mítico Panadero Díaz, sentía “una amargura tremenda porque nunca pensé que llegara a pasar esto en Racing, nunca. ... de tantos años que estoy acá nunca pensé” que podía pasar algo así.

– ¿Por un solo señor que haga eso? Y no sé cómo la cámara (de Apelaciones) le puede llegar a creer a un señor así. Yo le hubiera pagado y listo. Y yo pensaba morir acá, pero no sé... a no ser que igual muera yo a mi manera.

Tita se estaba despidiendo. A su estilo, claro, como ella misma vaticinaba, pero estaba diciendo adiós. Lucía des-

(42) Entrevista con Clarín el 19 de diciembre de 1998.

encajada, más vieja, con el mismo corte de pelo de siempre pero más desordenado, descuidado. La frase de Ripoll fue el principio del fin para ella.

Un periodista de La Nación la fue a ver a su casa y ella descargó toda su furia cuando le preguntó qué haría si no podía ver a Racing. No sabía con quién se metía...

– ¡Ah... no querido! No me quiera convencer de que Racing va a desaparecer. No, no, Racing es muy, muy grande. Es todo para mí. Me queda poco tiempo de vida, pero daría todo lo que tengo por solucionarle los problemas a Racing

– ¡Por ejemplo?

– No sé... si yo hubiera sabido que esto podía pasar, habría ido a hablar con el juez. Pero bueno, no, no le quiero traer problemas al club. Lo mejor será esperar. Esto se tiene que solucionar. Alguien que quiera mucho a Racing tiene que hacer algo. Y hay mucha gente que quiere mucho a Racing.

– ¿Cuál fue el mejor momento que recuerda?

– Para mí todos los momentos vividos con Racing fueron buenos. Hoy me acordaba de Rubén Paz. ¡Qué bien que jugaba ese chico! Además, yo me olvido de los momentos malos.

– Entonces se va a olvidar de este...

– Ay, por supuesto querido, ¡válgame Dios!

Pero Racing no podía morir antes que ella. No podía tomar ese riesgo. Tita se dio cuenta de que por más que quisiera no podía “solucionarle los problemas” al club y decidió irse primero como última muestra de su amor infinito. Una úlcera gástrica comenzaba a delinear el final de su vida.

Los meses que vinieron fueron durísimos. Tita se despedía de su casa, de sus padres, de sus chicos. Racing estaba impedido de jugar el torneo Clausura de 1999. Pero el 7 de marzo de ese año, en la primera fecha del torneo, más de 30.000 hinchas coparon el Cilindro en un partido que no se jugaba.

Racing debía enfrentar a Talleres, pero el club estaba

inhabilitado. En teoría ya no existía. Pero ese día el estadio Presidente Perón fue testigo de una de las muestras de fidelidad más profundas en la historia del fútbol argentino. Ese partido que no se jugaba congregó a más hinchas que en todos los demás de esa primera fecha. Muchos fanáticos caminaron de rodillas por el césped. Don Cesar los hubiese echado a patadas en el culo. Los jugadores caminaron por la cancha y saludaron. Tita también estaba ahí... cerca, como siempre. Esa gesta quedó en la memoria histórica del club. Desde el año 2008 cada 7 de marzo se festeja “El Día del hincha de Racing”.

Tita pasaba la posta a los jóvenes. Los socios comenzaron a luchar por mantener vivo al club. Hubo movilizaciones a Plaza de Mayo y al Congreso de la Nación. La presión fue tanta que la Cámara de Apelaciones se vio obligada a dictar un fallo ampliado que permitió a Racing disputar el torneo mientras se llevaba a cabo la liquidación de todos sus bienes. El primer campeón mundial argentino se mantenía vivo por sus socios, sus hinchas, su gente.

Pero Tita ya había decidido irse. Se sentía mal. No tenía más fuerzas. Le dolía el estómago de tanto sufrir. Ella, la orgullosa hija de doña Ida y don César, quería irse tranquila, en su cama, en su casa, no en una sala blanca de hospital, un lugar frío sin celeste donde ni siquiera había ido para nacer. Pero no hubo caso. La querían demasiado. Todos. Nadie podía verla así. Un día tuvo un vómito de sangre. Entonces la llevaron al Fiorito, a pocas cuadras del estadio. Estuvo 20 días allí. No la pasó bien a pesar de las visitas y el enorme cariño de una procesión de jugadores que la iban a visitar. Tita no pudo aferrarse más al castillo y su príncipe celeste y blanco no supo rescatarla. Su último deseo fue que no esparcieran sus cenizas en la cancha. Decía que la mala suerte de Racing era por todos esos hinchas que pedían vivir por siempre “esparcidos” por el club.

A poco de cumplir 80 años, el 3 de agosto de 1999, en la sala de terapia intensiva del hospital Fiorito y casi cinco meses después de aquella fatídica frase de Ripoll, Tita dijo adiós. Una úlcera sangrante terminó con su vida. Racing envidó. Y jamás se volvió a casar.

Elena Margarita Mattiussi, la entrañable Tita, “Mamá Tita”, la madre de Racing, solo quería morir dónde había nacido: en el Cilindro de Avellaneda, debajo de la vieja tribuna de madera. El club le dejó debiendo 15.700 pesos. O sea, 15.700 dólares de entonces. A ella nunca le preocupó el dinero. Era algo que había aprendido de sus padres. A Cesar también le debían muchos años de salarios cuando falleció.

– Murió Tita...

El silencio abrazó al estadio. Los empleados del club recibieron la noticia como una puñalada. Los chicos de la pensión lloraron. Racing perdía a su madre en el medio de un caos. El equipo ni siquiera pudo darle una buena despedida. A Tita le tocó sufrir incluso en el último partido de su vida. Por la 19/a fecha del torneo de ese año, el 20 de junio, San Lorenzo vapuleó de local a Racing 4 a 0 con tres goles de Bernardo Romeo y uno de Mirko Saric.

Tita Mattiussi fue velada en la sede del club, en la Avenida Mitre 934, que permaneció abierta a los socios mientras duró el velatorio por decisión de las autoridades que llevaban adelante la intervención de Racing.

El club no se cerró por duelo. No importó que hubiera muerto la mujer más importante de la historia de Racing. O mejor aún, la persona más importante en la historia del club.

¿O acaso alguien hizo más que ella por Racing? Muchos jugadores talentosos le dieron títulos y alegrías inolvidables. Algunos dirigentes fueron vitales para el crecimiento institucional. Pero ella, Tita, dio su vida entera por Ra-

cing. Nació en Racing, aprendió a hablar y a caminar en Racing, se enamoró en Racing, sufrió por amor en Racing, trabajó toda su vida en Racing, hizo enormes sacrificios por Racing, cuidó y amparó como una madre a cientos de pibes de la pensión y a cientos de futbolistas consagrados que encontraron en ella a una “mamá”.

Su velatorio parecía un partido de fútbol. Una marea humana se acercó a la sede, esta vez en silencio. Viejas glorias, empleados del club, los chicos de la pensión, de ahora y de antes, antiguos directivos, hinchas con sus camisetas y gorros, vecinos. Estaban todos. No faltó nadie. Incluso hubo que retrasar la partida del cortejo para que pudiera llegar desde Corrientes un devastado Mencho Medina Bello. Tita fue enterrada en el cementerio de Avellaneda, a tres kilómetros de su casa. Muy lejos, demasiado.

Su prima Carmen le dejó en su nicho una foto de Javier Luz cuando se sacó la camiseta y mostró una remera con la inscripción “Gracias Tita” mientras festejaba su primer gol en primera ante Rosario Central.

Nueve días después de su muerte, 300 Titas se encadenaron en la sede de Villa del Parque y evitaron la subasta ordenada por el juez en el marco de la liquidación de bienes del club. Comenzaba la resurrección racinguista.

Tita no pudo cumplir su sueño de ver a Racing otra vez campeón. Le faltó un poquito más de paciencia. Dos años más.

– Debe ser que nuestro destino es sufrir. Lo que deseo con toda mi alma es que Racing gane un campeonato antes de morirme (43).

El 27 de diciembre de 2001, en medio de una crisis sin precedentes en el país, cinco presidentes en una semana, represión y una veintena de muertos en las calles, Racing se

(43) Reportaje con La Nación 5 de marzo de 1999

coronaba campeón de la mano de Reynaldo “Mostaza” Merlo después de 35 años. El club ya estaba en manos de una sociedad anónima, Blanquiceleste.

En medio de los festejos de ese inolvidable campeonato, Javier Lux, que había jugado poco en el torneo, se volvió a quitar la camiseta y corrió desaforado por la cancha con la misma remera blanca que llevaba escrito todo el amor del mundo Racing: “Gracias Tita”.

La quiebra sólo pudo ser levantada el 18 de diciembre de 2008 y tres días después el club volvió a ser de sus socios. Volvió a ser de Tita.

¡ Tita presidente ¡

Tita mira a la cámara, sonrío y lanza todo su repertorio. A sus casi 80 años camina de un lado al otro por la cancha de Racing. Con paso bamboleante como aquellos viejos trenes de madera del subte A de Buenos Aires, se mueve hacia la izquierda, después a la derecha, pero nunca para. Se nota que le cuesta caminar, pero sigue dando saltos sin descarrillar.

La cámara de Florencia Aizenberg la sigue por todos lados para un corto de menos de diez minutos dedicado a ella. Y Tita no la decepciona. Con una sonrisa enorme empieza a cantar y a bailar en la puerta de su casa bajo la pegajosa melodía del “Puma” José Luis Rodríguez:

–¡Ay dio-si-to santo, a-yú-da-lo a Ra-cing...!

Tita le abre las puertas de su intimidad para las cámaras. Allí entabla diálogos inolvidables con la gente del club, habla con los chicos de la pensión, entre ellos un adolescente Javier Lux y regala sonrisas y chistes cuando le vaticinan un triunfo de la Academia.

- ¿Si ganamos a dónde vamos? ¡A Francia! Vamos...
- Tita... postúlese para presidente. ¡Yo la voy a votar!
- ¡Ah, un voto voy a tener!

También dedica un tiempo para presentar a los pibes que la acompañan en el comedor de su casa y habla sobre ellos. Y ellos hablan de ella.

- Estos son el futuro de Racing...

Tita los regaña cuando el teléfono suena y arruina una toma y le pide a Lux con su clásica voz aguda:

- Descuelgue el aparato.

Pero enseguida se vuelve a escuchar el ring y lo mira de reojo al volante central de las inferiores que solo atina a sonreír:

- ¡Te dije que descolgaras!

Después les pregunta a los chicos sobre sus estudios, se ríe y se tapa la cara cómplice cuando uno de ellos cuenta que cursa para ser auxiliar de contador. Y habla de algunas novias que estaban lejos, en sus pueblos de origen.

Alguien al paso menciona a Diego Maradona y Tita lanza entonces una frase directa:

- Maradona está enfermo. Desde que vino a Racing se enfermó Maradona.

Y se emociona cuando se toma un tiempo para mirar fotografías de exjugadores y recuerdos que le traían antiguas glorias del club de sus viajes al exterior y que adornaban una pequeña repisa.

- Yo no me puedo olvidar de todos ellos, aunque quisiera los veo todas las mañanas, y cuando paso por acá les digo buenos días, hasta mañana a todos.

La repisa estaba llena de cuadritos y muñecos con los colores celeste y blanco y regalos de todas partes del mundo.

- Cuando veo algo de Racing ya lo compro. Esto me lo trajo el Turco (García), allá de México; esto lo trajo (Ramón

Ismael) Medina Bello de Japón. Este plato Rubén Paz de Italia. Fueron muy buenos muchachos conmigo. Entonces tengo que tener un buen recuerdo para ellos. Los quiero mucho. Los quiero mucho.

Y se despide bailando y cantando al ritmo pegajoso del Puma Rodríguez mientras ríe como una niña, como Titina. Y ofrenda una última plegaria:

– Si no sale campeón que salga entre los primeros por lo menos ahora. Ay dió-sito san-to a-yú-da-lo a Ra-cing. Muchas gracias por todo y espero que tenga suerte y que gane Racing. ¿Cómo? No sé, aunque sea con el gol con la mano, pero que gane.

¡ Tita vive en la cancha de Racing ¡

A 100 años de su nacimiento, Tita vive en Racing. Está muy cerca de la “Casa Tita”, donde duermen los sueños de los chicos de la pensión, y del predio “Tita Mattiussi”, bautizado en su honor en un terreno rescatado poco después de su muerte por un grupo de hinchas que se batieron por el club y por ella. Allí juegan y entrenan las inferiores, sus chicos.

También está muy cerca de Cecilio. Y con él cabalga los sueños de los fanáticos, se estremece por un gol, lanza susurros al pasar a los jugadores desde su rincón favorito, ese córner suyo para siempre, y sufre por los pibes, los de antes y los de ahora. Y late en cada corazón racinguista.

Tita nunca se fue. Tita sigue allí. En los recuerdos de cada uno de quienes la conocieron. En la memoria de sus amigos, de su familia, de los futbolistas consagrados, de los que apenas jugaron algunos partidos en primera, de aquellos pibes de la pensión que no llegaron a cumplir su sueño, pero se llevaron algo mucho más importante que los acompa-

ña en cada uno de sus pasos por la vida: su amor incondicional por ella.

Elena Margarita Mattiussi, socia vitalicia 1274, Titina, “la simpática racinguista”, la madre de Racing, simplemente Tita, vivirá por siempre en su casa. En Alsina y Colón, en la cancha de Racing. Avellaneda, Barracas al Sud, el Pago de la Magdalena, Crucecita...

Ahora solo hay que recordarla. Y agradecerle. Gracias Tita, por tanto amor. Gracias por todo. Gracias por tanto. Gracias. Muchísimas gracias. Javier Lux tenía mucha razón: Gracias Tita.

**Bibliografía y publicaciones
consultadas para este libro:**

Corbatta, el wing, de Alejandro Wall
Los desaparecidos de Racing, de Julián Scher
Historias negras del fútbol argentino, de Alejandro Fabbri
Mozart y Corbatta, de Carlos Graneri
Héroes de tiento, de Carlos Aira
Revista El Gráfico
Revista Racing
Revista Siempre Racing
Revista Gente
Revista Goles
Revista Sports
Revista Semana
Portal Infobae
Diario La Nación
Diario Clarín
Diario Olé
TyC Sports
Archivo Histórico de Racing Club
Archivo familiar de Tita Mattiussi
Biblioteca Nacional
Biblioteca del Congreso

Fuentes consultadas:

Ubaldo Matildo Fillol, Juan Carlos “Chango” Cárdenas,
Humberto Maschio, Juan Carlos Rulli, Federico Sacchi,
Enrique “Quique” Wolff, Gustavo Costas, Miguel Colombatti,
Walter Fernández, Jorge “Camote” Acuña, Julio Olarticoechea,
Italo Ortíz, Roberto “Roper” Díaz, Hugo Lamadrid, Daniel Killer,
Javier Lux, Juan Ramón “Lagarto” Fleita, Miguel Angel Wirtz,
Olimpio Vera, Adrián “Cachito” Martínez, Daniel Gurría,
Esteban “Panchi” Solari, Marcela Titolo, Jorge Castillo, Miguel El Haiek,
Luis “Nene” Maidana, Eugenio “Cucurucho” Escobar,
Juan Carlos “Pelupo” García, Luis María Carbone (h),
Rubén “Landeta” Bernardis, Fernando Paso Viola, Carlos Graneri,
Angel Flores, Hugo Fresco, Nélida Salinas, María Fernanda Peralta,
Gabriela Díaz, Miguel Angel Díaz, Luis Dorigo y
Francisco Ricardo “Tati” Dorigo.

Agradecimientos:

A Lagmi Chávez, Diego Paszkowski, Ezequiel Fernández Moores, Gustavo “Gallego” Alvarez, María Josefina Cerutti, Marcelo Aprea, Alfredo Fiore y Pepe Franco por sus lecturas, ideas y consejos.

A mis hijos Nicolás Izquierdo Chávez y Azul Izquierdo Chávez, por todo

A mi sobrina Iara Izquierdo Meilich, por darme el empujón inicial

A mi madre Bruna Cecilia Beanato, por su apoyo

A Marcos González Cezer y Julio Bocalatte, por confiar en este libro

A quienes con su esfuerzo y tiempo hicieron y hacen hoy posible el Archivo Histórico de Racing, importantísima fuente de consulta de este libro: Marcela Título, Fernando Raimondo, Fernando Alonso, Jaime Vernocchi, Diego González, Ignacio Mestrovic, Federico Ronsino, Walter Trinchitella, Cristina López, Adriana Serantes, Enzo Rolón, Ignacio Cuesta, Héctor Soto, Pelé Gómez, Lautaro Negri, Lucas Muller y Maxi Benavídez.

A Norberto Izquierdo, Eduardo Izquierdo, Fabiana Meilich, Julián Izquierdo Meilich, Pablo Brest, Julio Orellana, Rubén “Ruso” Valitzky, Aníbal Torres, Marcelo Rodríguez, Sacha Valitzky, Julián Scher, Diego Urbaneja, Juan Carlos Guzmán, Carlos Sapia, Alejandro Wall, Diego Bartalotta, Carlos Graneri, Santiago Carrascal, Sergio Pittis, Carlos Aira, Juan Carlos “Peluso” García, Luis María Carbone (h), Fernando Taveira, Fernando Barreto, América Cañizalez, Greta Ferreyra, Pablo Giuliano, Sebastián Fillol, Miguel Angel Díaz, Gabriela Díaz, Germán Tabares y Micaela Polak.

¡ Prólogo ¡

Prólogo: <i>Por Ezequiel Fernández Moores</i>	5
Capítulo I: TITINA	9
¡ Tita - Es preferible ser bueno ¡	10
¡ Tita y sus padres ¡	11
¡ Tita y el arco móvil ¡	18
¡ Tita - el mito empieza a gestarse ¡	19
¡ Tita y un beso inesperado ¡	23
¡ Tita y los años 20 ¡	24
¡ Tita y la maldita plata ¡	35
¡ Tita y la revista El Gráfico ¡	36
¡ Tita a lo John Travolta ¡	47
¡ Tita – Control baños ¡	49
¡ “Santa Tita” ¡	51
¡ Tita y su amor más grande ¡	55
Capítulo II: LA NOVIA SIN NOVIO	59
¡ Tita y el viaje a Brasil ¡	68
¡ Tita existe ¡	69
¡ Tita y el peronismo ¡	72
¡ Tita y sus recuerdos más queridos ¡	77
¡ Tita y el Tri ¡	79
¡ Tita y la cámara de circuito cerrado de TV ¡	81
¡ Un brindis por Tita ¡	89
¡ Tita y el rey Pelé ¡	93
¡ Tita y el adiós a su casilla ¡	97

Capítulo III: DE RACING A EUROPA	101
¡ Tita vs. El agente 007 ¡	105
¡ Tita y su inglés “campurriado” ¡	108
¡ Quique, Alfredo y el gol del Chango ¡	112
¡ Tita y los pibes del bar Oriente ¡	120
¡ Tita y la revancha de Montevideo ¡	123
¡ Patee El Haiek, patee ¡	128
¡ Me casé con Racing ¡	129
¡ Tita – Preparen, apunten, fuego ¡	131
¡ Tita – pan dulce y champán ¡	145
¡ Tita y las cábalas ¡	146
¡ Tita y Machado da Silva ¡	150
Capítulo IV: AY DIOSITO SANTO	153
Tita y La Mufa ¡	164
Tita y el ascenso ¡	165
Tita y la Supercopa ¡	168
Tita y los gatos ¡	174
El Titanic racinguista ¡	176
Tita presidente ¡	184
Tita vive en la cancha de Racing ¡	186
Bibliografía y publicaciones consultadas para este libro:	188
Fuentes consultadas:	189
Agradecimientos:	190



1900, circa. *Ida (segunda fila, en el centro) y su familia en Italia*



1930, circa.
Tita instantáneas





1935, Foto de El Gráfico



1940, circa. Tita



1945, circa. Tita con sus padres y su prima Carmen



1950, Tita planta árbol frente a la cancha



1950, circa.
Don César y
Juan Domingo Perón

1954. Obreros desmontan la vieja casilla de los Mattiussi (Fuente: Revista Racing)





1960, circa. Doña Ida y los gatos de la familia



*1961, circa.
Tita y Pelé*



1967, Tita en el aeropuerto antes de viajar a Glasgow por la Copa Intercontinental.



1970, circa.
Tita y un feliz cumpleaños



1970, circa. Tita y las camisetas

1975, circa.
Tita y Cecilio.





1981,
el carnet
de Tita



1995, circa.
Tita y
Ramón
Antonio
Cereijo

“En su casa se empezó a armar el grupo campeón de la Supercopa 88. Le daría una parte importantísima del título. Era una mujer tremendamente positiva y extraordinariamente ganadora. Nos fortaleció y mucho como grupo. Los partidos los empezamos a ganar ahí, en el trato cotidiano con ella” (Ubaldo Matildo Fillol)

“Cuando llegamos a Escocia nos fue a recibir un grupo de hinchas y cuando la vieron empezaron a gritar ¡Tita, Tita, Tita! Entonces le dijimos: ¡Tita sos más famosa que nosotros!” (Humberto *Bocha* Maschio).

“Nunca voy a olvidar su cara cuando metí el segundo gol en el 2 a 1 al Celtic en Avellaneda. Salí disparado para abrazarla pero nunca pude llegar a ella entre los abrazos de todos. Solo veía su rostro, ahí, cerquita. Nunca la vi tan contenta” (Juan Carlos *Chango* Cárdenas).

“Fue una hermana mayor, por no decir una madre, de corazón muy grande. Participaba en todo, siempre se reía, nunca se enojaba” (Federico Sacchi).

“La tengo en el corazón. Ella está en cada rincón del estadio y siempre estará. Sin duda ha sido el jugador más importante en la historia del club” (Quique Wolff).

“Su teléfono era el teléfono del país. Su heladera era nuestra heladera. Era nuestra hermana mayor” (Juan Carlos Rulli).

“Para el club es un ícono que ha quedado en la historia y que vivió grandes momentos deportivos, pero también de los más tristes. Siempre te esperaba en su casa, aunque no supiera que estabas llegando. Tita es mucho más que cualquier ídolo que tenga nuestra institución” (Hugo Lamadrid).



ISBN 978-987-1367-81-8



9 789871 367818



Marcelo Izquierdo nació en Buenos Aires en 1965. Fue corresponsal en Cuba, Venezuela y Brasil de la agencia de noticias italiana ANSA en los años 90 y prosecretario de Redacción de su servicio en español. Actualmente trabaja en CNN Radio. También trabajó en el diario La Prensa y la agencia Noticias Argentinas y fue corresponsal en Buenos Aires del diario El Telégrafo de Ecuador y las revistas Proceso de México y La Clave, de España. Es autor del libro “Carceleros (La-madrid, el club y la prisión”, Aguilar 2015) y guionista de los documentales “Secuencias Inconclusas” (1998) sobre el cine cubano y “La importancia de llamarse Fidel” (2007) dirigida por su esposa, Lagmi Chávez Ramírez. En 1997 ganó el primer premio del concurso de Periodismo del diario La Nación por la serie “Cinco historias cubanas”.